

*Una Historia de Amor,
Pasión, Intrigas y un gran
secreto*

El pasado susurra..

De Vuelta A Casa

E.B



DE VUELTA A CASA

Capítulo 1

Cerró sus ojos de color ámbar con fuerza. —“Cálmate Abigail ya queda poco” se decía a sí misma procurando tranquilizarse, aunque sus manos temblaban descontroladamente, el ritmo de su corazón se aceleraba tanto que creía que se iba a morir. Sentía que el aire no llegaba a sus pulmones. Empezó a respirar y expirar, tal como le había enseñado su psicóloga, Laura.

La tormenta no cesaba, parecía que cada vez llovía más y Abigail conducía a apenas treinta kilómetros por hora en la carretera convencional. Muchos conductores pitaban por el cláxon para que ella acelerará, pero se sentía incapaz. Algunos menos educados la insultaban, uno con voz de camionero, la gritó que las mujeres no deberían conducir y que su trabajo era el de cocinar, cuidar la casa y los hijos. Si Abigail no se hubiera encontrado tan mal, le habría dicho cuatro cosas a aquel machista de mierda.

Al cabo de un rato, sentía que la ansiedad ganaba la batalla, lo único que deseaba era aparcar su maldito coche y salir. No la importaba empaparse lo más mínimo. Aparcó en un lateral del carril y bajó de su Mini Cooper color granate. La lluvia mojaba cada centímetro de su cuerpo, pero lo que importaba era que ya podía respirar. —“¿Hasta cuándo seguirás así?” —Se preguntó triste.

Su psicóloga la decía que era muy fuerte y que había avanzado mucho, pero ella no opinaba igual. Habían pasado trece años desde la terrorífica noche en la que había perdido todo lo que para ella era importante y significaba algo.

Ahora era una mujer de veintiocho años que luchaba para no seguir viviendo en el pasado. Había logrado sacar sus estudios con matrícula de honor. Era una exitosa Agente Inmobiliaria, y empresaria. Vivía en una casa bastante cómoda e intentaba tener vida social, desde hacía poco. Muchas veces la obligaba Paige, su mejor amiga. Era como su ángel guardián.

Respiró hondo, empezaba a tener frío, pues estaba vestida solo con unos vaqueros azules desgastados y una camisa fina de manga larga en color blanco. Debía continuar, pero el miedo la paralizaba. Se obligó a seguir acordándose de Fiona, una pequeña gatita, que había encontrado hacía tres meses en un cubo de basura. —“Estará muerta de hambre” —Pensó subiendo otra vez al vehículo. Seguía temblando, pero afortunadamente se encontraba un poco mejor.

Al principio ni siquiera podía subirse a un coche. Sacarse el carnet había sido un auténtico infierno, pero lo había logrado. Abigail sabía con certeza, que algún día sería capaz de conducir también de noche y en un tiempo meteorológico como ese que hacía en aquel preciso momento. Deseaba con todo su ser que llegará ese día, pero afrontar los miedos y luchar contra tu propia mente no era algo fácil.

Muchas personas, tras vivir una experiencia desagradable se olvidaban de los detalles. Su mente funcionaba como un escudo y suprimía los recuerdos que les hacían daño. Abigail, sin embargo, recordaba todo con claridad. El humo, el calor del fuego, los gritos, las sirenas y las caras de horror... Muchas veces despertaba por las noches, bañada en sudor, recordando los últimos momentos que había pasado junto a sus seres queridos. ¡Y todo por una injusticia! Su familia y ella habían pagado con creces, los errores de otros. Abigail sintió la rabia recorrer su ser, como pasaba siempre que pensaba en los Brown. Había ido a incontables terapias, hecho yoga, meditación y de todo lo imaginable, pero se sentía incapaz de dejar atrás el rencor y el coraje que sentía. Aquella noche la había marcado para siempre.

Se fijó en sus manos, los nudillos de sus dedos se habían vuelto blancos de lo fuerte que apretaba el volante. Las farolas iluminaban el camino perfectamente y se alegró de ver a lo lejos las cercas de madera en color verde de su casa. Cuando se acercó más hacía la propiedad, se podían oír los maullidos de Fiona por todo el vecindario. —“¡Ay mi pobrecita!” —Pensó Abigail, aparcando el coche en su garaje. Salió disparada y abrió la puerta

principal con prisas. Las llaves se le resbalaron de las manos y cayeron sobre el frío suelo de piedra. —¡Maldita sea! ¡Puñeteras llaves! —Se cabreó. Siempre que intentaba ir más deprisa, acababa yendo aún más despacio. Cuando por fin logró abrir la puerta, vio a Fiona delante. La recriminaba con aquellos ojos verdes y a Abigail se le retorció el corazón.

—Lo siento, preciosa. Ahora te pondré de comer, pobrecita... —Hablaban mientras le ponía un bol lleno de comida de gato de la marca favorita de Fiona, Whiskas. La gatita, prácticamente se echó sobre el bol y empezó a comer con ganas.

Abigail se quitó las zapatillas y los calcetines, que estaban empapados de agua, al igual que el resto de su ropa. Ya en su habitación empezó a desvestirse, tenía mucho frío. —Seguro que mañana estaré llena de mocos. —Pensó en voz alta. Así, estando ya en ropa interior fue hasta el baño para poner el agua y mientras esta se calentaba, entró otra vez a su habitación para buscar algún pijama que fuera cómodo y calentito. De repente oyó la voz de la señora Rodríguez, la vecina de al lado.

—¡Pedro deja de observar a Abigail! ¡Niño pervertido! ¡Igualito a como era tu padre, el maldito, que en paz descansa! —Abigail empezó a reír mientras iba hacia las persianas para bajarlas. El pequeño Pedrito, se había adentrado en la edad del pavo y últimamente espiaba a casi todas las mujeres jóvenes del vecindario. Hacía tan solo cinco años, había sido un niño de lo más tierno que, siempre le pedía chokolatinas. Ahora la espiaba y quién sabrá qué cochinas haría después. Desde luego, cómo cambiaban las cosas. —Pensaba Abigail.

Entró al baño descalza, se quitó las braguitas y el sujetador de encaje en color blanco, mientras la bañera se llenaba. Después le puso al agua sales aromáticas que olían a lavanda y colocó su móvil sobre el lavabo. Pronto sonó “Blur” de MØ, una de sus canciones favoritas. Comprobó la temperatura del agua. ¡Era perfecta! Se sumergió adentro y gimió de gusto. Era ideal y después del frío que había pasado, el calor del agua la abrazaba de una forma muy

reconfortante. Relajó los músculos y cerró los ojos. Un recuerdo brotó por su mente, una imagen nítida de una vida anterior que ya parecía tan lejana que tal vez no había sido real. ¡Ya le habría gustado que no lo fuera! Así no se habría sentido tan decepcionada después:

—¡Jacob! ¡Para! —Gritaba Abigail, retorciéndose de risa sobre la hierba. Su mejor amigo la hacía cosquillas otra vez. De repente Jacob paró con el divertido tormento, mientras Abigail seguía riendo. Estaban bajo la sombra de un árbol del loto. El chico arrancó una de las flores del hermoso árbol mientras Abigail se sentaba sobre sus rodillas. —Esta flor se parece a ti. —Dijo él mientras se la regalaba. La postura y los gestos del chico, le recordaron a un príncipe azul de los cuentos que le narraba su madre cuando era más pequeña. Cogió la flor delicadamente mientras sus dedos se rozaban con los de él y preguntó.

—¿A qué te refieres?

—La flor de loto me recuerda a verano, belleza y alegría. Tú eres igual de bella y cuando sonrías me recuerdas al sol de verano. —Las mejillas de la joven se tiñeron de rojo y bajó la mirada tímidamente. Jacob acarició su pómulo y ella sintió un escalofrío.

—Venimos a jugar bajo este árbol desde los cinco años de edad, todos los veranos. Qué rápido pasa el tiempo ¿verdad? —Abigail asintió. Ahora tenían quince años y los juegos que antes jugaban se tornaban en otra cosa, algo que todavía les era desconocido pero que pronto descubrirían.

—¡Prométeme que estaremos así siempre! Que vendremos a sentarnos bajo este árbol todos los veranos que nos quedan de nuestras vidas. —Pidió Abigail con la mirada suplicante. —¡Te lo prometo! Siempre estaremos juntos, pequeña...

Se tocó la frente con los dedos mojados. Los ojos la escocían: ¿Había estado llorando? Ni siquiera se había dado cuenta. Salió de la bañera a la cuál le quitó el tapón y contempló cómo el agua se iba poco a poco. Parecía hipnotizada. Pensaba que se relajaría y aunque sentía sus músculos más

ligeros, psicológicamente seguía igual o peor. Cogió el pijama de algodón que antes había dejado sobre su cama y se preparó para caer rendida en los brazos de Morfeo. —“Mañana será un nuevo día” —Pensó, antes de dormirse.

La alarma sonó varias veces hasta que por fin Abigail abrió sus ojos. Se desperezó sobre la cama y se preguntó en qué posición habría dormido toda la noche, pues estaba de lo más encogida. Salió del confort de debajo de sus mantas polares y tiritó. Hacía un frío que helaba así que se puso su bata de invierno que tenía sobre la silla y se encaminó hacia la cocina para prepararse un rico café, Fiona, por supuesto la saludó como todas las mañanas hacía. Consultó su móvil que había dejado anoche a cargarse, algo que se había convertido en una rutina ya que siempre que volvía del trabajo la batería ya estaba casi agotada. Tenía varias llamadas perdidas y un mensaje de su socia y mejor amiga, Paige. —“*¡Mueve tu pequeño y perfecto trasero a la oficina de inmediato!*”

—Al leer el mensaje, Abigail que seguía dormida, despertó por completo. Metió el resto de su café en un termo y se alistó con rapidez. Se vistió una falda de tubo en color negro, unos tacones del mismo tono y una blusa un poco holgada de seda, beige. Antes de salir se puso la chaqueta de pelo en color cobalto, tipo bomber y se miró en el espejo. No le había dado tiempo de peinar su largo y rubio cabello así que lo arregló con los dedos un poco, finalmente el resultado no quedó tan mal como había esperado.

No tenía que preparar cosas para llevar a la oficina, así que agradeció tenerlo todo en el trabajo y no perder más tiempo, si Paige la decía que viniera de inmediato es que había pasado algo gordo. Se mordió el labio inferior nerviosa y salió de su casa con pasos acelerados hacia su coche.

Cuando llegó a la oficina, entró directamente al despacho de su socia.

—¿De qué se trata? —Preguntó inquieta.

—Ni buenos días dices, ¿eh? —Respondió Paige, con otra pregunta, como si quisiera posponer la conversación el máximo tiempo posible porque no sabía cómo empezar.

—Sí, sí, lo que tú digas, pero cuéntame por qué me sacaste de casa sin que me diera tiempo ni de desayunar.

—¿No has podido desayunar? —Preguntó Paige para asegurarse de si la había oído correctamente y Abigail negó con la cabeza. —¡Perfecto! Yo tampoco... Así que le pediré a la cafetería de Malcolm unos bollos de canela y un par de cafés con leche. ¿Qué te parece? —Las tripas de Abigail rugieron en respuesta y su amiga sonrió.

—Pídeme solo el bollo, porque el café me lo traigo yo en el termo. —Dijo Abigail mientras se sentaba en una de las sillas que había enfrente del escritorio de Paige. Su compañera hizo el pedido por teléfono a la cafetería que se encontraba a dos cuadras de la oficina Abigail&Paige— [Real Estate Agency](#).

—Listo. Malcolm no tardará en llegar, la cafetería todavía no se ha llenado. —Informó Paige mientras se acomodaba la preciosa melena de color rojo. Abigail se fijó en ella. Era una mujer despampanante, unos centímetros más alta que ella, con el cuerpo voluptuoso porque, aunque tenía una cintura de avispa, sus caderas eran pronunciadas. Su amiga se sentó cruzando sus largas piernas y la miró fijamente a los ojos con su mirada de color violeta mientras Abigail esperaba expectante. La expresión de Paige se tornó a muy seria en ese momento. Abrió el cajón de su escritorio lentamente y sacó unos documentos que colocó sobre la superficie de madera caoba. —¿Qué es esto? —Preguntó Abigail frunciendo sus labios. Paige suspiró y contestó. —Son las cuentas de los últimos cuatro meses. —Abigail cogió algunos para echar un vistazo y cuando vio las cifras, el alma se le cayó a sus pies. —¡Estamos en pérdidas que cada vez aumentan! ¿Paige, por qué no me lo has contado? —Rugió impactada. Su amiga se encargaba de todas las cuentas en la empresa y ella nunca le preguntaba nada porque la confianza que le tenía era total y absoluta. —Pensé que podría controlarlo, recorté algunos gastos en marketing y comercialización de la empresa. —Respondió abatida. A Abigail le habría dado pena sino hubiera estado tan cabreada. —Has recortado gastos en

promoción, cuando es una de las cosas más importantes en nuestro negocio. ¿En qué pensabas? —Gritó sin poder aguantarse las ganas. —Pensé que por ahora podríamos prescindir de una promoción grandiosa por los clientes que ya nos habíamos ganado y que cuando mejoráramos económicamente, invertiríamos en una gran campaña publicitaria que generaría más beneficios. —Se explicó Paige y Abigail la miró como si deseará estrangularla. —Eso explica el por qué últimamente no tenemos nuevos clientes. —Reflexionó en voz alta. —Mira, sé que cometí un error por no habértelo contado, pero deseaba solucionarlo y que tú no te preocuparas porque tienes suficiente con tus problemas. —Abigail iba a hablar, pero Paige la interrumpió con un gesto con la mano. —Sí, es cierto que en parte no hemos tenido clientes nuevos por la escasa publicidad en la que se ha invertido dinero, pero también es cierto que actualmente el mercado se está quebrando a consecuencia de la enorme crisis sufrida. La gente teme permitirse adquirir una propiedad en estos tiempos. —Abigail sabía que su amiga tenía toda la razón. A consecuencia del Brexit muchas inmobiliarias se quedaban en banca rota y aunque el mercado seguía estable no era igual que años anteriores. Sin embargo, ella nunca había pensado que llegaría a encontrarse en semejante situación ya que el negocio iba tan bien al principio...

—Sé que tienes razón Paige, simplemente me molesta que no me lo hayas contado, pero también sé que lo has hecho por no preocuparme. Eres la persona que mejor me conoce, pero omitirme los problemas para no sentirme agobiada no es correcto y lo sabes. También es mi empresa y debo saber hacer frente ante los inconvenientes. —Paige apretó sus labios y asintió. —Lo siento —Dijo con sinceridad. —Abigail la miró con ternura, eran como hermanas. —No te preocupes, sé que no lo has hecho con mala intención. ¿Qué tienes en mente para salir de esta? —La preguntó desalentada.

—Hace tres días cuando fuiste a la conferencia sobre la tecnología al servicio de los agentes inmobiliarios en Oxford, te llegó una carta, lo que pasa es que fue en el email de la empresa y yo no pensé que fuera personal sino de

trabajo. Cuando lo abrí vi que se trataba de algo muy fuerte y bueno... No te lo conté. —Se explicó Paige, nerviosa. —¡Paige, te voy a matar! —Gritó Abigail tan fuerte que Page creyó que los cristales de las ventanas iban a romperse en pedazos. Precisamente en ese momento entró Malcolm con los bollos recién hechos. El olor era tan delicioso que las dos gimieron de gusto olvidándose de la discusión. —Malcolm, eres mi héroe, has venido justo en el momento adecuado. —Dijo Paige guiñándole el ojo al hombre que se sonrojó y empezó a reír.

Malcolm era como un padre para todos en la pequeña ciudad de Wells.

—Ya lo creo, los gritos de Abigail se oyeron desde afuera. —Respondió él, divertido y Abigail gruñó.

—¿Qué tal están los niños y Betsy? —Preguntó Paige, intentando entablar una conversación y Abigail la taladró con la mirada. —¡Paige no intentes retener a Malcolm a propósito que de esta no te me escapas! —Dijo enfadada y Malcolm rio con ganas mientras decía. —Ya me voy que parece que debéis solucionar problemas, pero os espero en la cafetería a las ocho. Betsy hará pollo relleno con jamón y queso al horno para ver el partido de los Manchester United esta noche. —Las dos asintieron, agradeciendo la invitación y cuando el hombre se marchó, reanudaron la conversación.

—¿De qué diablos trata esa carta? —Preguntó Abigail mordiendo su bollo con saña. —Te la he imprimido, puedes leerla tú misma. —Respondió su amiga con una expresión en la cara que la puso aún más nerviosa. Paige abrió otro cajón de su escritorio y cogió la hoja que estaba doblada entre sus dedos temblorosos. —Prométeme que no te pondrás como loca. —Le suplicó mirándola temerosa.

—¡Por dios Paige! ¡Dame la maldita carta que ya me estas poniendo furiosa! —Paige suspiró y se la pasó. En cuanto Abigail tuvo la carta en sus manos, la abrió con tanta impaciencia que casi la rompe.

CARTA NOTARIAL

Señorita Abigail Warner:

Con domicilio: en Mathew Street 239

Ciudad: Wells

De mi mayor consideración:

Por intermedio de este conducto notarial, le comunico que ha heredado una parte de la extensa propiedad que perteneció a Margaret Brown que lamentablemente falleció el viernes pasado. Debe acudir el día 28/11/2018 a las 15:45 a la mansión de la familia Brown en Marston Green 348, Port Elliot (Birmingham). donde podrá saber con precisión la parte que os corresponde.

Atentamente:

Notario: David Hicks

Capítulo 2

Paige miraba a su amiga preocupada. Abigail se había puesto pálida como la cera.

—¿Estás bien, cielo? —Preguntó con un tono suave.

—¡No me lo puedo creer! —Susurró simplemente en respuesta.

—Lo sé, cuándo vi el apellido supe de inmediato de que se trataba de algún familiar de Jacob.

—Margaret, su tía loca. —Respondió Abigail con la mirada perdida. Su amiga la miró sin comprender.

—Estaba loca. Yo era pequeña, pero me acuerdo perfectamente de lo que la gente hablaba. Decían que tenía esquizofrenia y que por las noches hablaba sola en los pasillos de la vieja mansión. Según ella se comunicaba con los fantasmas de Port Elliot. —Le explicó Abigail.

—Tú idea es que vaya donde estos hijos de puta para ver a cuánto asciende la herencia que me toca y poder salvar el negocio— ¿Verdad? —Preguntó, conociendo a su amiga como a la palma de su mano.

—Sí, eso se me ocurrió ayer, cuando hice mi último intento de arreglar las cosas. —¿Te refieres a la cena a la que fuiste con ese tío? —Preguntó Abigail, frunciendo el entrecejo.

—Es un amigo de mi padre y es banquero, pensaba pedirle un crédito... —Contestó su amiga triste.

—Al parecer no quiso ayudarte a conseguirlo.

—No. Dijo que era demasiado riesgo. Abigail, hasta pensé en pedirle dinero a mi padre, pero ya sabes que invirtió mucho en la casa nueva y no tiene la cantidad que necesitamos. Además, estamos perdiendo clientela y yo ya me estaba volviendo loca de preocupación por eso te llamé para enseñarte esa carta. Pero sé que esto para ti es más que difícil y si tú no quieres amiga,

yo lo entenderé y juntas intentaremos buscar otra solución. —A Abigail se le empañaron los ojos.

—¿De verdad que no te vas a enfadar? —Paige la sujetó las manos y se las apretó con cariño. —Pues claro que no. Estamos juntas tanto en los éxitos como en los fracasos ¿recuerdas? —Las dos se abrazaron con fuerza y el resto de la mañana intentaron buscar una solución. Llamando a todos sus contactos, clientes, amigos etc. Aunque Paige ya había hecho eso anteriormente y todo lo que hacían ahora era en vano.

A la hora de comer, las dos, ya estaban exhaustas. Se estaban comiendo una pizza de cuatro quesos mientras miraban el techo.

—Mañana debemos ir al monte, para bajar toda la mierda que nos hemos comido hoy. —Dijo Paige con la boca llena.

—Y todavía nos espera el pollo de Malcolm. —Respondió Abigail divertida y las dos sonrieron.

—No estamos llegando a ninguna solución, si seguimos así no conseguiremos nada. Dejémoslo para mañana. —Sugirió Paige y Abigail no se lo discutió.

—Sí, dejémoslo porque... —Se miró el reloj de pulsera. —Son las tres. Dentro de una hora tengo cita con Laura.

—¡Puaj! La comecocos... —Dijo Paige con una mueca y Abigail empezó a reír.

—Sí, esa misma. La verdad es que es mi mejor psicóloga y mira que he estado con bastantes. —Respondió mientras cogía en la mano sus pertenencias y se dirigía hacia la puerta.

—Nos vemos donde Malcolm. —Gritó Paige y ella respondió en voz alta. —Sí, ese pollo no me lo pierdo por nada del mundo.

Estaba sentada en la sala de espera ojeando una revista de lo más aburrida sobre decoración. Dejó la revista a un lado y se fijó en los demás pacientes que esperaban. Luck, un hipocondriaco que siempre la regalaba una sonrisa. Era un hombre de mediana edad, con el pelo canoso, tenía una

expresión muy afable pero el pobre parecía temer hasta de su sombra. Abigail procuraba no hablar sobre ningún tipo de enfermedad delante de él. Anna, una mujer joven que había perdido a su hijo y sufría de depresión. Robert, él estaba seguro que el gobierno planea acabar con la humanidad y le persigue para aniquilarle debido a que sabe mucha información. —¡Vaya y se supone que todo lo que se habla aquí es secreto! —Se dijo Abigail y sin poder evitarlo se rio.

—¡Abigail Warner, su turno! —Informó la recepcionista y ella se levantó para encaminarse hacia la consulta.

—Buenos días comecocos. —Saludó al entrar a dentro del gabinete. Laura volteó sus oscuros ojos y respondió. —¡Pero si es mi paciente más sarcástica! —Las dos empezaron a reír.

Laura era una mujer que imponía. Alta y morena. Su cabello estaba cortado por los hombros, dándola un aspecto profesional que combinaba perfectamente con sus gafas negras de pasta. Su mirada era decidida e imponente, pero a su vez confiable, que daba seguridad. Era fácil contarla todo lo que uno si quiera podía admitirse a sí mismo.

Abigail se acomodó en el pequeño sofá de color blanco.

—Bueno, explícame el por qué estás tan sumamente triste. —Pidió la profesional con seriedad y Abigail abrió sus ojos como platos. —¿Qué te hace pensar que estoy mal, Laura? ¡Estoy riendo! —Dijo enfadada.

—Tesoro, te conozco y sé que ahora mismo tienes una depresión enmascarada.

—¡Dios, eres demasiado buena! —Respondió Abigail entre dientes. La tranquilizaba hablar con ella, pero a su vez la odiaba por adentrarse en sus puntos más débiles, en sus recuerdos más oscuros.

—Cuéntame tu día desde que despertaste. —Pidió la psicóloga y Abigail suspiró. Empezó a narrar todo con detalles hasta que llegó a la parte en la que descubría que su negocio estaba amenazado y la horrible carta. Abigail ni siquiera se daba cuenta que empezaba a llorar como una magdalena mientras

hablaba.

—Estábamos agotadas de trabajar y sin embargo eso me tranquilizaba porque no me daba tiempo de pensar en la dichosa carta de los cojones. He tardado tanto tiempo en dejar atrás todo lo relacionado con los Brown y ahora pasa esto. —Decía a moco tendido.

—Veras, Abigail. Tú nunca dejaste atrás a los Brown y a Port Elliot. — Abigail la miró sin comprender, estupefacta por lo que había dicho su psicóloga.

—¿Qué estás diciendo? ¿Cómo qué no? —Preguntó rabiosa.

—¿Por qué crees que me necesitas, Abigail? Crees haber dejado atrás ese capítulo de tu vida, pero es imposible dejar atrás algo que todavía no has cerrado. Simplemente intentas ignorarlo, pero sigue allí y tú no haces frente a esos miedos, a ese gran rencor que te asecha. —A Abigail se le cortó la respiración por un momento. Laura había tocado una fibra muy sensible de su ser con sus palabras.

—Creo que debes ir a Port Elliot. —Dijo de repente la profesional, dejando pasmada a Abigail.

—¡Laura, estás más loca que yo! ¡No sabes lo que dices! —Contestó la rubia agitadamente a punto de explotar.

—Cálmate Abigail. Opino que es la solución perfecta. Si piensas racionalmente y no guiada por tus emociones, te darás cuenta de lo práctico que sería esa decisión. Para empezar, tendrías el dinero que necesita tu negocio para recomponerse. Te habrás quitado una preocupación. Y la razón más importante de todas es que volverás al sitio de tu niñez y adolescencia. Se trata de un sitio que te ha marcado y donde has dejado cabos sueltos. Debes cerrar ese capítulo de tu vida, hacer frente a los fantasmas del pasado. — Abigail no podía parar de llorar. Levantó su precioso rostro, que estaba entre sus manos y miró a su psicóloga que ya se había convertido de cierta forma en amiga, a pesar de que era algo poco profesional.

—¡No lo voy a hacer, Laura! —Respondió tajante y se levantó para irse.

—Si no lo haces pondré en tu expediente que no respondes al tratamiento como es debido. —La amenazó Laura con los labios fruncidos.

—Estamos en una ciudad pequeña donde todo se sabe. ¿Cómo crees que reaccionarían tus clientes si se enteran de que están tratando con una mujer desequilibrada? —Abigail la miró echando fuego por sus ojos ámbar.

—¡Me estas amenazando! ¡No me lo puedo creer! Eso es poco ético y poco profesional, Laura.

—Al contrario, esta es una de las mejores decisiones que voy a tomar en mi carrera. Creo que después de esa experiencia, tu estado mental será mucho mejor. —Abigail resopló. —¡Bien! Que sea como tú digas, pero no tienes ni idea de lo que me estás pidiendo hacer. Volveré aún más chiflada.

—Eso si vuelves... —Murmuró Laura, pero Abigail no logró oírla bien.

—¿Has dicho algo? —Preguntó la rubia dirigiéndose hacia la salida.

—No, nada. —Respondió Laura con una sonrisa y cuando su paciente cerró la puerta tras de sí, sin siquiera despedirse, Laura susurró. —Es hora de que vuelvas a casa, Abigail...

Llegó a su casa tan decaída psicológicamente y físicamente que parecía que la habían molido a palos. Faltaba una hora para la cena en la cafetería, antes había deseado ir y despejarse, pero ahora lo único que quería era echarse y dormir, olvidarse de todo. Se desvistió y se puso sus pijamas, se tomó una pastilla para el dolor de cabeza que cada vez era más fuerte. Le dio de comer a Fiona y la acarició un rato. Al cabo de un rato, todas las emociones y el cansancio, la sumergieron en un profundo sueño.

Sintió el tacto de alguien en la mejilla, al principio pensó que era Fiona y se removió en la cama, pero después percibió los dedos de alguien acariciando su cabello. Se despertó sin poder abrir totalmente los ojos, sentía la boca pastosa.

—Buenos días, dormilona. Ayer me preocupaste mucho. —Oyó la suave voz de su amiga.

—¿Paige? —Preguntó con la voz ronca.

—Sí, soy yo. Ayer cuando no te vi en la cena pensé que estarías cansada y que finalmente te dormiste, pero cuando esta mañana no contestaste a mis llamadas, me preocupé mucho. Gracias a dios que no había perdido la llave de emergencias que me diste.

—Siento haberte preocupado. —Respondió Abigail mientras se desperezaba y se quitaba los largos mechones que tenía delante de su cara.

—¿Qué pasó? —Preguntó Paige.

—Vamos a la cocina para que hagas un buen café que sigo dormida. — Respondió Abigail y se levantó de la cama. Las dos se dirigieron hacia la cocina y Abigail se sentó en una de las sillas, apoyando la cabeza sobre la pequeña mesa cuadrada que había decorado con un mantel con dibujos de diferentes frutas. Paige hizo rápidamente dos cafés con leche y se sentó en la silla contigua a la de Abigail que bebió un sorbo de su humeante bebida y suspiró antes de comenzar a hablar.

—Ayer cuando fui a la cita que tenía con Laura y la conté todo lo que había sucedido. Ella... —Se quedó abruptamente callada, sin saber cómo decir en voz alta la locura que le había sugerido su psicóloga.

—¿Qué? —Preguntó Paige con exasperación.

—Me sugirió volver a Port Elliot para solucionar lo de la herencia y hacer frente a mis fantasmas del pasado. —Contestó en voz bajita. Paige no le respondió, se quedó pensativa durante unos minutos que a Abigail le parecieron una eternidad.

—¿Qué piensas? —Preguntó finalmente, nerviosa, mordiéndose el interior de la mejilla.

—Creo que la loquera tiene razón. —Respondió su amiga, dejándola atónita ya que no se esperaba esa respuesta. Abigail la miraba sin poder creérselo y Paige suspiró.

—Debes escucharla, Abigail. Sé que sus métodos son extraños y que a veces parece cero profesional, pero es la terapeuta con la que más has avanzado. Es excéntrica en su metodología y sin embargo es la mejor de la

ciudad. Es reconocida y su forma de trabajar funciona. Además, creo que tu pasado no te deja vivir tu presente en su totalidad. Es algo que siempre está allí y eso no es sano, no te permite tener una vida de calidad. Tú dices que lo has dejado atrás, pero es imposible dejar atrás algo que no llegaste a cerrar.

A Abigail la recorrió un escalofrío la espina dorsal. Su amiga le había dicho las mismas palabras que Laura. Lo peor de todo es que probablemente tenían razón. —Entonces debo volver a Port Elliot —Susurró cerrando los ojos.

—¡No iras sola! —Le respondió Paige y Abigail abrió sus luceros mirando directamente a los ojos de su mejor amiga.

—¿Me acompañarás? —Preguntó con la esperanza renaciendo en su pecho.

—Siempre juntas en todo. —Respondió Paige con una cálida sonrisa.

Las dos se fundieron en un abrazo. Abigail se sintió reconfortada por ese gesto de su amiga y agradeció en aquel momento tener a alguien como Paige en su vida, aunque no tenían lazo de sangre, la consideraba, a ella y a sus padres como su propia familia, les tenía mucho aprecio.

Se acordaba perfectamente de cómo se habían conocido. Abigail tenía dieciocho años y por fin la tortura de ir de acogida en acogida se había terminado. Trabajaba en una hamburguesería y vivía en un cuchitril, pero eso no la importaba, lo único que deseaba entonces era sentirse libre y tranquila.

Los Thompson, la familia de Paige, iban a cenar a la hamburguesería todos los viernes. Así les conoció y aunque era desconfiada no pudo evitar encariñarse con ellos, permitir a que se le acercaran. Eran lo que ella necesitaba en ese momento. Un apoyo, que la hacía sentir segura y a salvo.

Abigail y Paige se habían vuelto inseparables con el tiempo y la familia la había ayudado a acabar sus estudios y llegar hasta donde se encontraba precisamente en esta etapa de su vida.

La señora y el señor Thompson no dudaron en ayudar a una joven que, aunque no les contaba con palabras, a través de sus ojos se podía ver que

había pasado por muchas cosas a una edad muy temprana como para poder cargar en sus frágiles hombros con todo. Vieron que entre su hija y Abigail se formaba una amistad de esas que, en estos tiempos, es casi inexistente. Una amistad que es absoluta y no admite limitaciones ni condiciones. La acogieron en sus vidas y en su casa y ella demostró con creces que se lo merecía. Era valiente, inteligente y una luchadora. No tardó en independizarse y lograr meta tras meta y nunca dejó de agradecerles la inestimable ayuda que le proporcionaron haciéndola desear vivir otra vez.

Después del accidente de coche donde sus padres fallecieron y la única que quedó con vida fue ella, su vida se derrumbó. En los tres años siguientes la habían acogido cinco familias, cada una peor que la anterior. Uno de sus padres adoptivos había intentado abusar de ella, un episodio de su vida que no había contado a nadie, ni siquiera a Paige, solamente a sus terapeutas. Laura era la persona con la que más se había abierto, algo que al principio costó mucho.

En aquel tiempo ella tenía tan solo dieciséis años, pero su cuerpo era muy desarrollado y era muy madura para su edad. Aquel hombre era grande e intimidaba, cuando quiso meter su callosa mano bajo su falda, ella pateó intentando liberarse, entonces el hombre le dio una bofetada volviendo su cara del revés. La señora de la casa llegó en ese instante y aquel mismo día la devolvieron a los Servicios Sociales, alegando que ella era demasiado rebelde y era imposible controlarla. Abigail había intentado explicar lo sucedido, pero todos hacían oídos sordos y la trataban como si fuera una mentirosa y una paria social. A pesar de toda la humillación se alegraba de que aquel hijo de puta no hubiera llegado a más.

No confiaba en los hombres, Abigail había conocido solo a dos que se portaron bien con ella. Su padre y el señor Thompson. Con los años, se había dado cuenta de que los hombres solamente querían una cosa. A nadie le interesaba conocer su persona, solo se fijaban en su cuerpo, pero ella había aprendido pasar desapercibida y poner una capa de hielo a su alrededor,

defendiéndose de esa forma de ellos. A lo largo de los años muchos varones la habían pedido salir, algunos parecían honestos pero su desconfianza era tan grande que siempre se mostraba fría con todos. Laura le había dicho que no era correcto, que debía abrirse a una relación, intentar llevar una vida medianamente normal, pero era algo que Abigail pensaba que no ocurriría jamás.

—¿Cómo es el clima de allí? —Preguntó Paige acabándose el último trago de vino blanco que se estaba tomando mientras su amiga miraba absorta un punto de la pared inmaculada. —¡Abigail! —Dijo y la tocó el hombro suavemente para llamar su atención. La rubia la miró sorprendida.

—¿Qué? —Preguntó todavía ensimismada.

—Te estaba preguntado sobre el tiempo que hace en Port Elliot ya que no sé qué meter en la maleta.

—Oh, pues en esta época del año suele hacer bastante fresco. Estamos a finales de noviembre así que yo te sugeriría que cojas al menos dos chaquetas que abriguen bien. Unos seis o siete jerséis, y otras tantas camisetas para vestir por debajo, tres pares de vaqueros y por supuesto ropa interior. Muy importante, un par de botas de lluvia ya que en esta época suele llover seguido y unos zapatos cómodos y calientes para el día a día. No debemos cargar con mucho equipaje ya que opino que estaremos allí máximo dos semanas. —Explicó Abigail aparentando una falsa tranquilidad, como si aquel viaje fuera lo más normal del mundo para ella.

—Por sea caso, creo que debemos hacer el equipaje más completo por sí sucede algo y nuestra estancia se alargue en Port Elliot. —Dijo Paige y Abigail la fulminó con la mirada.

—¡No llames al diablo! ¡No se va a alagar! —Respondió enfadada y a la vez temerosa de solo pensar que podría pasar más tiempo del necesario pisando las tierras de los Brown. Ya era suficiente con que debía ir hasta allí y enfrentarse a su horrible pasado.

Paige hizo una mueca, pero no contestó nada, no deseaba estresar aún

más a su amiga, así que se centró en comprar los billetes de tren desde su portátil y organizar el viaje. Buscó meticulosamente un hotel que tuviera buen precio y tras casi dos horas de búsqueda lo encontró. Reservó una habitación para ambas y al acabar se frotó los ojos, cerrando su ordenador. Ni siquiera se había dado cuenta del tiempo que había pasado. Abigail había ordenado la casa pulcramente y hasta había preparado un delicioso bizcocho de naranja que estaba sirviendo en dos platos junto a dos tazas de té.

—¡Qué bien huele! —Dijo Paige con una sonrisa, aspirando el aroma.

—Es para agradecerte. Encima que me acompañas, también has organizado el viaje. Así que yo me encargo de dejar todo listo en la empresa para cuando volvamos. —Dijo Abigail mientras le ponía el plato con el bizcocho delante.

—Lo hago con gusto, Abigail. No tienes por qué agradecerme. —Le contestó Paige, aunque sabía que su amiga era así. Sí alguien la ayudaba, Abigail no lo olvidaba nunca y daba las gracias ayudando el doble e incluso el triple a la persona en cuestión. Era el ser más bondadoso y menos egoísta que Paige había conocido alguna vez.

Probó el bizcocho de su amiga y cerró los ojos de placer. —¡Dios! ¿A caso se te da todo bien? —Preguntó mientras se deleitaba y Abigail empezó a reír.

—No, por desgracia hay millones de cosas que se me dan mal. — Respondió viendo a su casi hermana con cariño.

Capítulo 3

Jacob paseaba por el amplio despacho cabreadísimo, sus manos estaban entrelazadas por detrás de su espalda y sus ojos echaban fuego. Parecía un animal salvaje, preparado para saltar sobre su presa y despedazarla. Todavía no se podía creer lo que había hecho su tía Margaret. Todos sabían que estaba loca, pero esto... ¡Esto era demasiado!

Uno de los abogados de la familia le había informado esa misma mañana de que el testamento de su difunta tía había sufrido cambios a última hora. Margaret Brown en sus días finales, la había vuelto a liar y cómo...

Solo esperaba que aquella perra y su familia no tuvieran la cara de ir hasta Port Elliot, les echaría a patadas, de eso estaba seguro Jacob.

—¿Sigues así? —Le devolvió a la realidad su mejor amigo, Peter.

—¡Sigo sin poder creérmelo! Si no me hubiera informado Carlson de que el testamento había sido modificado siquiera iba a estar al tanto de que mi fortuna corre peligro.

—Entiendo, pero has tenido suerte de que tu abogado te haya informado y además hasta te ha dicho el nombre de la otra heredera, cuando los dos sabemos que tú deberías de haberte enterado el día en el que se va a leer el testamento de Margaret. —Jacob se mantuvo callado sin responder a su amigo. Sus labios formaban una fina línea y sus ojos ardían al igual que el fuego en ese momento de la chimenea del despacho.

—Todos saben que estaba mal de la cabeza y que hasta hace dos años, era el señor Jason quien administraba toda la fortuna de los Brown. Por tanto, tú eres el legítimo heredero de Port Elliot y ese testamento no debería tener validez debido a que Margaret no estaba en sus cabales. —Reflexionó su amigo, sentándose en el sofá de cuero que había a dentro de la estancia.

—¡Exactamente! Yo le dije lo mismo a Carlson. Mi padre antes de tener

el ataque al corazón que acabó con su vida, logró incrementar dos veces la fortuna familiar y me enseñó a administrar todo desde que era niño. Pensé que la tía Margaret después de morir me dejaría su mitad a mí o a alguien de la familia, como, por ejemplo, a mi madre que siempre la cuidó. —Se explicó furioso.

—¿Y qué te dijo Carlson? —Preguntó Peter angustiado al ver que su amigo estaba de los nervios y no era para menos.

—Me dijo que no se puede hacer nada, que esa era la última voluntad de mi tía y que este viernes sabría más sobre el asunto, en cuánto llegue Abigail. —Pronunció su nombre con tanto asco que Peter quedó perplejo porque nunca había visto tanto odio en los ojos negros de su amigo como en aquel instante.

—¿Por qué odias tanto a esa tal Abigail? —Preguntó Peter sin resistirse. Desde que conocía a Jacob nunca le había mencionado ese nombre y ahora lo hacía con tanto rencor que la curiosidad le picó. Jacob no le respondió, su amigo miraba fijamente las llamas del fuego, en sus ojos se podía apreciar que no se encontraba del todo en el presente.

Peter le había llegado a conocer tan bien en los siete años que llevaban siendo amigos que pudo notar que detrás de toda aquella ira que consumía a Jacob, también había mucho dolor. Se acercó hasta él y le tocó el hombro, Jacob se giró y fijó su mirada oscura en los ojos verdes claros de su amigo.

—Estas muy tenso, vamos a tomar una copa del Whisky que he traído desde Escocia, dicen que es el mejor y así te relajas un poco. —Jacob suspiró y asintió.

—Será lo mejor, además, quiero que me cuentes cómo te fue el viaje que desde que has vuelto solo hemos hablado de mis problemas. Un tema agradable de conversar no estaría mal para variar. —Dijo Jacob mientras se dirigía al salón y su amigo le seguía los pasos.

—No te preocupes, no es que me moleste que hablemos de estos asuntos, al contrario. Eres mi amigo y si te puedo ser de ayuda aquí me tienes para todo y lo sabes. Simplemente te veo muy preocupado y creo que necesitas un

respiro para pensar con la cabeza en frío.

—Y tienes toda la razón del mundo. Esta noticia me ha alterado de forma excesiva. Cuéntame... ¿Lograste encontrar la candidata perfecta para ser la señora Craig? —Preguntó Jacob riendo, cambiando de tema. Peter suspiró pesadamente, se despeinó con las manos el cabello rubio cenizo que le llegaba hasta el comienzo del cuello, y se sentó en uno de los sofás de color champán que había en el lujoso y decorado con buen gusto salón mientras Jacob iba hacia el mueble—bar para sacar dos copas.

—Ni me menciones este asunto. —Respondió Peter poniendo los ojos en blanco.

—Tu madre está de lo más empeñada al parecer. —Dijo Jacob sin desear cambiar de tema. Aguantándose la risa.

Peter le miró enfurecido y respondió. —Te parece gracioso, ¿eh? Pues sí. Mi madre se ha vuelto de lo más pesada con esto. Insiste en que ya debo encontrar una esposa y debe ser sí o sí una escocesa. Me ha dicho claramente que me da un margen de un año como máximo o sino me deshereda. —Explicó angustiado y Jacob ya no pudo aguantarse la risa, explotando en una carcajada. Peter le miró como si le estuviera estrangulado y las carcajadas aumentaron.

—¡Déjalo ya joder! —Gritó Peter cada vez más cabreado.

—Vale, vale... Tranquilo. —Respondió Jacob todavía riendo. Desde luego que los problemas de su mejor amigo le hacían olvidarse de los suyos propios.

—¿Y qué hiciste en Escocia aparte de comprarme un Whisky? —Le preguntó, sin dejar el asunto todavía y su amigo sonrió de soslayo.

—Estuve buscando una esposa. —Respondió él tan tranquilo. Diciendo “esposa” de lo más sarcásticamente posible. Jacob levantó sus oscuras cejas.

—¿Y dónde se supone que la buscaste? —Preguntó sin creerse en absoluto que su amigo haya sido capaz de buscar una consorte. Peter Craig era el hombre más libertino que había conocido alguna vez, ese era un negado para tener una relación sería con ninguna mujer en la faz de la tierra.

—La busqué en el Goldfingers —Respondió rojo como un tomate y riendo. Jacob literalmente estalló en carcajadas hasta que le salieron lágrimas por los ojos.

El Goldfingers era uno de los clubs de Striptease más famosos en Glencoe, un pueblo pesquero y turístico en el que la familia de su amigo poseía casi todas las propiedades que había en el lugar. Hacía años que se habían ido de vacaciones allí juntos, durante dos inolvidables semanas, y habían sido unos clientes muy frecuentes en el famoso club.

—Amigo, tú eres un caso perdido. —Le dijo Jacob mientras tomaba un sorbo de su whisky que sí que era uno de los mejores que alguna vez había probado.

—¡Pues, anda que tú, yo nunca estuve con dos gemelas! —Le respondió su amigo riendo...

Por unos momentos se olvidaron de las preocupaciones y disfrutaron de la tarde tormentosa fumando unos buenos puros y bebiendo un whisky estupendo. Aunque no solamente se precipitaba una tormenta a fuera de la antigua mansión, también se precipitaba una en la vida de Jacob Brown, una que arrasaría con todo.

Abigail estaba recostada sobre el hombro de su amiga, sumergida en un profundo sueño. Paige le quitó con suavidad algunos mechones que tenía delante de su hermoso rostro. Se fijó en la cara de su mejor amiga, sus pestañas eran dos tonos más oscuras que su cabello, eran largas y bien definidas. Abigail nunca había necesitado ponerse rímel, sus labios también eran preciosos. Bien perfilados y gruesos. Paige le tenía una envidia sana, no solamente por la belleza natural que poseía sino por lo inteligente y fuerte que era. La admiraba por conseguir sus objetivos a pesar de las adversidades que le había tocado vivir. Acarició su sonrojada mejilla y oyó los susurros que emitía en sueños.

—No soy una mentirosa... ¡No hemos hecho nada! —Paige frunció el ceño enfadándose. No conocía a los Brown, pero les odiaba por haber hecho

sufrir a Abigail. Seguro que eran de esos típicos ricachones egoístas, nacidos en cunas de oro que aplastaban sin contemplación a cualquier persona a su paso, como si los demás fueran unas simples hormigas. Sin darse cuenta clavó su perfecta manicura en la palma de su mano, debido a la rabia que recorrió su ser en ese momento, cuando sintió un dolor punzante en la mano se quedó sorprendida al ver que se había provocado una pequeña herida, pero no le prestó mucha atención, fijó la mirada hacia su casi hermana. Abigail tenía la frente perlada por el sudor y seguía susurrando dormida, frunciendo de vez en cuando su entrecejo. Decidió despertarla con suaves golpecitos en las mejillas.

—Despierta Abby, vamos... —La decía una y otra vez hasta que su amiga abrió sus ojos avellana, centrando la vista en Paige.

—¿Qué pasa? —Murmuró.

—Cielo, creo que has tenido una pesadilla. Hablabas en sueños y parecía que lo pasabas muy mal, así que te desperté. —Se explicó Paige y Abigail suspiró y contestó.

—Seguro que con el maldito accidente. Tranquila, es lo normal... —Dijo sin darle importancia. Al parecer, ella ni siquiera se acordaba de su pesadilla, aunque había sido hace tan solo un momento.

—Sinceramente, no creo que lo que soñarás fuera el accidente. —Habló la pelirroja haciendo una mueca con la boca. Abigail la miró sin comprender.

—Decías cosas como: *“No soy una mentirosa” “No hemos robado” “¿Dónde vamos a vivir ahora?”* —Se explicó Paige. Abigail palideció y su amiga se preocupó por ella, comenzando a pensar que tal vez aquel viaje, no había sido buena idea. Abigail entendió el recelo de su amiga al ver su semblante serio.

—Es normal, no te preocupes, hace muchos años que no piso este sitio y ahora mismo nos estamos dirigiendo precisamente a Port Elliot. Los recuerdos se agolpan uno tras otro desde que Laura me obligó, literalmente a emprender este viaje y todo el estrés que he pasado estos días me está pasando factura,

eso es todo.

—¿Nunca antes de este viaje habías soñado con Por Elliot? —Preguntó Paige curiosa.

—No que yo recuerde. La única pesadilla que he tenido reiteradas veces durante todos estos años ha sido la noche del accidente. A veces no sé si es un recuerdo o un sueño. No lo puedo diferenciar.

—Sé que te cuesta mucho dormir, la mayoría de veces, lo que no entiendo es por qué te negaste a las pastillas para el insomnio que te inscribieron hace años.

—Pensaba que algún día dejaría de tener esas pesadillas y la verdad es que hice muy bien. Laura me lo confirmó, dijo que una vez que se comienzan a tomar las pastillas uno puede llegar a acostumbrarse mucho, llegando a convertirse en dependiente de ellas. ¿Entiendes? Yo no quiero eso. Es algo que debo controlar yo y creo que he mejorado mucho. En comparación con años anteriores, hay muchas más noches tranquilas en las que duermo bien. Simplemente ahora se me han juntado demasiadas cosas. Por un lado, está el extraño testamento, por otro el problema de la inmobiliaria... —La tristeza se apreció con total claridad en los ojos violeta de Paige, se sentía culpable y Abigail la agarró de los hombros zarandeándola ligeramente y centrando su mirada fijamente en los ojos de su compañera.

—Tú no tienes la culpa de eso. Bueno un poquito... ¡Pero no debes machacarte! Todo el mundo comete errores Paige, debes dejar de mortificarte. Además, me estás ayudando mucho, no tenías la obligación de venir, pero como siempre tú estás conmigo apoyándome. No tengo palabras para agradecerte, esto es muy difícil para mí. —Habló con emoción y Paige contestó.

—¡Oh deja de hablar así, que me vas a hacer llorar! —Las dos amigas sonrieron mirándose con cariño, tenían suerte de tenerse la una a la otra.

—¿Cuánto tiempo llevamos viajando? —Preguntó Abigail de repente.

—Alrededor de tres horas y nos quedan otras cinco. —Respondió Paige

con cansancio.

—Pedimos algo de comer y beber...—Reflexionó Abigail.

—Claro, ¿pido dos sándwiches de jamón y queso y dos té? Una de las azafatas, esa rubita tan mona, la de los pendientes de perlas, me dijo que el de frutas del bosque esta riquísimo.

—A mí pídemelo de ese mismo entonces, y el sándwich. —Contestó Abigail, mientras sacaba su monedero del chaleco rosa chicle que llevaba en ese momento.

Cuando se quedó sola en el coche de pasajeros, miró por la ventanilla que había en el lado en el que se sentaba Paige. Vastos prados verdesos se alzaban ante su vista. El cielo empezaba a adquirir un tono rojizo que se mezclaba con el azul clarito. —“Un atardecer digno de una foto” —Pensó Abigail mientras sonreía viendo a los dos únicos caballos que disfrutaban comiendo la hierba de la enorme pradera. Movían sus colas largas y brillantes que contrastaban perfectamente porque uno era de color negro como la noche, mientras que el otro era blanco como el día.

Se acordó de cómo Jacob le enseñaba a montar y lo feliz que se sentía cuando él la decía que aprende muy rápido y que algún día será una amazona muy hábil. Mordió su labio inferior con saña, enojada por los recuerdos que la asechaban y por los sentimientos que provocaban en su interior. Al pensar en la posibilidad de volverle a ver se le cortó la respiración. Afortunadamente llegó Paige anunciando que en un momento les traerían lo pedido e interrumpiendo sus pensamientos.

Birmingham les dio la bienvenida con una mañana tan fría que quemaba la piel. Las dos amigas tiritaban descontroladamente mientras sacaban sus pertenencias del compartimento para equipajes. Cada una llevaba dos maletas medianas de tamaño, no les costó distinguirlos porque eran las únicas que eran tan coloridas. El de Abigail era de un amarillo chillón y el de Paige de un rosa fosforito.

—Tienes las mejillas y la nariz rojas como tomates maduros. —Habló

Abigail entrecortadamente, sonriendo mientras los dientes le castañeban.

—¡No me gusta nada el frío, lo odio! —Murmuró malhumorada Paige.

—Tranquila, en la esquina está la parada de taxis, pronto estaremos calentitas. —Respondió Abigail yendo con las maletas hacia la dirección y Paige siguiéndola. En cinco minutos ya estaban acomodadas en un taxi disfrutando del agradable calor que desprendía la calefacción del coche.

—¡Vaya! Esto no ha cambiado nada... —Murmuró para sí Abigail. Fijándose a través de la ventanilla del taxi en los paisajes tan conocidos que se descubrían ante ella. Cada vez se acercaban más hacia Port Elliot, su pesadilla. El corazón de Abigail palpitaba con fuerza en su pecho, tan fuerte que pensaba que Paige y el chofer también oían el sonido de sus desbocados latidos.

Capítulo 4

El taxi paró donde Abigail le indicó, las chicas le pagaron y salieron del calor del vehículo. Tenían a su disposición una hora así que decidieron comer algo e ir así a aquella pesadilla de reunión. Abigail no tenía nada de apetito, pero sabía que su amiga sí. El viaje había sido largo y llevaban muchas horas sin probar bocado ya que la comida del tren no había resultado tan apetecible como habían creído. La pizzería O'Neill estaba delante de ella, sintió un escalofrío que recorrió su cuerpo. Tenía miles de recuerdos en aquel sitio con Jacob. Cerró sus ojos con fuerza como si así pudiera borrar esos recuerdos, espantarlos. Pero, por desgracia hay momentos de la vida que el tiempo no borra.

Paige la miró analíticamente, como si la estuviera leyendo y no le costó mucho entender lo que pensaba, porque Abigail era muy transparente, un libro fácil de leer y comprender si uno quisiera realmente discernirla. Un libro abierto.

—El tiempo no hace la pérdida olvidable, solo superable... —Susurró Paige agarrando su mano con la suya y de esa forma mostrándola que no debía preocuparse, que no estaba sola en eso. Se adentraron a dentro de la pizzería. El olor provocó que las tripas de Paige rugieran y la chica se sonrojó. El lugar estaba lleno de clientes hasta el tope. Las chicas tuvieron que ponerse de puntillas para poder ver si había un sitio libre.

—¡Mira aquella esquinita de allí! —Dijo Paige enseñando con su dedo índice un sitio con una mesita pequeña y dos sillas, además no estaba tan atestado de gente. ¡Justo lo que necesitaban!

—Buenas tardes. ¿Qué van a pedir? —Les preguntó una camarera de no más de dieciséis años. Era una niña amable y muy guapa vestida con su uniforme de color azul marino y amarillo pálido. Tenía una sonrisa cálida y sus ojos eran de un azul muy clarito que contrastaban con su oscura cabellera.

Abigail la reconoció de inmediato. Era la pequeña Sissi, la hija de los Thomas, una pareja que siempre se había portado de manera muy cariñosa con Abigail y sus padres. La señora Thomas era la cocinera de la mansión de Port Elliot. Siempre hacía galletas con chispas de chocolate y las repartía entre todos los niños. El señor Thomas era el jardinero y Abigail recordaba que hacía unas diademas con flores preciosas. Él tenía los mismos ojos que la pequeña Sissi, de hecho, ella era igualita a su padre, inconfundible. Por aquella época tenía cuatro años y era tan revoltosa que siempre hacía alguna trastada y los gritos de la buena cocinera se oían por toda la mansión. Sonrió sin darse cuenta mientras la niña esperaba con su blog de notas para apuntar el pedido.

—Te has convertido en una bella señorita, Sissi Thomas. —Dijo Abigail con cariño. La chica abrió sus ojos de par en par sorprendida porque la conociera.

—¿La conozco? —Preguntó entrecerrando los ojos, intentando recordar, pero era imposible porque ella era tan pequeñita por aquel tiempo... De repente Abigail pudo apreciar un brillo en sus bonitos ojos. ¡Sí que se había acordado!

—¡Abigail! ¡No me lo puedo creer! —Chilló la adolescente llamando la atención del resto de clientes. Abigail se puso roja hasta la raíz del pelo.

—Shh, no grites tanto. —La dijo encogiéndose en su asiento.

—Pero, ¿qué haces aquí? —Susurró la niña muy impresionada, dejando el bloc de notas sobre la mesa y sentándose en el pequeño huequito que había en el asiento de Paige, que miraba la escena con mucha curiosidad.

—Es muy largo de explicar... ¿Tus padres siguen trabajando en Port Elliot? —Preguntó ella, deseando cambiar de tema. La niña asintió enérgicamente con la cabeza. —Se van a alegrar mucho de saber que estas aquí. En todos estos años siempre os defendieron de las calumnias que se decían. Mi madre siempre decía que se había cometido una gran injusticia.

—Abigail sintió su respiración pesada. Nunca se había imaginado que

alguien les hubiera defendido, sus ojos se empañaron, pero ahuyentó con rapidez las lágrimas que estaban por salir.

—Me encantaría volver a verles. —Respondió emocionada. Sissi le dedicó una sonrisa antes de decir.

—Me encantaban las trenzas que me hacías. —Abigail se echó a reír. De pequeña le hacía peinados horribles a la niña, generalmente dos trenzas torcidas, pero a Sissi le encantaban y siempre le pedía que se las hiciera después de comer, incordiando a Jacob y a Abigail que solían jugar al ajedrez casi siempre a esa hora.

Pidieron una pequeña hamburguesa de pollo y queso para Abigail y una pizza con pepperoni para Paige, para acompañar se compraron dos coca colas. Paige estaba comiendo a dos carrillos cuando habló con la boca llena.

—Nunca me has contado el por qué os echaron de la mansión, siempre te has mostrado muy reticente a hablar sobre el tema y yo nunca he insistido, pero creo que es hora de que me cuentes todo con detalles. Al fin y al cabo, estamos aquí para que hagas frente a tu pasado y sería un buen comienzo intentar hablar sobre ello con alguien más aparte de tu psicóloga. —Abigail sabía que su amiga tenía razón, además se lo debía, la había acompañado de buena gana cuando no tenía por qué y siempre la había apoyado en todo, así que se aclaró la garganta, tomó un trago de su coca y dijo nerviosa.

—Es una historia muy larga, para que lo entiendas debo contarte todo sobre los Brown.

—Tenemos suficiente tiempo. —Respondió Paige con una sonrisa. Abigail cerró los ojos y respiró profundamente antes de comenzar a relatar.

—Como ya sabes mis padres además de ser empleados del señor Brown, eran íntimos amigos. Mi padre era su contable y mi madre era la veterinaria, la que se encargaba del cuidado de los caballos que en aquel entonces eran muchos ya que se impartían clases de equitación y concursos, uno de los negocios que tenía la familia.

Mis padres vivían prácticamente en la mansión, tenían a dos kilómetros

una casita que Jacob Brown les había regalado.

—¿Regalado? —Preguntó Paige boquiabierta.

—Sí. En la mansión todo el servicio que no disponía de una vivienda tenía una habitación asignada. Muchos vivían con sus familias así que además de ser el sitio donde trabajaban también era su hogar. El caso de mis padres era diferente, pues como te decía no eran simples trabajadores. Les unía una estrecha relación, me atrevo a decir que una gran amistad con el señor Jason y su primera esposa, Clarissa.

—¿Se divorció de su primera esposa? —La interrumpió Paige preguntando.

—¡Que va! Jason adoraba a su esposa, la amaba con locura. —Respondió Abigail con la mirada perdida y la voz queda. —Clarissa era una mujer muy buena, amable con todo el mundo y siempre dispuesta a ayudar. Cuando Jacob cumplió los ocho años sucedió una terrible desgracia. Hubo un incendio en las caballerizas que se extendió con rapidez. La señora Clarissa y mi madre tomaban el té en el jardín mientras Jacob y yo jugábamos. Nos encontrábamos solos ya que mi padre y Jason habían salido con urgencia a las oficinas que tenía el señor a unos kilómetros de la mansión, algo había salido mal en las cuentas, aunque después se supo que era falsa alarma y me acuerdo perfectamente de eso porque nos habían prometido a mí y a Jacob que nos llevarían justo a esta pizzería en la que estamos sentadas ahora. Nos encantaba este sitio y nos sentimos decepcionados cuando no cumplieron con su promesa. Bueno, pues mientras jugábamos y nuestras madres charlaban, vino un lacayo, recuerdo perfectamente su aterrorizado gesto. El hombre gritó alterado que avisaran al señor ya que había un incendio y algunos caballos habían muerto. Mama y Clarissa salieron corriendo derribando a su paso la mesilla con las tazas de té. Mi madre nos gritó que no nos moviéramos de nuestro sitio, yo me asusté y Jacob me abrazó a él como siempre hacía cuando tenía una pesadilla o algo me asustaba... —Abigail paró de hablar, sentía un nudo terrible en la garganta, aquel día había sido fatídico para todo Port

Elliot. Paige le pidió una botella de agua a Sissi que en ese momento pasaba al lado de su mesa.

—¿Disculpa podrías traer una botella de agua de tiempo para mi amiga?

—Claro, enseguida. —Respondió la joven solemne. En unos segundos les trajo el agua y se alejó de la mesa porque otro cliente de otra mesa la llamaba impaciente. Eran tres chicas las que atendían el lugar, pero parecía que todos deseaban que les prestará atención Sissi.

Abigail tomó un gran sorbo del agua y suspiró. —Veras... —Continuó contando.

—Al parecer nadie logró impedir que Clarissa entrará con los hombres en los establos, era una mujer dura de pelar, cuando tomaba una decisión nadie podía disuadirla. Su marido no estaba y como señora de la casa cumplió con su deber de proteger el negocio de su familia y a las personas que trabajaban en sus tierras, se sentía responsable de velar por su bien estar. No murió por las llamas del fuego sino por el humo que la ahogó con rapidez. Cuando volvieron Jason y mi padre... ¡Fue horrible! El golpe era muy duro para el señor y su hijo que se habían quedado solos sin el pilar fundamental de sus vidas. Los primeros cuatro años fueron muy dolorosos. Mis padres y yo no nos separábamos de ellos dos. El señor Jason paró de prestar atención alguna a sus negocios, las inscripciones para dar clases en Port Elliot cada vez disminuían, el hombre paró de comunicarse incluso con su propio hijo que se había vuelto de alguien alegre y extrovertido en alguien callado y muy reservado, siempre con una expresión tan triste en el rostro que me partía el alma. Mi padre se encargó de la economía de la familia y logró que en esos cuatro años no cayeran los negocios en picado.

—¿Y qué pasó después? —Preguntó Paige con una expresión que demostraba que la historia la había afectado. Como si lo viviera en carne propia. Era una persona muy empática y las desgracias ajenas la afectaban como si se tratase de ella misma.

—Después vino Rebeca... Ella les devolvió la alegría. Le dio un poco de

color a Port Elliot que se había convertido en un lugar gris, tras lo sucedido. Las cosas no eran iguales a cuando estaba viva Clarissa ni de lejos, nunca sería igual porque la señora era única, pero Rebeca fue como un soplo de aire fresco, sin embargo, la relación entre el señor y mis padres empezó a enfriarse sin razón aparente. Parecía que la confianza que él señor nos tenía se quebrantaba y mi familia nunca comprendió el porqué de aquel cambio tan drástico.

—Qué extraño... Teniendo en cuenta que tu familia le apoyó constantemente en un momento tan difícil para él y su hijo. Además, tu padre se encargó de mantener a flote sus negocios. —Reflexionó frunciendo los labios. —¿Y la relación entre tú y Jacob? ¿No me habías dicho que fue tu primer novio? —Preguntó la pelirroja mientras limpiaba las comisuras de sus labios con una servilleta ya que se había manchado de tomate frito.

—Nuestra relación, al contrario que la de nuestras familias se reforzó aún más. Cuando cumplimos los quince, la gran amistad que teníamos dio paso a otro tipo de relación que comenzamos a explorar. —Respondió Abigail con una triste sonrisa.

—Me enamoré de una forma profunda, honesta y locamente de Jacob Brown, tal vez incluso antes de llegar a la adolescencia, pero era tan pequeña que no podía comprender tales sentimientos.

Fue mi primer gran amor y las sensaciones eran tan fuertes como un volcán en erupción, tan profundos como el océano infinito. Sinceros y dulces como el canto de un pájaro. Jacob me daba felicidad y era como el rayo de luz que iluminaba mis días que acabó siendo la tormenta que arruinó mi vida. — Abigail había comenzado a llorar, resultaba muy doloroso recordar el amor que sintió alguna vez hacía alguien que no había merecido su amistad y mucho menos su corazón que le había entregado con devoción y que él había hecho añicos. Paige le dio un clínex y ella se secó las lágrimas que se deslizaban por sus sonrojadas mejillas. Cuando se calmó un poco, suspiró y continuó con la historia.

—Los antepasados de la familia Brown pertenecieron a un linaje aristócrata. Todo el mundo en Port Elliot sabía la historia y el señor Jason siempre que tenía la oportunidad la contaba. La mansión fue construida en mil cuatrocientos tres por los marqueses Eleonor y Andrew Devonshire.

—Pero... ¿Por qué se apellidan Brown, entonces? —Preguntó Paige entornando los ojos.

—Espera que ya llegaré hasta allí. —Respondió Abigail y continuó.

—Eleonor no pertenecía a la nobleza antes de casarse con Andrew. Era una campesina del pueblo que poseía tal belleza que se hablaba de ella hasta en condados más lejanos. Cautivó de inmediato al marqués que quedó embelesado al ver sus ojos azules y su cabello rubio que era tan largo que le llegaba hasta por debajo de la cintura. Muchos dicen que se parecía a un ser mítico, concretamente una ninfa de los bosques y manantiales.

En aquella época era inadmisibile que una plebeya se casará con un noble, pero Andrew no se rindió y finalmente consiguió un matrimonio morganático que es precisamente la unión de dos personas entre distinto rango social.

Tuvieron un matrimonio idílico y muy feliz, tanto que inclusive inspiraron a algunos artistas de la época que compusieron canciones de amor basándose en su historia. Por desgracia todo acabó con la muerte de Andrew que falleció por una pulmonía.

La pareja había tenido tres hijos varones, pero el problema era que en ese tipo de unión Eleonor y ninguno de sus hijos podían heredar las propiedades del señor Andrew, ni los títulos, absolutamente nada.

Sin embargo, la marquesa llegó a tener importantes amistades con personas muy poderosas, era tan encantadora e inteligente que supo muy bien con quienes establecer contactos tras la muerte de su marido para asegurar que sus hijos se quedaran al menos con la mansión, con una sustanciosa cantidad de dinero que Andrew había logrado ahorrar y con un medallón de zafiro azul de incalculable valor que el noble le había regalado a su bella esposa en su luna de miel.

—¡Por dios! ¡Qué romántico! —Susurró Paige con la mirada pérdida, como si estuviera metida en la historia y viera todo lo sucedido con sus propios ojos.

—Sí. Es muy romántico y con un final de lo más dramático. El amor que sentían uno por el otro era tan grande que, tras la muerte del marqués, Eleonor le escribía cartas a su marido todas las noches como si él estuviera lejos de ella solo por un tiempo y pronto se reunirían.

En cuanto arregló la vida de sus hijos, la marquesa no aguantó sin su amado y se suicidó tirándose del balcón y reuniéndose por fin con él. — Concluyó con el relato Abigail y las dos sintieron cómo se les erizaba la piel.

—¿Por qué ese tipo de historias siempre acaban mal? —Se preguntó Paige en voz alta frunciendo los labios.

—No lo sé, pero de pequeños nos encantaba esta historia a mí y a Jacob que no nos hartábamos de oírla una y otra vez. ¿Sabes? El medallón se mantuvo en la familia hasta hoy en día. —Dijo Abigail y Paige abrió sus ojos de par en par sin podérselo creer.

—¡No jodas!

—Sí. Por muchas dificultades y penurias que hayan pasado, el medallón nunca se vendió. Es como una reliquia familiar que les recuerda a su antepasada de la que más se enorgullecen y desean que el recuerdo de Eleonor Brown prevalezca en las siguientes generaciones... ¡Sí, el apellido es por ella! Los marqueses decidieron poner el apellido del abuelo por parte materna a sus hijos. Un hecho muy inusual para aquel tiempo, pero es que ellos dos eran raros para la época en la que les había tocado vivir. Sobre todo, ella, que era una mujer muy avanzada para su tiempo. Dicen que montaba a caballo mejor que los hombres, era muy culta para ser plebeya y se le daba bien disparar.

—¡Vaya! Es impresionante... —Susurró Paige atónita y luego frunció el ceño preguntando. —Pero, ¿qué tiene todo esto que ver contigo y la noche en la que os echaron?

—Unos tres días antes de la noche en la que nos echaron como perros... Jacob y yo hicimos el amor en el cobertizo en el que nos reuníamos desde hacía meses para besarnos y abrazarnos a escondidas. Fue nuestra primera y única vez. Para mí había sido algo mágico y muy especial. Después de hacer el amor, nos quedamos contemplando las estrellas, él me decía una y otra vez que me amaba con locura y que para demostrármelo me enseñaría el secreto mejor guardado de Port Elliot. ¡Precisamente el medallón de zafiro azul! Yo me emocioné mucho porque nadie lo había visto nunca y nadie sabía dónde lo guardaban los Brown. “Tú eres parte de mi familia y algún día serás mi esposa, así que quiero que lo veas” —Fueron las palabras de Jacob cuando me llevó, sujetándome de la mano hasta el lugar. —La voz de Abigail se quebrantaba, sus ojos estaban acuosos por las lágrimas que amenazaban por salir otra vez, apretaba su puño con fuerza, pero ni siquiera se daba cuenta, parecía totalmente ida. Paige entendió que su amiga no se encontraba con ella en ese mismo instante, sino en el pasado, reviviéndolo otra vez.

—Después de que me lo enseñará, al día siguiente el medallón desapareció. Yo era la única que no era de la familia y sabía el sitio donde se guardaba la joya, así que todos empezaron a sospechar de mí... Incluido Jacob que cambió totalmente su comportamiento hacia mí. Me miraba con odio como si yo le hubiera fallado, traicionado. El señor Jason y su esposa me ahogaban con sus constantes preguntas sobre dónde estaba el maldito medallón, me hablaban y trataban de una manera horrible y mis padres no aguantaron, comenzaron una discusión acorralada con los Brown. Recuerdo cómo mi padre gritaba: —“¡Por el amor de Dios Jason, la conoces desde niña! ¡Sabes que nuestra hija es incapaz de robar!”. A partir de ese momento, las peleas cada vez eran más violentas hasta que nos humillaron registrando nuestra casita. Adivina lo que pasó... ¡El medallón fue encontrado en el bolso de mi madre! —Acabó Abigail su relato con los ojos rojos y totalmente rota de dolor al recordar.

—Alguien os incriminó a ti y a tu familia consiguiendo su propósito que

era que los Brown os echaran de la mansión. —Concluyó Paige impactada.

—Pero no se imaginó que no solamente provocaría nuestra partida de Port Elliot, sino que también acabaría con la vida de mis padres. Nos dieron una hora de disposición para recoger nuestras cosas e irnos. Recuerdo muy bien las palabras de Jason Brown. —“Debido a la amistad que hemos tenido durante tantos largos años no voy a denunciaros, pero tenéis una hora para salir de mis tierras y de mi vida, no os quiero volver a ver nunca ¡Desagradecidos!”

—Llovía a cantaros, mis padres estaban destrozados cuando metieron nuestras pertenencias en las maletas y nos subimos al coche. Mi madre y yo llorábamos desconsoladamente, ni siquiera nos habían querido escuchar. No nos habían dado ni una sola oportunidad para defendernos. Solamente la loca de Margaret gritaba desgañitada “Son inocentes”. —Dijo lo último con una sonrisa, que más que sonrisa parecía una mueca.

—Sinceramente creo que Margaret no estaba tan loca como todos creáis. Opino que esta mujer te hizo venir aquí por un motivo y la verdad saldrá. ¿Nunca has querido saber quién os incriminó y por qué lo hizo? —Preguntó Paige mirando fijamente a su amiga.

—No, Paige. No me importa quién lo hizo y no culpo a la persona que ideó todo ese maquiavélico plan. —Respondió Abigail y su amiga la miró atónita. —Se supone que la amistad es para apoyar siempre sin condición, para creer incluso cuando las pruebas apuntan contra ti. Aquella noche los que nos destrozaron fueron los Brown. Rompieron una amistad buena, acabaron con la vida de mis padres que siempre estuvieron al lado de ellos, en las buenas y en las malas. Nos humillaron y nos repudiaron. No hay ninguna verdad en la faz de la tierra que pueda cambiar el hecho de que fueron injustos, fríos y crueles. Un amigo de verdad no haría algo así jamás. Alguien que ama de corazón nunca dudaría ¡Tú por ejemplo siempre creerás en mí!

—Se explicó Abigail mientras sus ojos ámbar demostraban lo vulnerable que se sentía en aquel momento.

—¡Jamás dudaré de ti! —Respondió Paige con lágrimas en los ojos y la abrazó con fuerza, deseando borrar su tristeza, reconfortarla y demostrarla que su amistad siempre será inquebrantable.

Capítulo 5

Jacob y su madrastra estaban sentados en el antiguo despacho de su padre, esperaban nerviosos. Jacob apretaba el sujeto brazo del sillón de cuero en el que estaba sentado, maldiciendo interiormente el hecho de que Peter no se encontraba con ellos en ese momento tan agobiante y frustrante. Por supuesto su amigo le habría acompañado encantado pero el notario había aclarado que dentro solo debían estar las personas a las que les concernía el asunto de la herencia.

Rebeca miró el reloj de su celular por enésima vez. ¡Abigail Warner llegaba tarde veinte minutos! Eso provocaba en Jacob un sentimiento de alivio. Era muy probable que no acudiera, ni siquiera un Warner podía ser hasta tal punto un sinvergüenza... Pensaba Jacob taladrando con la mirada al notario que insistía en que debían esperar un poco más. Al cabo de otros diez minutos de espera, Jacob estaba que se subía por las paredes.

—¡Oiga no podemos seguir esperando aquí como unos tontos! Se ve claramente que a la persona en cuestión no le interesa este asunto. —Habló por primera vez desde que habían entrado Rebeca, frunciendo sus labios pintados de color rojo pasión y entornando sus ojos marrones perfectamente delineados. El notario resignado resopló mientras abría una fina carpeta de color coral con documentos en su interior.

—Bueno... ¡Vamos a proceder entonces! —Dijo el hombre cuando la puerta del despacho se abrió estruendosamente y entró una mujer rubia bastante despeinada, vestida con unos sencillos vaqueros desgastados de color negro que le sentaban como un guante en sus kilométricas piernas y bien proporcionadas caderas. Su look estaba acompañado por un jersey de punto oversize en color chocolate. Llevaba su chaqueta de pluma del mismo color que su jersey, colgada en el brazo. La mujer se arregló un poco el alborotado cabello con las manos, acomodando algunos mechones por detrás de su oreja.

Levantó la mirada hacia los presentes y Jacob se quedó sin aliento. Una corriente eléctrica recorrió su cuerpo al ver los ojos ámbar de Abigail que alguna vez le habían parecido lo más hermoso del mundo. Pero ahora esa misma mirada le parecía a la de una Mamba Negra, una de las serpientes más venenosas que existen. Era increíble lo hermosa que estaba. Se había convertido en una mujer y su belleza era mucho más peligrosa a cuando era una adolescente. Jacob la recorrió con la mirada sin cortarse y deseó saber lo que se sentiría saborear esos labios carnosos que en ese momento estaban ligeramente entreabiertos, tener alrededor de sus brazos a esa cintura tan estrecha. Sintió la horrible necesidad de tener esas preciosas piernas alrededor de su cuerpo y de acariciar esa piel tan pálida y aterciopelada. La rabia que sintió en su corazón por el efecto que provocó en él le hizo asquearse de sí mismo. La miró con odio, deseando que esa diablesa desapareciera de la faz de la tierra por siempre.

—Buenas tardes señorita. Por favor siéntese, estábamos a punto de empezar. —Dijo el notario con amabilidad y dirigiéndose hacia Abigail que parecía estar congelada, como si le costará decidirse si dar un paso.

—Siento mucho la tardanza, vivo bastante lejos... —Se excusó con la voz quebradiza mientras salía del estado catatónico en el que estaba y daba pasos hacia una silla libre que había en la esquinita del despacho. Se sentó y entrelazó sus manos, apretándolas de forma compulsiva sin darse cuenta. El notario miró a los presentes a través de sus enormes gafas de pasta y se aclaró la garganta antes de hablar.

—Como todos sabéis estamos aquí debido a los repentinos cambios que decidió hacer Margaret Brown en sus últimos días de vida. La señorita poseía la mitad de las tierras de Port Elliot y la mitad de la mansión. Incluyendo las caballerizas... —Se explicaba el certificador mientras ojeaba alguno de los documentos que tenía delante. —¡Todo este patrimonio fue dividido en dos!

—Todos se quedaron sorprendidos con tal afirmación.

—¿Entonces por qué se me citó a mí? —Preguntó Abigail confundida.

Estaba claro que la mujer le había dejado su herencia a su familia, lo que no comprendía era el por qué la habían contactado a ella. Todos miraban al notario desorientados. El profesional les miró atentamente, parecía que no sabía cómo continuar y elegir las palabras para poder explicarse.

—La decisión de Margaret Brown fue que todas las caballerizas sin incluir los caballos, deben ser para Rebeca Brown. —La mujer al oír aquello, jadeó de indignación. A Jacob también le extrañó que solamente le dejara eso ya que Rebeca había sido la persona que más la había cuidado en los últimos meses. Abigail estaba encogida en la esquinita sin comprender nada.

—El resto de la fortuna, según la voluntad de la difunta, es para la señorita Abigail Warner.

Los tres se quedaron petrificados, de lo más confundidos.

—¡Esto es imposible!

—Gritó Jacob de una manera tan violenta que todos se encogieron, sobre todo Abigail.

—Puedo comprender su frustración, pero así ha sido la última voluntad de Margaret. Abigail Warner es la heredera de casi todo el patrimonio de la señora Brown, pero con una condición y sí esa exigencia no se cumple. Toda la fortuna será donada a una institución religiosa judía. —Explicó el notario temblando, por temor debido a la furia difícilmente contenida que emanaba de Jacob.

—¡Pero si era católica! —Chilló exasperada Rebeca levantándose y empezando a caminar de un lado a otro a punto de explotar.

—¡Esto es inadmisibile! Todo el mundo sabe que Margaret no estaba en sus facultades, este testamento no debería tener ninguna validez. —Habló Jacob siseando y echando lava por sus ojos negros.

—Señor, usted puede consultar a cualquier abogado que desee para que os informe, pero les aseguro que este testamento es totalmente válido. La señorita Margaret estaba capacitada para saber a quién dejar su fortuna. —Explicó el hombre tartamudeando ya que el aspecto feroz de Jacob intimidaba

mucho y no era para menos ya que media más de metro ochenta y cinco, de complexión fuerte y musculosa y con una mirada dura como el acero, mientras que el pobre señor era además de mucho mayor de edad, bajito y regordete. Parecía buena persona y Abigail sintió pena por él ya que solamente intentaba cumplir con su trabajo y no tenía por qué aguantar la ira y sobre todo la poca educación de nadie.

—¡Déjale en paz! Este hombre solo está haciendo su trabajo. —Dijo en voz alta sin poder aguantarse a pesar de las emociones desbordadas que parecían paralizar su cuerpo, el notario la miró con agradecimiento.

—¡Tú te callas maldita zorra asquerosa! ¿A caso has contactado con mi tía durante todos estos años manipulándola? ¿Cómo lo has logrado? —Jacob gritaba de una manera espeluznante. Las venas en su cuello y el odio en sus ojos provocaron en Abigail un miedo que recorrió su ser, realmente parecía a punto de despedazarla.

—¡Cálmese o me verá obligado a llamar a las autoridades! —Exclamó el notario, temblando nervioso. Jacob se fijó en él bien y se dio cuenta de que para el hombre aquella situación debía ser de lo más violenta, además como dijo aquella zorra, él solamente hacía su trabajo. Intentó calmarse respirando lentamente y sin mirarla porque si lo hacía no se aguantaría las ganas de estrangularla.

—Discúlpeme señor David, por favor prosiga. —Habló entrecortadamente Jacob, entretanto Rebeca le pasaba un vaso lleno de agua fría.

—Cálmate mi amor, todo se arreglará —Le decía alentándolo. Jacob se bebió de un solo trago el agua que logró calmarle un poco. Se pasó, las manos por su espeso cabello negro despeinándolo y se sentó otra vez.

Abigail hizo lo mismo, encogiéndose en la esquina sin desear mirar a nadie, centrando su mirada en el notario. Se sentía confundida, asustada y solamente deseaba salir de allí e ir donde Paige y que huyeran pitando de aquel infierno. Volver a ver a aquel miserable la había trastocado mucho más

de lo que había pensado y la forma en la que la insultó, humillándola, culpándola otra vez de algo de lo que ella ni siquiera tenía idea alguna... Se mordió los labios con saña hasta que sintió el sabor a hierro en su lengua.

—¿Cuál es esa condición? —Preguntó Jacob siseando al fedatario.

—La señorita Abigail Warner solo podrá heredar si accede a contraer matrimonio con Jacob Brown, al menos durante el periodo de un año. — Concluyó David Hicks, dejando un silencio sepulcral tras sus palabras. Abigail se sentía mareada. ¡Aquello no podría estar pasando de verdad! Su rostro se había tornado en un pálido fantasmal, se sentía abatida y su ansiedad se acrecentaba. Los latidos de su corazón eran cada vez más fuertes y rápidos, la chica ni siquiera se dio cuenta de cuando alguien la levantó bruscamente de la silla y golpeó su rostro con fuerza. Lo veía todo nublado hasta que una oscuridad la envolvió.

Jacob sintió una ira colérica apoderándose de su ser, tras las palabras del notario. Aquella puta había logrado ingeniárselas para contactar con su tía y manipularla a su antojo. No conforme con heredar solo la mitad, deseaba también casarse con él, como siempre había planeado desde que era pequeña para poder tener toda la fortuna en sus manos. Le asqueaba. Se levantó furioso, mirándola sentada en aquella silla como si estuviera en estado vegetativo... ¡Desde luego sabía cómo actuar! Se comportaba como si no tuviera idea alguna de lo que estaba pasando. Lleno de furia, Jacob se dirigió hacia ella, levantándola de los hombros y zarandeándola.

—¡Deja de actuar maldita puta! No voy a dejar que tú y tu asquerosa familia pongáis un pie aquí. —Abigail no respondía, seguía actuando con maestría. Jacob encolerizado, sin controlar sus acciones, levantó su puño y lo estampó contra la cara de esta. La joven cayó desplomada como una muñeca rota y fue entonces cuando Jacob se dio cuenta de lo que había hecho, la furia se tornó en miedo y angustia viéndola en el suelo y la sangre en sus labios llegando a manchar su jersey. Se acuclilló a su lado y empezó a gritar. — ¡Abigail despierta! —El notario empalideció acercándose hacia la joven y

diciendo en voz alta

—¡Que alguien llame a una ambulancia o algo! —Rebeca marcó el número del médico de la familia con la máxima rapidez que le permitían sus dedos temblorosos, sus nervios estaban a flor de piel.

Se encontraban en una sala de estar mediana de tamaño, decorada exquisitamente, aunque Paige no pudo apreciar nada de aquel lujo, lo único que deseaba era ver a su amiga que se encontraba en una de las tantas habitaciones de aquella maldita mansión con el médico que la estaba revisando. Todos se encontraban sentados en los sofás de piel en color champán con la mirada pérdida excepto ella que estaba de pie, mirando por el gran ventanal, apretándose compulsivamente las manos y el atractivo moreno que caminaba de un lado a otro nervioso y de lo más asustado. No sabía quiénes eran aquellas personas y tampoco le interesaba.

Casi se le para el corazón cuando una mujer, al parecer del servicio, la informó que Abigail se había desmayado. Paige por supuesto quiso verla de inmediato pero la buena mujer la dijo que debía esperar con los demás hasta que el médico la revisará. Condujo a Paige hasta aquella sala en la que se encontraba precisamente en ese momento. La culpa la estaba matando, no paraba de repetirse a sí misma que no debían haber venido. Por su culpa y por la de aquella mata—sanos de Laura, Abigail se encontraba ahora mal. ¿Qué diablos habría pasado en la reunión? Se preguntaba la pelirroja, apretando los labios. Un dolor punzante en la cabeza la comenzaba a mortificar. Odiaba el sentimiento de incertidumbre y su preocupación se acrecentaba cada vez más. Encima, aquel moreno imponente la estaba mareando con tanto ir de aquí para allá y Paige a punto de explotar le gritó, sin poder contenerse.

—¡Oye puedes dejar de moverte así! ¡Me estas mareando, joder! —Jacob se quedó estático por un segundo. Entrecerró los ojos, no se había fijado en la joven pelirroja. Allí estaban Peter, David y su madre, pero a aquella chica no la conocía en absoluto.

—¿Y tú quién eres? —Preguntó entre sorprendido y malhumorado.

—Soy amiga de Abigail. Respondió Paige entrecerrando los ojos. No se había parado a pensar en la identidad de aquellas personas, pero su instinto la estaba advirtiéndole de que el moreno era Jacob Brown. Miró a su alrededor con asco y desprecio, deteniéndose en el hombre rubio de ojos verdes claros que la miraban fijamente sin disimulo. Su corazón latió con fuerza en su pecho y frunció el entrecejo extrañándose por su propia reacción. El hombre parecía el típico rico nacido con cuchara de plata y sin pizca de cerebro. Eso sí, Debía admitir que era muy atractivo. Casi tan alto y ancho como el moreno y sus ojos verdes quitaban el aliento. Apartó sus ojos de los de él furiosa, porque la miraba de manera altiva y arrogante. ¡Odiaba con toda su alma a esa clase de gentuza!

Todos en aquella habitación eran unos malditos, sin escrúpulos. En vez de corazones debían tener piedras en las que está dibujado el gran símbolo del dólar. Pensaba Paige sin hacer el esfuerzo de disimular su mueca de desdén

—¿Dónde diablos están sus padres? —Se oyó la voz grave del moreno y Paige fijó otra vez su mirada acusadora en él. —¡Muertos! —Respondió fríamente, sin darse cuenta de cómo palidecía Jacob.

En ese momento...

Gimió de dolor cuando abrió sus preciosos luceros. La cabeza le iba a estallar y la mandíbula dolía horrores. ¿Qué había pasado?

—No te muevas mucho, pequeña Abigail. —La dijo una voz muy conocida pero no lograba identificarla. Se levantó con cuidado para ver a un señor de entre cincuenta y sesenta años, vestido con una bata blanca, ordenando, lo que parecían ser, utensilios de medicina y pastillas. Abigail abrió y cerró los ojos, había demasiada luz en aquella habitación.

—¿Dónde estoy? —Preguntó confundida, pues no le sonaba de nada la estancia

—¿No me has reconocido, pequeña Abigail? —Preguntó el señor con voz divertida y calurosa. Se dio la vuelta y le miró, esta vez fijamente. Tenía un aspecto muy afable, sus ojos azules la miraban con chispa y de manera

entrañable. A Abigail le sonaba mucho aquella mirada cargada de amabilidad y esa voz tan peculiar pero no lograba acordarse. —” Pequeña Abigail” — Susurró para sí una y otra vez, hasta que su cerebro como si de un ordenador se tratará, encontró el archivo perdido. Se trataba del médico de los Brown, el que les había ayudado en todas las gripes, resfriados, cuando habían pasado Jacob y ella juntos la varicela...

Les hacía reír mucho y tanto Jacob como ella decían que es el mejor médico del mundo. ¡Cuánto había envejecido! Aunque seguía viéndose con total vitalidad y alegría

—¡Oh por Dios! ¡Señor Cedric! ¡Es realmente usted? —Preguntó Abigail empezando a reír sin poder evitarlo. El doctor la acompañó en su risa y se acercó a ella para abrazarla con suavidad.

—Bienvenida a casa, pequeña Abigail. —Dijo Cedric y la sonrisa de Abigail se borró, acordándose de la reunión y de la última voluntad de Margaret Brown. Alguien la había golpeado con fuerza y aunque de esa parte no se acordaba muy bien, sabía con certeza que había sido Jacob. Su pecho se contrajo de dolor, al pensar en el odio que él le profesaba. Ella también le odiaba con todo su ser. Era increíble la línea tan fina que podía haber entre el amor y el odio. Dos sentimientos tan grandes...

Abigail miró a su alrededor mejor. Estaba claro, que seguía en Port Elliot.

—Esto nunca ha sido mi hogar, señor Cedric. —Dijo la joven sin esperarse a que el hombre le dedicará una gran sonrisa que podría iluminar a todo Birmingham. Se quedó desconcertada por un momento.

—Este siempre ha sido y seguirá siendo tu hogar, Abigail. Y eso lo sabía muy bien la querida Margaret a la que siempre despreciaron. —Respondió el médico, dejándola aún más pasmada.

—¿Qué dice señor Cedric? Margaret siempre estuvo bien cuidada y querida por todo Port Elliot.

El médico negó con la cabeza. —De una forma indirecta siempre la

trataron como una loca que no tenía idea de lo que hablaba. Margaret Brown fue una mujer muy inteligente a la que siempre subestimaron e ignoraron. Gran parte de la culpa la tuvo su padre, el abuelo de Jacob. El señor Gael quería mucho a sus hijos, pero siempre menospreció a su pobre hija, debido a la enfermedad de esta. Veras, por aquella época, cuando la sociedad era mucho más conservadora y un trastorno psicológico era algo muy mal visto, la gente no tenía los conocimientos que ahora sí tenemos. La esquizofrenia es un trastorno que puede ser controlado y muchas veces las personas logran llevar una vida normal.

—Pero, eso no lo sabía el señor Gael... —Resumió Abigail con tristeza. Imaginó cómo era recluida y cómo sus opiniones nunca importaron a nadie, cómo su voz no había sido tomada en cuenta jamás. Cedric leyó sus pensamientos y contestó.

—Así es. Todos se acomodaron a no prestar atención a la loca de Margaret y ella se acostumbró, comportándose a veces, justo como las personas se esperaban, pero nadie se puede imaginar que ella sabía muchísimo y me temo que su muerte fue provocada, precisamente por eso. —Abigail se quedó pétrea con los ojos como platos. Un escalofrió recorrió todo su cuerpo y su piel se puso como de gallina

—Lo que me está contando es demasiado fuerte Cedric. ¿Está seguro de lo que habla? ¿Y por qué me está contando todo esto a mí? —Preguntó Abigail sin poderlo creer.

—Estoy totalmente seguro de lo que te estoy contando. Hasta hace un par de meses Margaret se encontraba bien, repentinamente enfermó. Había periodos en los que su salud parecía recuperarse, pero la última semana fue empeorando cada vez más hasta que su corazón se paró. Yo no lograba comprender la causa de su repentino mal estar, cuando siempre tuvo una buena salud física, hasta que comencé a investigar rigurosamente. Por desgracia me enteré de todo, después de su muerte. Margaret Brown había sido envenenada durante muchos meses, con unas cantidades muy pequeñas de cianuro que

fueron indetectables, además ella lograba recuperarse, pero al parecer, la última semana las dosis fueron aumentando cada vez más... Antes de descansar para siempre, me susurró que habían logrado acabar con su vida al igual que con la de su hermano.

Abigail sintió la boca seca y con dificultad preguntó. —¿El señor Jason está muerto?

—El médico asintió. —La supuesta causa fue un ataque al corazón, pero después de lo que descubrí y de lo que me contó Margaret, no me lo creo. Te estoy contando esto, porque según lo poco que he entendido, has vuelto porque Margaret así lo deseó. Por lo tanto, creo que todo esto está enlazado contigo de alguna manera y ella ideó una forma para que todo acabe descubriéndose. A Abigail se le empañaron los ojos.

—Fue la única que dijo que yo y mi familia éramos inocentes. —Dijo entrecortada—mente.

—Lo sé muy bien y durante todos estos años, siempre lo mantuvo. Es posible que el asesino sea la misma persona que os inculpó. Solo sé que alguien hizo todo lo posible, ideando un plan magistral para sacaros de la mansión.

Abigail se quedó sin aliento. Todo encajaba y Margaret deseaba que precisamente ella fuera la llave de la verdad, tanto tiempo oculta.

—Cedric, ella me ha dejado casi toda su fortuna con la espeluznante condición de casarme con su sobrino. —Explicó Abigail agitada.

—¡Debes hacerlo! Estoy convencido de que sabía con certeza que iba a morir y lo ideó todo, Abigail. Por algo ha impuesto esa condición.

—¡Pero es una locura! —Gritó Abigail empezando a llorar de manera descontrolada. Todo aquello era muy surrealista y para sus delicados nervios, era demasiado.

—Debes calmarte. Es tu decisión, pero en esta mansión hay un asesino que ha sido el culpable también, de echarte a ti y a tu familia de vuestro único hogar.

—¡También ha matado a mis padres, Cedric! —Habló Abigail con los puños apretados. ¿Quién podía hacer tanto daño? ¿Quién podía ser hasta tal punto malvado? Se preguntaba rabiosa. Cedric la miró sin comprender.

—La noche que nos echaron, tuvimos un accidente con el coche. Mis padres perdieron la vida en el acto. —Explicó devastada.

—Lo siento mucho, querida. —Respondió Cedric con un sincero pesar. Me temo que el asesino quiere toda la fortuna de los Brown y no parará. El siguiente puede ser Jacob o la señora Rebeca. —La respiración de Abigail se cortó. Odiaba a Jacob con toda su alma, pero imaginar que no estaba en este mundo la llenaba de una profunda e incomprensible tristeza. ¡No lo iba a permitir! Suficientes vidas se había llevado aquella escoria. Abigail tomó una decisión y no había vuelta atrás. ¡Iba a desenmascarar al asesino de Port Elliot!

Capítulo 6

Justo cuando Paige estaba a punto de tirarse sobre aquel chimpancé rubio, entró un hombre en la estancia e interrumpió la discusión.

—Si deseáis, podéis ver a la paciente. —Informó Cedric con tranquilidad.

Paige corrió literalmente, sin siquiera saber la dirección de la habitación en la que se encontraba su amiga, el rubio fue detrás de ella. —¿A dónde cree que va esta chiflada? ¡No conoce la mansión!

Jacob se acercó al médico y preguntó. —¿Se encuentra bien? —La culpabilidad y preocupación se notaba en cada rasgo de su rostro, aunque él se esforzaba sin éxito de no mostrarla.

—Abigail sufre de ansiedad y el largo viaje, más la complicada situación en la que se encontraba pudieron con sus nervios. La he dado calmantes y pastillas para el dolor de cabeza y la mandíbula. El golpe que recibió, le partió el labio inferior pero no es nada grave. Lo único que necesita es reposo y ponerse pomada en el labio dos veces al día.

—Gracias Cedric. —Respondió Jacob tenso. Se sentía avergonzado de sí mismo. Nunca en la vida le había levantado la mano a una mujer, pero verla allí, pensando que había planeado todo el asunto de la herencia, meticulosamente, le volvió loco. Al parecer, ella no sabía nada y su reacción había sido real. Se sentía un miserable. ¡Le había partido el labio! Llevaba horas recordando la forma en la que se desplomaba en el suelo. Apretó su puño con fuerza, asqueado de sí mismo, había insultado a sus padres y estos ni siquiera estaban entre los vivos ¿Cuándo habían muerto? Se preguntó...

Ella era una manipuladora y él la odiaba, pero no deseaba hacerle daño, Jacob se daba cuenta de que sí se lo hacía para él sería un tormento. Agitó la cabeza, deseando olvidar esos pensamientos. Estaba demasiado nervioso por

todo el extraño día. Eso era todo... Se decía para sí.

—Allí está la puta puerta. ¡De nada! —Gritó Peter, furioso. La maldita pelirroja, llevaba media hora sacándolo de sus casillas. ¿Quién se creía esa bruja para insultar así a su amigo? Le había gritado desgañitada toda clase de insultos a Jacob. Hasta le había amenazado con denunciarle si algo le pasaba a su amiga. Peter no estaba de acuerdo con la reacción de su mejor amigo, pero es que le intentaban mangar su propia fortuna que por derecho le pertenecía, delante de sus narices. Aquella bruja de cabellos como el fuego, era una zorra avariciosa. Se le notaba de lejos. Ese tipo de mujeres eran tan materialistas y egoístas que eran capaces de hacer todo por dinero.

—Haber si te calmas un poco, guapa. Que nos vas a dejar sordos con tu horrible voz de pato. —Le había gritado Peter y la bruja con una sonrisa maligna, cogió una jarra de agua, que quién sabe de dónde encontró y se la tiró toda sobre él. Dejándole empapado. “¡Asco de mujer!” Pensaba Peter. Encima la había ayudado a encontrar la habitación donde se encontraba su amiga y seguía enfurruñada.

—¡No te he pedido ayuda, idiota! —Le gritó Paige furiosa, entrando en la habitación que le había indicado el cerdo ese y cerrando de golpe tras de sí. Se dio la vuelta cabreada y allí estaba Abigail, mirándola con el ceño fruncido. Parecía una princesa sobre la enorme cama de estilo victoriano decorada con sábanas, almohadas y edredón de seda en color beige, aunque una parte de su labio inferior y mandíbula comenzaban a adquirir un tono morado. ¡Paige no se lo podía creer! —¿Quién diablos te golpeó? —Preguntó estallando.

—Fue Jacob, estoy segura. —Respondió Abigail con demasiada tranquilidad.

—¡Quédate aquí! ¡Ahora vuelvo! —Dijo Paige dándose la vuelta para irse, parecía que iba a la guerra. Su expresión daba miedo.

—¡Espera! ¿A dónde te crees que vas? —Preguntó Abigail nerviosa.

—¡A retorcerle el pescuezo! —Explicó su amiga como si Abigail fuera

lenta.

—Cálmate Hulk y ven aquí que tengo mucho de qué hablar contigo...

—Pero cómo estas allí tan tranquila. ¡Te ha golpeado! ¿Qué diablos sucedió en ese despacho? —Paige parecía fuera de sí.

—Su tía me ha dejado casi toda su fortuna. —Contestó Abigail con ese tono tan sereno, tan sosegado que empezaba a sacar de quicio a Paige, que en ese momento estaba congelada como una estatua.

—¿Eres rica? —Preguntó impactada.

—No, sí eso no es lo más fuerte de la historia. La muerte de Margaret no ha sido natural. —Paige gritó tan fuerte que Abigail se asustó por si alguien venía.

—¡Shh, cállate! Te voy a contar todo, pero cálmate por favor.

—¿Pero te das cuenta de lo que me estás contando? ¿Cuándo te has vuelto tú tan tranquila? —Preguntaba Paige siseando, con los ojos abiertos como dos violetas que han florecido.

—Paige, debo controlar mis nervios lo mejor que puedo, porque es muy posible que todo esto tenga cierta relación conmigo. No estoy tranquila, para nada. Estoy tan asustada que el doctor Cedric tuvo que llenarme de calmantes. Si me levanto de esta cama no seré capaz ni de caminar, estoy drogada, Paige. —Se explicó Abigail, sintiéndose cada vez más cansada. Paige se acercó por fin a la cama y se sentó a su lado, temblorosa. Abigail empezó a relatarle todo lo sucedido desde el despacho. Cuando llegó hasta la parte en la que el buen doctor la revelaba lo que la difunta Margaret le había contado, Paige sintió un mal sabor de boca horrible. Cuando Abigail acabó de narrar, el rostro de Paige parecía tallado en piedra.

—Debo descubrir la verdad, desenmascarar a ese engendro del diablo y a sus crímenes. Para eso aceptaré ca...ca... ¡Casarme con Jacob! —Tartamudeó lo último. Solo al imaginárselo le daba nauseas, él la odiaba muchísimo y le haría la vida imposible, lo sabía perfectamente. Había visto la frialdad, el odio y rencor en sus ojos. No quedaba nada del chico dulce y

atento que alguna vez fue su mejor amigo y su gran amor. Tal vez nunca había existido. Pensaba Abigail mientras sentía sus parpados pesados.

—¡Esto es una locura! Estarás en peligro, si realmente hay un psicópata suelto por la mansión, tú te convertirás en su punto de mira una vez que seas esposa de ese imbécil. —Los ojos de Paige se cristalizaron debido a las lágrimas que empezaban a acumularse. A Abigail le dio pena ver a su amiga tan preocupada, pero cada vez se reforzaba más la idea de que había una razón muy poderosa para que Margaret la hubiera hecho venir y de una manera tan inusual, la condición que había impuesto la difunta en el testamento era aún si cabía, más extraña. Debía saber lo que realmente había sucedido en el pasado.

—¡No permitiré que te quedes aquí, si es lo que pretendes! ¡Ni hablar! —Escuchó a su amiga, su voz chillona la sacó de sus cavilaciones. Sonrió al ver que Paige había reaccionado justo de la manera que ella esperaba.

—Paige, debo hacerlo y tú te marcharás esta misma noche. Te lo he contado porque si solo te hubiera dicho que me casaría con Jacob, tú no te lo habrías tragado y habrías hecho lo posible para entender la verdad. No dudo de que finalmente lo hubieras conseguido, además me parecía que debías saberlo porque tú u yo nos hemos contado todo siempre, no hacerlo esta vez habría sido de lo más raro para mí. También es cierto que necesitaba hablar con alguien porque cargar con este peso yo sola, es demasiado. Y si algo me llegará a pasar...

—¡No! Ni siquiera digas eso. No comprendo por qué te importa. Ellos te echaron a ti y a tu familia. Que se la apañen solos. —Habló Paige irracionalmente. Abigail lo comprendía, se preocupaba muchísimo y era normal, ella misma habría reaccionado de la misma forma que su mejor amiga en ese instante.

—Tú misma me preguntaste si no quería saber sobre quién me había incriminado a mí y a mi familia. Quiero saber toda la verdad y por mucho que odie a los Brown, no pienso cargar con el peso de saber que he permitido conscientemente que este psicópata acabe con más vidas humanas. —Paige la

sujetó de las manos con fuerza y preguntó suplicante.

—¿Y sí les cuentas lo que sabes y que el médico lo corrobore? Así podrán protegerse ellos mismos, investigarlo, informar a la policía...

—¡No, nos van a creer, Paige! Sin ninguna prueba, tampoco podemos presentarnos ante la poli. Los Brown a mí ya me odian con fuerza y jamás me creerán, no quisiera meter en problemas al señor Cedric que ya ha hecho demasiado contándome todo y arriesgándose.

—¡Bien que así sea! Si quieres jugar a los detectives, perfecto. Pero, no pienso moverme a ningún lado y tú no puedes hacer nada. —Respondió Paige enfurruñada. Abigail entrecerró los ojos, debía haberlo previsto. Paige no la dejaría sola jamás y menos sabiendo que puede estar en peligro.

—Bien, Paige... —Contestó derrotada. —Pero debemos ser de lo más cuidadosas. No debes contar lo que sabemos a nadie, ni siquiera a tus padres que entonces sí que se va a montar. Hay que ir con pies de plomo.

—Ya has trazado un plan, ¿verdad? —Preguntó Paige, conociéndola como la palma de su mano.

—¡Por supuesto! Escúchame atentamente...

Peter miraba a su amigo divertido porque Jacob justo se preparaba para llamar a la puerta que daba a la habitación donde Abigail se encontraba, y al final desistía de su decisión. El mismo ritual se repitió unas cuatro o cinco veces. El moreno iba con pasos seguros, preparando sus nudillos y antes de llegar a golpear la puerta de madera en color blanco con detalles dorados, se echaba para atrás. —¿Cuánto tiempo piensas seguir así? ¡Entra de una buena vez! —Le dijo Peter burlonamente. Jacob entrecerró los ojos.

—¡La he golpeado! Y conociendo su carácter, si entró allí, saltará sobre mi cuello para asfixiarme. —Respondió Jacob a punto de tener un ataque de nervios, acordándose de lo vengativa que era Abigail cuando de pequeños se hacían bromas pesadas. Pero, aquella situación era aún peor, porque no se trataba de una simple broma. Jacob había hecho algo impensable y encima ella realmente no tenía idea de nada, esta vez era totalmente inocente. Apretó los

dientes con fuerza, sintiéndose decepcionado de sí mismo. Había perdido el control al verla, llevaba días así, concretamente desde que se había enterado de la posibilidad de volver a verla, a la persona que más daño le había hecho en la vida. Pero Jacob debía agradecerle la lección de por vida que le dio la aparentemente dulce y angelical Abigail. ¡Uno no podía confiar en nadie, ni siquiera en su sombra!

—Eso podría ser bastante divertido de ver. —Contestó Peter, crispando sus nervios, aún más si cabía. Pegó la oreja a la puerta, con un gesto de lo más infantil que fue imitado por su compañero.

—¿Y tú por qué pegas la oreja? —Siseó Jacob a Peter, incomodo porque sus rostros estaban demasiado cerca uno del otro.

—Quiero oír si la maldita bruja pelirroja habla sobre mí. —Contestó Peter con la voz bajita, casi susurrando. Jacob levantó su ceja de manera burlona.

—Pues date la vuelta que parece que estamos a punto de besarnos y tus labios no me gustan nada. —Dijo el moreno divertido. Peter se hizo el ofendido.

—Que sepas que por estos labios se mueren muchas y nunca se han quejado de cómo beso, les encanta.

—No creo que le gusten a la dama de fuego que está allí a dentro. —Le respondió Jacob a sabiendas que se molestaría.

—¿Quieres apostar? Dame solo una semana con ella y esa pelirroja de mal genio se convertirá en una gatita mimosa, siempre dispuesta para mí. — Jacob no logró aguantarse y se rio con ganas. Peter le fulminó con la mirada.

—Shh. ¡Cállate! ¿A caso quieres que se piensen que somos unos cotillas?

—Peter, amigo... ¡Somos unos cotillas! Estamos pegados a la puerta para oír lo que están hablando. ¿A eso cómo lo llamarías tú? Además... Esa tipa dejó muy claro que no eres su tipo de hombre. —Dijo Jacob con una carcajada apenas contenida. —Peter le dedicó una sonrisa burlona.

—En menos de una semana la tendré en mi cama. Pero dejemos eso de

lado. Estas dos no hacen nada de ruido, parece que están hablando en susurros y eso me da muy mal rollo.

—Seguro que están planeando algo... —Reflexionó Jacob. Una voz proveniente de detrás de aquella puerta, les sobresaltó.

—¿Quién anda allí? —Preguntó con voz alta, Paige, acercándose lentamente hasta la entrada. Abigail le había contado su plan y justo cuando estaban en la parte en la que reflexionaban de cómo llevar a cabo todo para que no hubiera fallos, oyeron unas carcajadas masculinas y ruido, parecido a cuando alguien se empujaba con otra persona. Quien estuviera detrás de la puerta, no sabía espiar. Eso estaba más claro que el agua. Pensaba la pelirroja mientras Abigail miraba con el ceño fruncido hacía la dirección de donde provenían los sonidos. Se oyó como alguien se aclaraba la garganta, antes de hablar claramente.

—Soy Jacob. ¿Puedo pasar?

—Abigail se quedó estática. Habían ideado un plan, pero llevarlo a cabo era una tarea demasiado difícil. Debía controlar sus emociones que cada vez eran más fuertes, más desenfrenadas. Volver a Port Elliot era como volver al pasado de cierto modo y eso la mortificaba. En su interior sabía que debía resolver aquel misterio en el que Margaret por alguna razón la había inmiscuido, estaba al cien por cien segura de que la noche en la que la habían echado, a ella y a sus padres, estaba estrechamente relacionada con la muerte de la pobre mujer.

Sin embargo, tener que estar cerca de la persona que más la había lastimado y de la que más decepcionada se había sentido alguna vez, era una carga muy grande y no estaba del todo segura de sí podría conseguir cargar con ese peso. Tragó saliva, ya había tomado una decisión e intentaría hacerlo lo mejor posible. Si se iba sabiendo que hay vidas que corren peligro por un puñado de dinero se sentiría toda la vida culpable como una cobarde miserable. Además, ya era hora de limpiar el nombre de los Warner. Decidida, tragó saliva antes de decir en voz alta

—¡Entra! —Se maldijo porque su voz tembló ligeramente. Paige la sujetó de la mano, como un gesto para darle apoyo, su amiga sabía que aquello era más que difícil para ella y había decidido formar parte de aquel plan porque la conocía. Tarde o temprano, la situación se le escaparía de las manos. Odiaba sentirse tan necesitada, pero la verdad era que se sentía agradecida porque su alocada amiga estuviera con ella, se sentía más segura, pero a su vez se preocupaba por haberla metido en todo ese embrollo y se culpaba. Era un sentimiento muy contradictorio. La puerta se abrió y entró Jacob con el semblante serio. Abigail sintió su respiración cortarse. ¡Era muy atractivo! De adolescente era muy guapo, pero ahora podía derretir a cualquier mujer con esa mirada oscura que la taladraba. Sintió un nudo en la garganta, cuando le vio por primera vez después de tantos años, estaba tan nerviosa que no se había parado en fijarse detenidamente en aquellos hombros anchos, pecho firme como una roca, piernas largas y aunque no se podía apreciar muy bien, debido a los vaqueros anchos que llevaba, Abigail sabía que estaban torneadas, muy musculosas. Sintió su boca secarse y se pasó la lengua por los labios. Su presencia era tan poderosa que la había hecho olvidar por completo que Paige se encontraba allí con ellos y ni siquiera prestó atención al rubio que había entrado a la pieza junto a Jacob. La voz chillona de su mejor amiga, la devolvió al presente.

—¿Tú que mierda haces aquí? —Gritó Paige, taladrando al rubio con la mirada. El hombre simplemente le dedicó una sonrisa cargada de cinismo.

—¿Podéis salir ambos por favor? Debo hablar con Abigail a solas. — Más que pedir, Jacob dio una orden con voz grave y autoritaria.

—¡Lo que tengas que hablar con mi amiga, lo harás delante de mí! —Le respondió Paige, echando fuego por sus ojos. Jacob levantó la ceja, con expresión divertida. —¡Peter, encárgate! —Dijo aburrido y su amigo sonrió de oreja a oreja, acercándose hacia la pelirroja.

—¿Cómo que qué se encargué? ¿Que se encargué de qué? —Preguntó Paige rabiosa mientras Abigail miraba espantada. Peter se acercó a ella y

Paige gritó

—¡Ni se te ocurra tocarme, cerdo asqueroso! —Jacob y Peter se miraron divertidos entre sí y a su vez sorprendidos.

—Es muy intensa, parece ser. —Dijo Peter sonriendo, enfureciendo aún más a Paige. Abigail estaba flipando, nunca había visto a su amiga reaccionar de esa forma. Paige Thompson chilló cuando repentinamente el rubio la cargó a su hombro como si fuera un saco de patatas. Abigail jadeó indignada.

—¡Suelta a mi amiga, pedazo de neandertal de mierda! —Gritó esta, demostrando por primera vez desde que había llegado a la mansión su carácter fuerte. —Jacob la miró sorprendido y con un brillo intenso en sus ojos negros que desapareció tan rápidamente como apareció, mientras que Peter hizo oído sordo a su petición y salió con la pelirroja que no paraba de insultarle y golpear su espalda con sus pequeños puños.

Los gritos de Paige se oían cada vez más lejanos hasta que la estancia se quedó en un completo e incómodo silencio. Los dos se quedaron quietos como dos estatuas, la verdad es que era más difícil manejar el silencio que manejar la palabra.

Capítulo 7

—¡Espero que tu amiguito no le toque un pelo a mí amiga! —Le espetó Abigail con un tono mordaz, rompiendo el silencio. —Jacob la miraba con una expresión muy seria, sus bonitos labios formaban una fina línea, escrutando detenidamente el rostro de la muchacha que se sintió nerviosa ante aquella mirada oscura y profunda. Hubo una vez en la que ella se derretía ante sus ojos, hubo días en los que había creído hallar amor en ellos... Abigail tragó saliva, desechando aquellos recuerdos que no hacían más que provocarle tristeza por lo que creyó posible y fue una simple ilusión. Entre los abrazos de aquel hombre se había sentido protegida y sin embargo fueron justo esos brazos los que la empujaron hacía el abismo.

—No te preocupes por tu amiga. No le pasará nada que no merezca. —Respondió Jacob y Abigail deseó saltar sobre él y arañarle toda la jeta. Le miró con toda la rabia y odio contenido durante todos estos años.

—Espero que cuando la vuelva a ver este perfecta porque te juro que de lo contrario os voy a arruinar. —Respondió tan fríamente que pareció la reina del invierno mismo.

—No te creas que no cuento con ello. Ya quisiste arruinar a esta familia una vez, sé de lo que eres capaz, te conozco muy bien. Eres peor que el demonio, y ahora que has visto la oportunidad perfecta para forrarte los bolsillos no vas a parar...—Jacob le hablaba con tanto odio que a Abigail le costó no romperse a llorar ante él. Algo que seguramente le alegraría un montón, pero el que ríe último, ríe mejor. Abigail sintió en ese preciso momento las terribles ganas de que todo se supiera, de que su nombre y el de sus padres, se limpiarán y de ver entonces la cara que pondría Jacob. Él la miró con una sonrisa que no llegaba a sus ojos.

—A los quince eras una pequeña zorra de mucho cuidado, ahora serás

una puta toda profesional ¿verdad? —Cada palabra era un duro golpe que la quebrantaba, pero logró recomponerse con rapidez y responder con frialdad, dedicándole una sonrisa cínica.

—Sí, soy una puta de cinco estrellas. —Jacob la miró asqueado, taladrándola con su mirada afilada.

—¿Y te sientes muy orgullosa de serlo? —Escupió él con odio.

—Por supuesto. Mi coño lo disfruta. —Respondió ella y sintió una gran satisfacción cuando vio la rabia en su rostro. La expresión de Jacob se endureció aún más si cabía, parecía que deseaba matarla con sus propias manos.

—¿De cinco estrellas? Juzgando por tu aspecto, en el mercado valdrías no más de diez dólares a la hora. —Ese fue el último golpe de Jacob y ella sintió como se rompía en mil pedazos. ¡Le odiaba con toda su alma! ¡Odiaba a todo aquel sitio, odiaba a Port Elliot! Ahuyentó las lágrimas que estaban por salir. Nunca se había sentido tan humillada, a excepción de la noche en la que la echaron a ella y a sus padres de la mansión, acusándoles de ladrones. Y qué casualidad... La misma persona que la acababa de humillar, lo había hecho también en aquel entonces. Estuvo a punto de abandonar el plan que hacía poco había trazado e irse sin dar la vuelta atrás y sin importarle las vidas que corrían amenaza, incluido la del miserable que se encontraba ante ella, pero algo la frenó. ¡Descubriría toda la mentira, lo haría por la memoria de sus padres y por la de la infortunada Margaret! Ellos se lo merecían.

—Pues qué pena por ti. Ya que a ti te va a costar un poquito más que yo desaparezca de tus tierras. —Dijo ella tranquilamente, sin mostrar ni un ápice que sus palabras la habían afectado.

—¿Qué quieres decir con eso? —La preguntó él, entrecerrando los ojos.

—Quiero decir que te va a costar un año de la vida y cincuenta mil dólares.

—¡No me voy a casar contigo! —Gritó Jacob furioso.

—Pues espero que disfrutes viendo la mitad de tus tierras y tu preciosa

mansión en manos de una iglesia judía. —Le respondió Abigail con sorna.

—¡Maldita seas, zorra avariciosa! —Gritó Jacob desquiciado, antes de dirigirse hacia la salida y cerrar de un portazo con tanta fuerza tras de sí que Abigail pensó que la puerta se desencajaría.

Una vez sola, suspiró y permitió a las lágrimas salir sin control. No tenía ni idea de que tenía tanta fuerza interior. Todo era muy duro y hacerle frente a Jacob había sido devastador. Sin embargo, sabía con certeza que la primera parte del plan ya había sido hecha y con éxito. Jacob aceptaría casarse con ella porque no tenía otra alternativa. Margaret lo había preparado todo de tal manera que ahora él se encontraba como en un laberinto de una sola salida que era la de contraer matrimonio con ella. La daba un año a su disposición, probablemente el tiempo que creyó que le llevaría desenredar el misterio y encontrar a su asesino. Cada vez le costaba más concentrarse en sus pensamientos y reflexionar. Las pastillas empezaban a surtir efecto totalmente y su último pensamiento fue de cómo estaría Paige, cuándo cayó rendida en los brazos de Morfeo.

Jacob se estaba tomando el tercer vaso de whisky, sintiendo tantas emociones a la vez que era incapaz de distinguir las unas de otras. Abigail llevaba allí solamente unas horas y había vuelto su vida patas arriba. Sujetó con fuerza el vaso con el líquido amarillo entre sus dedos, al recordar sus palabras. Esa manera tan arrogante y promiscua de hablar. Él se había sentido culpable por haberla golpeado y en cuanto entró en aquella habitación de huéspedes y la vio postrada en la cama y sus labios hinchados y ligeramente amoratados, se sintió como una basura, había deseado disculparse pero con ella era imposible mantenerse sereno y al admitir de manera tan descarada su propósito y ver que no sentía ninguna culpa por el pasado, al contrario, su mirada era como si el culpable fuera él y no ella, demostraba una vez más lo materialista y fría que era, Jacob se encolerizó y se comportó de la manera más desagradable posible. Lo peor de todo era que insultarla y despreciarla no le hacía sentirse mejor, sino lo opuesto. ¡Maldita fuera!

Encima estaba más bella que nunca, ella poseía una beldad digna de ser retratada por los pintores más famosos. Su atractivo era realmente amenazador y podría ser la perdición de cualquier hombre. Ella sabía exactamente como utilizar sus encantos femeninos, como cuando entró a la habitación para que hablaran y ella pasó su lengua por esos labios carnosos y sensuales que incluso con esa pinta eran muy apetecibles. Jacob no se había perdido ningún detalle, deseó sentir a esa lengua por todo su cuerpo, especialmente en una parte específica de su anatomía que cada vez que la veía parecía tener vida propia. Jacob hizo una mueca de desagrado, no deseaba que le afectara de esa manera y llevando tan poco tiempo allí. Si se casará con ella, le hechizaría y en un año se convertiría en un tonto comiendo de la palma de su mano. ¿Por qué diablos la tía Margaret tuvo que hacer eso? —Pensaba furioso, hasta que el ruido de la puerta del despacho abriéndose le sacó de sus pensamientos.

—Hola hijo. —Le saludó Rebeca con la voz suave, acercándose hacia él.

—¿Has hablado con ella? —Le preguntó ella nerviosa, sentándose en la butaca contigua a la de su hijastro.

—Sí madre y al parecer quiere cumplir con el decreto que impuso la tía. —Respondió Jacob, irónico. —Me dijo que para estar casada conmigo durante un año, quiere a cambio cincuenta mil dólares para después largarse. —Rebeca se levantó como un resorte del sillón con una sonrisa amplia en su precioso rostro que hasta entonces había estado bañado por la preocupación.

—¡Eso es perfecto, hijo! —Jacob la miró asombrado, sin comprender lo que decía. ¿Cómo demonios podía ser aquello, perfecto? Pensaba él y su madrastra puso los ojos en blanco al ver que no se enteraba.

—¿Querido tienes idea de a cuánto asciende la fortuna de Margaret?

—Alrededor de ocho millones de dólares, si sumamos los caballos... Podrían ser, unos diez millones —Respondió Jacob.

—¡Exacto! Y ella solamente te pide cincuenta mil dólares. —Dijo riendo y continuó. —Podrías firmar un acuerdo prematrimonial en el que especificar que en caso de divorcio ella se quedará solamente con los cincuenta mil y de

esa forma vamos a salir victoriosos de este embrollo en el que nos metió la loca de tu tía. Además, solo debéis casaros ni siquiera tiene por qué vivir aquí y que la veas.

—¡Allí te equivocas! Aunque David no logró decirlo, debido al escándalo en el despacho y al desmayo de Abigail, después me llamó para hablar a solas y me explicó que la tía Margaret especificó que durante ese un año, ella debe permanecer en Port Elliot. —Rebeca sintió tanta rabia que estaba segura de que le salía humo por las orejas.

—¡La que ha liado Margaret, joder! Pero al menos hay una posibilidad de no perder la fortuna familiar. Y si te niegas a casarte, la pérdida es segura. Se trata no solamente de nuestra riqueza sino de algo mucho más importante, precisamente la historia de los Brown que se perdería ¿Qué diría tu padre, Jacob? —Se explicó Rebeca sin siquiera acordarse de respirar mientras hablaba. —Él apretó su mandíbula, rabioso. ¡No tenía escapatoria! Debía casarse con la mujer que más asco le daba, más deseo pecaminoso le provocaba y que más daño le había hecho. Era una combinación letal de rostro angelical y cuerpo que debió crear el mismísimo diablo para que los hombres cayeran rendidos a su paso.

—Bien, me casaré con ella. No puedo permitir que nuestro patrimonio e historia se pierdan por la estupidez que se le ocurrió a la tía Margaret. Pero, Abigail sentirá haberse atrevido volver a Port Elliot.

—Has tomado una buena decisión. —Le respondió Rebeca tocando su hombro con la mano, como un gesto de apoyo.

—¿Crees que manipuló de alguna manera a Margaret para que todo esto ocurriera? —Preguntó la mujer pensativa.

—Al principio pensé eso, pero tras ver su reacción... Parecía tan sorprendida como nosotros y además si reflexionamos un poco, cómo iba a saber ella que mi tía ha enfermado repentinamente y que se moriría.

—Bueno, Margaret siempre decía que pronto se moriría y se lo decía a todo el mundo. Puede ser que mantuvieran contacto por algún medio, tal vez

por cartas ya que como ya sabes, tu tía, no utilizaba ni ordenador, ni móvil. Era una enemiga total de la tecnología. Es posible que se lo hubiera dicho y que Abigail la hubiera convencido de dejarle toda la herencia a ella. — Reflexionó Rebeca, intentando atar cabos.

—No sé... ¡Estaba tan sorprendida que se desmayó!

—No, hijo. Se desmayó por que le diste un puñetazo en toda la jeta y antes de eso se comportaba como si estuviera sobrecogida porque tal vez estaba asustada de que su plan se descubriera. De hecho, en algún momento juraría que me pareció aterrorizada. No debes olvidar que es una manipuladora innata a la que sus padres educaron de esa manera porque eran unos materialistas, hambrientos de dinero al igual que ella. La manzana no cae lejos del árbol. Dudo que quiera solamente cincuenta mil dólares, estoy segura de que tiene otros propósitos y que la muerte de Margaret ha sido como un golpe de suerte del que querrá sacar una gran tajada. Para ella la situación en sí es como un billete de lotería ganador. ¡Debes ir con pies de plomo, hijo! Sino perderemos nuestras posesiones. Hay mucho en juego. —Explicó la mujer agitando la cabeza.

Jacob tras escucharla atentamente, todo cobró sentido en su mente. ¡Estaba más que claro que Abigail lo había planeado todo! ¿Cómo había podido dudar si quiera? No sabía a lo que se dedicaba su enemiga, pero trabajar de actriz le iría de perlas. —Pensaba Jacob. Se fijó en el rostro afligido y preocupado de Rebeca, sintió una pena horrible por la desesperación que emanaba de su ser. No era una madrastra para él, era su madre y la amaba como tal. La abrazó con un gesto protector y susurró. — Tranquila, mama. Haré toda la documentación necesaria para que al final de esta farsa se quedé únicamente con sus malditos cincuenta mil dólares y la perdamos de nuestras vistas.

—Eres el hombre de estas tierras, Jacob y debes dirigir a tu familia como cocinarías un pescado pequeño, con mucho cuidado. —Le dijo con la mirada suplicante.

—Te aseguro que lo haré y sí cree que vivirá aquí como una reina, se equivoca mucho. La haré entender que con los Brown nadie se mete. —
Anunció Jacob con una sonrisa maligna.

Capítulo 8

Despertó con mucha hambre. A través de las cortinas blancas y transparentes pudo apreciar que ya era de noche. Sus tripas gruñeron y ella gimió de gusto al llegar a sus fosas nasales el olor a bacón y queso. Vio la sombra de Paige que cerraba la puerta tras de sí en ese momento. La luz de la luna era la única fuente de iluminación en la estancia. —Paige, pon la luz. — Pidió con la voz rasposa. —Ya va... —Respondió su amiga, dejando sobre una cómoda lo que parecía ser una bandeja. Pronto la habitación se iluminó y Abigail tuvo que entrecerrar los ojos para poder acostumbrarse. —Dime que en esa bandeja hay bacón con queso y no estoy alucinando. —Dijo la rubia provocando la risa en su amiga. —Tienes hambre, ¿eh? —Preguntó divertida. —Tanta que podría comerme a un caballo entero. —Respondió Abigail. Paige le colocó la bandeja, que contenía un enorme sándwich de bacón frito y queso, acompañado de tomate y lechuga.

—Sabía que después de dormir tantas horas y estar prácticamente todo el día sin comer, necesitarías algo más calórico. —Explicó Paige.

—Y tenías toda la razón del mundo. —Respondió Abigail, probando un bocado y cerrando los ojos para disfrutarlo. Al cabo de un rato se acordó de lo que había sucedido por la tarde y jadeó, dejando bruscamente la comida sobre la bandeja. —¿Qué te hizo aquel imbécil? ¿Estás bien? —Preguntaba histérica, mientras miraba detenidamente con ojo crítico a su amiga de la cabeza a los pies.

—Tranquila. No me hizo nada...

—¡Paige Thompson! ¡Dime la verdad! Cuando bajas así la mirada, sé que mientes. Además, estás rascándote la palma de la mano y es un gesto que haces cuando algo gordo te ha pasado, así que suéltalo. —Paige resopló antes de responder en voz bajita. —Me ha besado...

—¿Qué! ¿Cómo que te ha besado? —Preguntó Abigail alarmada.

—¡Shh! ¡Cállate, que nos va oír todo Port Elliot! Lo peor de todo es que me encantó. —Admitió la pelirroja, avergonzada.

—¡Oh Dios mío! Paige no me digas que te has enamorado...

—¡No! Pues claro que no... Simplemente me atrae porque el condenado sabe besar muy bien pero no es nada, no puedo estar enamorándome de un idiota. —Decía Paige, más para sí que para su amiga.

—Cielo, es muy posible que este hombre este solamente jugando contigo. Sí es amigo de Jacob es que se parecen y no quiero que te haga daño. Debes mantenerte alejada de él. —Le dijo mostrando una autentica preocupación.

—No te preocupes. No voy a negar que me calienta más que el sol de verano, pero sé calar a los que son como él y no permitiré que me haga daño o peor aún que interfiera en el plan porque estoy segura de que al igual que tú has trazado una estratagema, lo ha hecho también Jacob y Peter parece su fiel perro...

—Yo sé cuál es el plan de Jacob. —Susurró Abigail, bajando la mirada para que su amiga no pudiera ver en sus ojos el dolor que sentía.

—¿Cuál es? —Preguntó la pelirroja, intrigada.

—Aceptaré casarse conmigo a cambio de que firme un acuerdo prematrimonial. Allí se va a especificar que una vez divorciados yo no tendré ningún derecho a la herencia y me quedará solamente con cincuenta mil dólares, que es la suma que yo le pedí esta tarde cuando nos quedamos a solas. Por supuesto, él se negó rotundamente, pero sé que al final aceptará, no solamente se trata de dinero sino de las tierras que su familia creó con esfuerzo generación tras generación. Para él tiene un significado profundo. Una vez que nos casemos, intentará hacerme la vida imposible, pero pienso pedir adelantadamente esos cincuenta mil pavos para que podamos continuar con nuestro negocio.

—Abigail, hay algo que no sabes. Según ese testamento, tú debes vivir un año con él, bajo el mismo techo. Lo especificó claramente, Margaret. ¿Por qué

crees que cancelé nuestra reserva en el hotel?

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Una oye cosas... —Respondió Paige, divertida.

—Eso me facilita las cosas bastante. No sabía qué inventarme para que una vez firmado el acuerdo, quedarme en la mansión y poder investigar.

—¿Cómo vamos a controlar a nuestra empresa? —Preguntó Paige, empezando a sentir que todo aquello era real y eso la asustaba.

—Al principio pensé que tú controlarías el negocio físicamente y yo de forma virtual desde aquí, pero ya que te empeñas en no dejarme... ¡Tendríamos que contratar a alguien y nosotras trabajar a distancia! —Concluyó Abigail.

—Bueno, no sería ningún problema ya que si coges los cincuenta mil pavos por adelantado podremos contratar a un empleado, una buena campaña publicitaria y tendremos de sobra para que el negocio despegue mientras estemos aquí. —Dijo Paige y se quedó esperando una respuesta, pero Abigail estaba callada y con el semblante muy serio.

—¿Qué te pasa? —La preguntó Paige, sujetando sus manos entre las suyas.

—Paige, deberías marcharte y controlar el negocio tú desde allí. Sé que te preocupas por mí, pero si te pasa algo no podré perdonármelo. ¿Qué dirán tus padres sobre lo de vivir aquí durante un año entero? Sospecharán...

—Yo ya he tomado una decisión. Si te dejo sola aquí, viviendo junto a tu pesadilla del pasado, golpeándote los recuerdos constantemente y encima con un asesino suelto por allí, seré yo la que jamás se perdonará. Además, no seré capaz de llevar la empresa sin que estés a mi lado, sin que me eches la bronca por mis estúpidas decisiones. —Abigail hizo ademán de hablar, pero Paige la interrumpió con un gesto con la mano. —Sí somos discretas y reservadas no tiene por qué pasar nada. Nos protegeremos la una a la otra y a mis padres les puedo decir que debemos quedarnos porque hemos encontrado la forma de ampliar el negocio. Ellos ya saben que tenemos en mente una cooperación

desde hace mucho.

—Tú odias mentirles...—Susurró Abigail con los ojos cristalizados.

—Sí, pero esta vez es necesario por el bien común. —Respondió Paige con una sonrisa.

—Eres la mejor hermana que una pueda tener. A pesar de que no somos familia, para mí, nuestro lazo es muy poderoso. Pero, quiero que sepas que Jacob hará de nuestras vidas una auténtica pesadilla, si nos quedamos. No será para nada fácil...

—¡Allí te equivocas! Él no nos hará la vida imposible. A este juego pueden jugar dos, bueno en este caso más de dos... Me refiero a que nosotras también podemos hacerle la vida imposible. Estaremos aquí para salvarle el pellejo a él y a su madrastra que me cayó de culo al verle la cara agría, pero de mientras nos podemos divertir. —Abigail sonrió malignamente al darse cuenta de lo que quería decir su amiga.

—Tienes razón. Mientras duré mi estancia aquí no tengo porque permitir que él me hunda y me humille. Puedo utilizar esta oportunidad para realizar mi venganza particular.

—Ya me vas comprendiendo y ya sabes lo que dicen... ¡La venganza puede resultar muy dulce! —Le respondió Paige empezando a reír como una villana de telenovela mexicana.

Hacía una mañana asombrosamente buena. No es que fuera caluroso y agradable como una mañana de verano, pero desde luego no hacía tanto frío como el día anterior. Abigail se levantó de la cama, se sentía mucho mejor y la mandíbula casi no la dolía. Por primera vez desde que había vuelto se fijó en el interior de la estancia detenidamente. De aquella habitación, lo único que la sonaba era el ropero de pino macizo de estilo vintage que la señora Clarissa había comprado un poco antes de la desgracia que ocurrió en las caballerizas. Recordó cómo jugaban al escondite de pequeños con Jacob y ella siempre se escondía allí. Más tarde, cuando crecieron se escondían en el armario para darse besitos. Abigail sonrió ante esa remembranza. Empezó a caminar

lentamente hacía el ropero, pisando descalza el suelo de parqué. Abrió el armario con los dedos temblorosos, sujetando la manilla dorada, nerviosa. El sentimiento era como si entraría en una máquina del tiempo que la devolvería al pasado donde sus padres estaban vivos, Clarissa seguía con ellos y Jacob era la persona que más la protegía y adoraba. Lo abrió de golpe con los ojos llorosos y sus luceros ámbar contemplaron el armario vacío con el corazón encogido. Seguía en el presente, aquel ropero no era una mágica máquina que la llevaría al pasado. Simplemente contenía recuerdos. Abigail no recordaba todo lo que sentía, pero sentía todo lo que recordaba. Justo iba a cerrar cuando algo llamó su atención...

En la esquina superior había algo metido, extendió el brazo y tocó lo que parecía ser un papelito doblado. Tiró un poco y salió. Comenzó a desdoblarlo y lo que vio la dejó impactada. Escondió rápidamente el papelito en un lugar seguro y se dirigió nerviosa hacia el baño que tenía la propia habitación. Una vez allí, respiró hondo y sonrió al ver la bañera exenta. Desde luego le sacaría provecho a toda la situación. Aquello empezaba muy bien.

—¡Los fantasmas de Port Elliot están de mi parte! —Pensó Abigail mientras sonreía y llenaba de agua caliente a aquella hermosa bañera.

—Sirve otros dos platos por favor, señora Thomas. —Pidió Jacob dirigiéndole una sonrisa a la mujer que tantos años llevaba alimentándoles a todos en Port Elliot. —La mujer le devolvió la sonrisa y respondió— Enseguida, joven Jacob. Espero que os guste el desayuno de hoy.

—Seguro que sí. Todo lo que cocinas te sale genial. Deberían darte una medalla, señora Thomas. —Respondió Peter en vez de su amigo, haciendo reír tanto a la cocinera como a Jacob.

El desayuno no tardó en llegar. Era abundante, justo lo que Jacob necesitaba ya que desde que se había enterado de que volvía Abigail no había tenido apetito y tampoco había dormido bien. Miró con ansias el plato de salchichas, lonchas de bacón y huevos, acompañados de tostadas, té y del típico dulce inglés, porridge.

Al cabo de un rato llegó Abigail, robándole el aliento. Estaba vestida con un simple vaquero pegado a su cuerpo en color negro y un jersey con motivos navideños. Era tan dulce y preciosa que apetecía achucharla y besarla por todo el rostro que no necesitaba ni pizca de maquillaje, aunque en ese momento ella llevaba rímel, alargando aún más sus hermosas pestañas, brillo de labios que acentuaba la exquisitez de estos y rubor en las mejillas que la daba un aspecto entrañable. —“Recuerda que es hija del Anticristo” —Se decía a sí mismo Jacob, cada vez más desesperado.

—Buenos días. —Saludó ella con esa voz suave y dulce que él odiaba. De hecho, odiaba todo en ella.

—Buenos días. —Se oyó otra voz y entonces Jacob reparó que no venía sola sino acompañada de su amiga, esa que le caía de culo a su amigo, quién en ese momento respondió burlón.

—Buenos días, aunque... ¿Paige? ¿Te llamabas así no? —Preguntó Peter sarcástico y a Jacob le apeteció reírse porque su amigo sabía muy bien cómo se llamaba la pelirroja, pues no había parado de hablar de ella desde que las chicas habían pisado Port Elliot.

—¡Así es! ¡Me llamo Paige! —Respondió la pelirroja, furiosa.

—No estamos en Halloween. —Contraatacó este, mirando burlonamente cómo se había vestido Paige, con una camisa que tenía dibujos de calaveras. Jacob no logró contenerse y empezó a reír a carcajadas al ver la cara de las dos mujeres indignadas.

—¡Y para Navidad falta mucho también! —Añadió el moreno entre risas, mirando el jersey de Abigail. Ellas simplemente les dedicaron unas miradas desdeñosas, de esas que si pudieran matar hasta ahora Peter y él se convertirían en polvo. —Bueno, era solo una bromita. ¡Qué sentido del humor tenéis, joder!

Dijo Peter y Paige le respondió. —Veras... es que no tenemos cinco años.

—Nuestras mayores tonterías pueden ser muy sabias. —Dijo Jacob

divertido y Abigail dirigió su mirada chispeante, hacía él. —Quien alaba la tontería, le hace más tonto todavía. —Jacob le respondió con una sonrisa de soslayo que le provocó un vuelco en el corazón. Apartó los ojos de él y respiró para tranquilizarse, intentando comportarse lo más serena posible. El maldito seguía teniendo esa sonrisa tan arrebatadora.

Las dos amigas se sentaron una al lado de la otra e ignorándoles completamente, empezaron a hablar sobre temas triviales como el tiempo, la música etc. Con tal de no mirar a aquellos dos pares de imbéciles que no apartaban las vistas de ellas.

—Abigail, tenemos que hablar. —Dijo Jacob, interrumpiendo la tonta conversación que habían empezado a tener las dos amigas sobre los esmaltes de uñas.

—Cuando quieras. —Respondió Abigail impasible, aunque nadie en aquella mesa se podía imaginar que por dentro sentía de todo menos firmeza.

—Después del desayuno pasaremos a mi despacho. Allí podemos hablar tranquilamente, sobre todo este asunto y llegar a un acuerdo. —Jacob había puesto tanto énfasis en la palabra “*tranquilamente*” que Abigail le miró sorprendida.

—Que yo sepa desde que he llegado, he sido la que se ha comportado de una manera civilizada y educada. A pesar de ser ladrona, mentirosa y la puta más grande del estado he procurado hablar “tranquilamente”. Por lo tanto, aplícate eso a ti mismo, yo no tengo problemas de agresividad, como ves tu cara está perfectamente, mientras que la mía... —Se señaló la mandíbula dejando totalmente callados a los presentes, sobre todo a Jacob que ahora estaba pálido.

El moreno tragó saliva antes de contestar. —Tienes razón, Abigail. Lo siento mucho por haberte golpeado, créeme, no volverá a repetirse. Nunca he pegado a ninguna mujer y ésta vez no sé qué me pasó. No hay ninguna justificación.

—Abigail vio en sus ojos su alma. Se notaba que estaba totalmente

decepcionado de sí mismo, sin embargo, ella no se ablandó para nada.

—Así es. No hay justificación. Estoy segura de que no sueles dar bofetadas a las mujeres, Jacob. Simplemente el odio y el desprecio que me tienes, no te dejaron pensar con claridad. No obstante, sí vuelve a ocurrir algo por el estilo, quiero que sepas que te la devolveré y no voy a permitir que me insultes más, que es lo que has hecho desde que estoy aquí. —Jacob se había tensado totalmente en ese punto de la conversación. Apretando los labios en una fina línea, habló secamente.

—Si no te importa vamos ya al despacho para hablar sobre este maldito acuerdo, y allí me dices todo lo que te da la gana ya que se ve que has despertado con ganas de hablar.

—¡Me parece perfecto! —Respondió Abigail en el mismo tono y se levantó de la mesa, dejando su desayuno a medio acabar. Jacob hizo lo mismo y empezó a caminar con pasos acelerados, mientras Abigail le seguía los talones.

Él parecía furioso, pero a Abigail no le importaba. Le parecía importante dejar claro desde el principio que no es débil y que no se amedrentaría ante él.

Ella era una persona, un ser vivo, merecía ser tratada con respeto o al menos con cierta cordialidad, a pesar de lo que suponía sobre su persona Jacob Brown.

Entraron a un despacho bastante amplio, de tipo loft. Dentro predominaban los colores blancos. Los enormes ventanales que llegaban desde el techo hasta el suelo daban mucha luz y parecía aún más espacioso. Las vistas eran espectaculares ya que se podían apreciar los preciosos jardines de la mansión. Se trataba de un espacio mucho más moderno y actual que el resto de la casa. Todo era muy nuevo, así que Abigail se dio cuenta de que había sido reformado hacía poco.

No había muchas cosas a dentro, más bien era de un estilo minimalista que extrañamente se fusionaba bien con el resto de la casa.

Al entrar se podían ver dos grandes escritorios de madera de haya

blanca, una mesa redonda y grande de cristal con varias sillas, para las reuniones que al parecer allí se celebraban. Algunas estatuas artesanas que debían costar una fortuna y una pantalla de proyección.

Abigail intentó acordarse de qué uso habría tenido ese espacio anteriormente, pero no había nada a dentro que se lo pudiera revelar.

—Es la sala de juegos. —Dijo de repente Jacob, que había leído sus pensamientos.

—Oh, vaya cambio...— Contestó Abigail con la voz quebrada. Se le había cortado la respiración y su corazón saltó en su pecho, desbocado. En esa misma estancia había jugado a tomar el té, incontables veces. Jacob se hartaba y refunfuñaba, pero hasta los once años el juego favorito de Abigail era ese y él la consentía siempre. A ella le encantaba imaginarse que era una dama de la alta sociedad y que Jacob era un apuesto marqués, que la había invitado a tomar el té, junto a los demás nobles, que eran un montón de peluches que colocaban en la pequeña mesita de color verde, con sus respectivas sillitas a juego.

Solían utilizar esa mesita, también para dibujar. Abigail se la pasaba horas dibujando príncipes a caballo y damiselas con preciosos vestidos. Eso se debía a que su madre siempre la contaba cuentos de este estilo desde que era pequeña y cuando creció un poco más, veían juntas películas que trataban sobre la nobleza europea durante el siglo XV. Todo eso le parecía hermoso hasta que maduró y entendió que no existían príncipes ni marqueses que protegían a las damiselas y las amaban por encima de todo, que en realidad la mayoría de aquellos matrimonios de nobles eran concertados y desdichados, con motivos materialistas. Sobre todo, comprendió que no deseaba ser una frágil damisela, no. Abigail había conseguido todo solita y se sentía orgullosa. El mundo no era rosa como ella se había imaginado de pequeña...

—¡Siéntate, por favor! —Pidió Jacob sacándola de sus cavilaciones. Abigail lo escuchó y se sentó sobre una silla que había enfrente de uno de los escritorios, donde Jacob rebuscaba entre los cajones algo, con impaciencia.

—No me voy a andar con rodeos, Abigail. Voy a aceptar ese acuerdo, pero necesito asegurarme de que deseas únicamente esos cincuenta mil dólares.

Abigail se dio cuenta, por su expresión, que realmente le costaba mucho esfuerzo decir aquello.

—Por supuesto, me parece bien. Supongo que ya tendrás todos los documentos necesarios que yo firmaré encantada. Pero, necesito esos cincuenta mil dólares por adelantado. —Contestó ella y él le dedicó una mirada despectiva.

—¿Cómo voy a estar seguro de que no te vas a fugar con el dinero, sin cumplir con el maldito contrato? —La preguntó él, con un tono que a Abigail no le gustó, en absoluto.

—Vamos a ver... Sí no cumplo este contrato podría tener unas repercusiones nada buenas para mí. No pienso arriesgarme y fugarme con tanto dinero. Sí no confías, ese es tú problema. Podemos dejarlo todo así y cada uno por su lado.

Le dijo Abigail dólida porque pensará tan mal sobre su persona. Esperaba que él aceptará y por dentro rezaba. Necesitaba saber todo lo que había pasado en Port Elliot y desde que había encontrado aquella nota, su curiosidad se había acrecentado más aún.

Jacob resopló enfadado. Se sentía frustrado, desesperado e iracundo.

—No puedo arriesgar mi patrimonio y lo sabes muy bien. Yo acepto este convenio porque no tengo otra, pero créeme... Sí intentas hacer alguna de las tuyas, te perseguiré y te cazaré, no importa a dónde corras, yo estaré allí y seré tu pesadilla. —Abigail tragó saliva, le apetecía echarse a llorar como una magdalena, su forma de hablar era tan amenazante, sus ojos eran tan duros como el pan de ayer, pero no iba a derrumbarse delante de él. No comprendía cómo podía odiarla tanto... ¿A caso no entendía que ya era su mayor pesadilla?

—Saca esos malditos papeles ya y que esto se acabe. —Le contestó

secamente. Jacob sonrió de medio lado burlonamente y sacó los documentos.

—¿Para qué necesitas esos cincuenta mil, tan rápido? —Preguntó de repente, mientras ponía un montoncito de papeles sobre la superficie del escritorio.

—Tengo una agencia inmobiliaria que está en banca rota, casi. Necesito el dinero para poder seguir con mi negocio. —Respondió Abigail decidiendo ser franca, pues sí iban a vivir bajo el mismo techo y durante tanto tiempo, él debía saber sus motivos para aceptar ese acuerdo y no dudar de ella, aunque Abigail sabía con certeza que Jacob siempre tendría sospechas y mala opinión sobre su persona.

Por la expresión que puso él, supo que era la última respuesta que esperaba oír.

—¿Y cómo se supone que se llama esa agencia? —La preguntó escéptico y ella le taladró con su mirada ámbar.

—Abigail&Paige— [Real Estate Agency](#). —Respondió entre dientes. A Jacob pareció divertirle su reacción porque un brillo burlón danzó por sus hermosos ojos oscuros.

—Muy bien, cuando quieras puedes empezar a leer. —Le dijo él mostrando con la mano los papeles. Abigail los cogió entre sus dedos y empezó a leer cada párrafo con calma. Todo parecía estar en orden.

—¿Puedes dejarme un bolígrafo? Preguntó con la vista clavada en los documentos, sin darse cuenta de que el hombre que tenía enfrente la miraba descaradamente la delantera.

—Por supuesto. —Respondió Jacob, con la voz ronca y Abigail sintió todo su cuerpo reaccionar ante esa voz. Levantó la vista y le pilló mirando sus pechos, con esos ojos abrasadores. El jersey se le había estirado al sentarse, y como el escote era en forma de pico, el nacimiento de su pecho se podía apreciar muy bien.

Abigail se tapó con la mano, instintivamente, jadeando por el atrevimiento de Jacob.

—No te preocupes, no te voy a violar. Los he visto mejores, los tuyos son demasiado grandes. —Le dijo él, encolerizándola a propósito.

—Eres un malnacido, Jacob Brown —Dijo Abigail haciendo una mueca de desprecio. Le había tocado la fibra sensible, porque siempre se había sentido avergonzada de sus tetas, por eso casi nunca las mostraba.

—Lo mismo digo, Abigail Warner. Eres la persona más malparida que he conocido.

—Lo dudo... Creo que soy la persona más malparida que **crees** conocer. —Le respondió Abigail, con una triste sonrisa. Ese gesto provocó un sentimiento en Jacob que no supo descifrar. Ambos se quedaron mirándose fijamente, hasta que él carraspeó.

—Toma. —Dijo Jacob, después de aclararse la garganta, mientras le pasaba un bolígrafo dorado que ella tomó con la mano temblorosa. Abigail deseaba salir del despacho cuanto antes, así que firmó rápidamente todos los papeles para después pasárselos a Jacob.

—Te toca. —Susurró ella y él asintió. Cuando Jacob acabó de firmar, los dos sintieron que todo aquello era real y que pronto serían marido y mujer. Ese pensamiento hizo que Abigail se estremeciera. De pequeña había sido un sueño imaginarse llevando el apellido Brown, caminar sujetando el brazo de Jacob... Pero ahora, era una pesadilla. Él no era su caballero con armadura sino un hombre que la despreciaba y odiaba. Su matrimonio no sería por amor y respeto mutuo sino por un simple acuerdo e interés.

—Bueno, ya que hemos llegado a un acuerdo, también me gustaría imponer algunas condiciones. —Dijo Abigail, repentinamente, levantándose de la silla y empezando a caminar de un lado a otro en el despacho.

Jacob sentía un miedo atroz. Pasar un año entero con Abigail iba a ser un tormento. La miró fijamente mientras ella paseaba con la mirada pérdida. Su cuerpo invocaba al pecado. Deseaba estrechar esas caderas, darle un azote en ese culo respingón. Se removió incómodo en su silla. Su amigo había despertado. —“Maldita sea está condenada mujer” —Pensaba él, empezando

a sudar.

—¿Qué condiciones son esas? ¡Habla de una vez que no tengo tiempo que perder! —Dijo Jacob, con más brusquedad de la que pretendía.

—¿Qué tú no tienes tiempo? —Gritó Abigail mirándole como si quisiera mandarlo al infierno y lo cierto era que justo eso deseaba.

—¡Exacto! Te recuerdo que soy el único que tiene algo que perder en todo esto, mientras que tú solamente tienes beneficios en ese retorcido deseo de Margaret.

—¡No hables de los muertos! No pueden defenderse, Jacob. Además, yo estoy sacrificando mucho más de lo que te puedes llegar a imaginar. —Le respondió ella, perdiendo el control.

—¿Enserio? ¿Qué se supone que sacrificas tú? Vas a vivir en una mansión, con todo el lujo que te encanta y a lo que estás acostumbrada. Vivirás, tal y como has querido toda tu vida, así que déjate de juegos. ¡Y encima recibirás dinero por tan grande sacrificio!

Abigail sentía la furia en su interior ahogarla. Tenía un nudo en la garganta que no la dejaba respirar. Su corazón latía con velocidad y con fuerza, solamente deseaba gritarle a aquel cretino en la cara, que sí que tenía mucho que perder, nada más y nada menos que su vida. Que sí sacrificaba mucho, sobre todo su tranquilidad mental que había conseguido con esfuerzo. Que no estaba acostumbrada al lujo ni deseaba una vida así, que había pasado más hambre y penurias que muchos no llegarían a pasar ni en dos vidas enteras. Sin embargo, lo único que hizo fue respirar hondo y responder con frialdad.

—Vivir contigo es suficiente sacrificio. —Jacob rio con amargura.

—¡Qué lengua más afilada tienes, pequeña! —Abigail le miró con rencor.

—¡No vuelvas a llamarme nunca más así! —Le dijo llena de furia.

—En el pasado no te importaba, pequeña. —Respondió Jacob con ironía.

—Tú ya no eres ese Jacob que una vez conocí— Dijo Abigail y se contuvo de añadir —“Y que una vez amé más que a nada”.

—No, ya no soy el chico que puedes engañar y con el que puedes jugar a tu antojo.

—Tú nunca me conociste. No sabes quién soy y nunca lo sabrás. —A él pareció darle mucha gracia su respuesta ya que empezó a reír a carcajadas, aunque su risa no llegaba hasta sus ojos.

—Por desgracia tuve la suerte de conocerte. Lograste hacer que te amara más que al aire que respiro, pero me alegro de haber conocido tu verdadera cara a tiempo.

—Tú nunca me amaste, Jacob. Si lo hubieras hecho habrías confiado en mí, pero me echaste como a un perro a patadas de tu vida. A mí y a mi familia y en ningún momento preguntaste o dudaste. Yo sí te amé, te amé tanto como a nadie. Te amé tanto que mientras me hacías daño yo intentaba ayudarte, Jacob. Buscando el maldito medallón en cada esquina que se me ocurriese, para demostrarte que podías confiar en mí. —Habló Abigail rota de dolor, abriendo su corazón por completo, por primera vez en años.

—Bueno ya sabes... Agua pasada no mueve molinos. —Le respondió Jacob tan frío como el hielo.

—Te amé tanto hasta que mi dignidad dijo “basta” —Respondió ella, antes de dedicarle una mirada que demostraba tanto que por un momento Jacob creyó haberse equivocado con todo, pero era imposible, así que esa duda permaneció a penas segundos en su mente.

—Ya es muy tarde y tengo mucho que trabajar. A cambio de ti, los demás nos esforzamos de verdad para ganar dinero.

—Algún día lamentaras mucho todo lo que me has hecho, lamentarás tanto que al respirar te dolerá, sufrir por tus propias culpas será la pesadilla de tu vida. —Dijo ella sin poder disimular, perdiendo el dominio de sí misma.

—Los años te han convertido en una auténtica serpiente, pequeña, que se arrastra por el suelo escondiéndose con astucia, esperando sus próximas víctimas. Yo no seré una de ellas. Pero debo admitir que eres una actriz asombrosa. —Le respondió él y añadió.

—Dentro de dos días será la boda. Ya he hablado con el padre Samuel, mi madre se encargará de todo. —Eso sí que sorprendió a Abigail que le miró estupefacta. —¿Por qué por la iglesia? Margaret no especificó en ninguna parte que fuera en un sitio determinado o de una forma específica. Podemos ir a un juzgado, será mucho más rápido y...

—¡No! Será en una iglesia y punto. —La interrumpió Jacob, dejándola atónita.

—¡No pienso casarme en una iglesia! —Se negó en rotundo la rubia.

—¿Por qué no? ¿Temes quemarte al entrar a dentro?

—¡Muy gracioso! No pienso casarme contigo en una iglesia, sería como casarme de verdad. —Jacob la miró como si fuera tonta.

—¡Abigail, nos vamos a casar de verdad! ¿Qué te creías que era eso, un juego?

—No, pero esto es solo un acuerdo y cuando yo me casé algún día de verdad, quiero que sea en una iglesia que no pienso pisar contigo a mi lado por una maldita especie de “contrato”. Además, ni siquiera somos capaces de mirarnos la cara de uno al otro. Lo único que te falta decir es que voy a llevar un vestido de novia. —Dijo Abigail riendo y él la miró divertido antes de responder.

—Claro que vas a llevar un vestido, pequeña. —Abigail sintió cómo le salía humo por las orejas.

—Lo haces para joderme, lo sé. No me voy a poner un vestido blanco en una boda falsa, solo mi marido me va a ver así. —Dijo ella, tajante.

—Pero, qué tradicional estás hecha... —Le respondió él, con su característica ironía.

—¡Jacob, no me voy a casar en una iglesia! —Le espetó Abigail.

—Ya veremos. —Contraatacó él y ella deseó estrangularle. No comprendía el afán de Jacob de que fuera en una iglesia cuando era mucho más rápido y más sutil en un juzgado.

—Muy bien, como quieras, pero voy a aparecer con un vestido negro en

vez de blanco. —Dijo ella, antes de dirigirse a la puerta y salir cerrando de un portazo.

En el pasillo logró oír su risa y su ira se acrecentó. Apretó su puño con fuerza. Sí Jacob pensaba que haría de su vida un infierno lo llevaba claro... Su futuro marido debía prepararse, porque desde luego, haría que ese año fuera inolvidable para él. Pensaba ella, dirigiéndose hacia su habitación.

Esa noche tocaba hablar con Laura, sus sesiones iban a continuar por teléfono. Deseaba desahogarse, no iba a contarle sobre los asesinatos porque sabía que no le permitiría estar metida en algo así, pero sí que desnudaría su alma respecto a sus sentimientos que cada vez eran más desordenados. Se sentía en un laberinto del que no sabía cómo salir, pero deseaba a su vez recorrer cada superficie de él porque solo así saldrían los trapos sucios de Port Elliot y ella por fin entendería por qué la habían inculpado en el robo del medallón, hacía tantos años. ¿Cuál era la finalidad? ¿Por qué alguien desearía quitar de en medio a ella y a sus padres? Abigail presentía que muy pronto tendría las respuestas a todas esas preguntas.

Capítulo 9

El vestido era de ensueño. Abigail nunca se habría imaginado, ni en sus sueños más recónditos, que algún día llevaría semejante exquisitez. Se trataba de una pieza única de alta costura y de un patronaje complejo. El escote era en forma de palabra de honor en el que había bordado pequeñas piedritas brillantes. La parte de abajo era un drapeado que caía por su cuerpo con suavidad, estilizándola y dándole un aspecto de lo más femenino y grácil.

Lo cierto era que se sentía como una princesa. Su cabello rubio caía en suaves ondas hasta su espalda y estaba decorada con una preciosa tiara de cristal en forma de pequeñas y finas flores.

Paige la contemplaba en la habitación emocionada. No era una boda de verdad y sin embargo todo era tal y como siempre había soñado.

Los tres días que había pasado en Port Elliot, no se habían visto con Jacob muy a menudo, y cuando lo hacían se llevaban como el perro y el gato.

Él había insistido en que llevaría el maldito medallón que le había arruinado la vida. Abigail sabía que deseaba hacerla daño, obligándola a ponerse aquella joya que había acabado con su relación y con la vida de sus padres. Gritó desgañitada que no deseaba ver el medallón de zafiro ni de lejos. Algo que, aunque ella no sabía, sorprendió a Jacob que finalmente desistió de ese deseo suyo.

A pesar de todo, Abigail empezaba a sentir cosas extrañas, inexplicables, dada su historia con él. Cada vez que le veía sentía miles de mariposas volar en su tripa y aquello la desconcertaba y asustaba.

—Estás preciosa. —Susurró Paige sin dejar de hacerla fotos con la pequeña cámara rosa, que se había llevado de casa. —¡Paige, deja de hacer fotos! ¡Es una maldita boda falsa! —Gritó Abigail desquiciada y sin haberlo pretendido, pero sus nervios estaban muy alterados. Estaba decidida a denunciar a la lunática de su psicóloga en cuanto pisará Wells.

Al final había acabado contando absolutamente todo a Laura, y es que la maldita era demasiado buena, debería trabajar para el Servicio de Inteligencia ruso, pensaba Abigail, pero lo que más le sorprendía era que su psicóloga no la había ordenado que volviera inmediatamente. Además, en cuánto había oído sobre la boda, había insistido en que lo hiciera y no se echará para atrás.

—Ya lo sé cielo, pero estás tan hermosa... El vestido es justo el que tú siempre has querido. ¿Recuerdas cuando me describías la boda de tus sueños? Es asombroso, pero incluso la decoración es de tu gusto, el pastel... ¡Todo!

—Eso es lo que más me frustra. Me voy a casar con el hombre que más me desprecia y mi boda es la que siempre he soñado. Jacob sabe muy bien cómo herirme. Cuando era más joven, le hablaba sobre esas chorradas y ahora ha encontrado la manera perfecta para hacerme sufrir. Con esta maldita boda, básicamente me está diciendo. “Todo es hermoso, pero todo es falso” —Se explicó Abigail, exaltada.

Paige la miró entrecerrando los ojos, antes de responder. —Pues déjame decirte que para despreciarte tanto, no se corta nada en mirarte como si quisiera fundirse en ti. —Abigail sintió sus mejillas arder. —¡No digas tonterías, Paige! Cuando volvamos te pediré una cita con Laura.

—¿Con esa mata—sanos? No. Gracias. Todavía no me cabe en la cabeza que te dejará seguir con todo el plan cuando le has contado sobre los asesinatos... ¡Esta mujer está más perturbada que tú!

—¡Oye! —Se quejó Abigail haciendo una mueca de enfado.

La música nupcial empezó a sonar y las dos se quedaron quietas como estatuas. Abigail sintió unas ganas terribles de romper algo, de ir y destruir toda aquella perfecta decoración y gritar con fuerza.

—¡La ceremonia ha comenzado! ¡Debes salir ya mismo! —Oyeron de repente la voz de Rebeca. La mujer las miraba con desdén y desde que llevaban allí casi no les había dirigido la palabra. Abigail se extrañaba de que esa tipa hubiera organizado su boda.

Jacob le había dicho que Rebecca se encargaría de todo, pero esa señora

era tan fría y snob comparado con ella, que le parecía de lo más raro que hubiera dado al clavo con toda la organización y en tan poco tiempo.

Rebecca no la conocía tan bien. Probablemente Jacob le había sugerido todo... Pensaba Abigail sin mirar hacía la señora y sin ser capaz de responder.

—Enseguida vamos. —Oyó la voz de su amiga que sujetaba su mano alentadoramente, y el ruido de la puerta que cerró tras de sí Rebeca al salir.

—¿Dónde está el señor Thomas? —Preguntó repentinamente Abigail, casi chillando. El hombre le había prometido acompañarla hasta el altar ya que no tenía a nadie más que actuara como figura paternal. El padre de Paige estaba lejos, sino, Abigail sabía con certeza que la acompañaría. Los señores Thompson si quiera se imaginaban la locura que estaba haciendo en ese momento.

—No te preocupes. Seguro que se está arreglando la corbata, ya sabes que es una persona muy perfeccionista. —Le dijo Paige para tranquilizarla, aunque era cierto. El señor Thomas era alguien que cumplía siempre su palabra y era muy meticuloso en todo lo que hacía. Paige había llegado a conocerle a él y a su esposa muy bien. Era como sí se conocieran desde siempre y no desde hace unos días.

—¡Ya estoy aquí! —Se oyó la voz del buscado que entró en ese momento nervioso. Abigail sonrió con calidez. Emerson Thomas era un hombre de hombros anchos, con una pequeña tripita debido a las cervezas que solía tomar. Era calvo, pero tenía unos cuatro pelitos sobre la cabeza, que siempre peinaba pulcramente cuando no trabajaba. El traje le sentaba como un guante.

Emerson se acercó a la joven y le regaló una margarita. —Era tu flor favorita de pequeña. Siempre dibujabas margaritas y las pegabas por todos los lados. —Dijo y a ella se le empañaron los ojos, emocionada porque se acordará de un detalle tan simple.

Se miró en el espejo y se emocionó al pensar en sus padres. Había dos cosas que fallaban en aquella boda. La primera era que se casaba con un hombre que la odiaba y que esperaba el momento para poder destruirla cuando

ella a pesar del daño que le había causado, intentaba ayudarle. La segunda era que sus padres no podían asistir. Abigail sabía que nada de aquello era verdad, sin embargo, pensar en su padre viéndola caminar de blanco, con aquellos ojos que siempre brillaban y mostraban compasión, la emocionó y se sintió rota. Al menos Paige estaba...

Se volvió hacia el señor Thomas y le sujetó por el brazo que él le había dispuesto. Paige salió primera por la puerta de atrás y después de cinco minutos, cuando la canción nupcial sonó por cuarta vez. Abigail se dispuso a salir con el corazón desbocado.

Todas las miradas se dirigieron hacia ella. La mayoría la miraban con odio, estaba claro que Jacob o su madre les había contado su versión de la historia. Probablemente toda aquella gente pensaba que era una caza—fortunas que había hecho lo posible para manipular a la pobre “loca” de Margaret para cazar a su sobrino. Pero, ya llegaría el momento en el que les cerraría la boca a todos.

Las únicas personas que le dirigieron una sonrisa fueron Paige, la señora Thomas y su hija Sissi, que estaba preciosa con su vestido amarillo pálido, y el señor David Hicks, que se había auto invitado, ya que insistía en que debía ver con sus propios ojos que tanto Jacob como Abigail cumplirían con el acuerdo.

El acto se celebraba en la sala de fiesta de la mansión, y no en una iglesia como Jacob había pretendido. Al menos, en esa batalla había ganado Abigail.

La sala era enorme y exquisita, decorada con gusto, con centros de mesa de rosas blancas y de color rosa pálido. El suelo de mármol brillaba y se complementaba bien con los farolillos en los mismos colores que las flores y las telas de tul que llegaban desde el techo hasta el suelo. Los ventanales estaban embellecidos con cortinas de luces que daban un aspecto mágico a la estancia. Desde ellas se podía ver el precioso paisaje que rodeaba a Port Elliot, todavía verde y con las hermosas flores que había sembrado el hombre que la llevaba al altar.

Abigail se fijaba en todo menos en lo que tenía delante. Pero al acercarse cada vez más, era algo que no podía eludir. Al ver a Jacob en el centro vestido con un traje hecho a medida en color blanco y con una corbata del mismo tono, casi se le doblan los pies. Estaba tan guapo que quitaba el hipo. Abigail miró su hermosa cara sin contenerse. Ese mentón cuadrado y piel bronceada con esos ojos que eran puro fuego y que la estaban volviendo loca. Ni siquiera se quería imaginar lo que había bajo el traje...

Aunque de chico, Jacob había sido fuerte, ahora era un hombre hecho y derecho y sus músculos se podían adivinar bajo la tela de su ropa. Sintió la boca seca, así que pasó su lengua por sus labios lentamente. Jacob no perdió detalle de aquel gesto y la miró con un brillo intenso, que ella reconoció. Sentía que le faltaba el aire al mirarle y cuando el señor Thomas la dejó junto a él, ni siquiera se dio cuenta.

—Cierra esa boquita, no vaya ser que entren moscas. —Le susurró por la espalda, Paige, que era su dama de honor. Abigail se aclaró la garganta y procuró tranquilizarse, aunque su mano temblaba como si tuviera voluntad propia.

Jacob sujetó su mano con la suya propia y la acarició con el pulgar. Por más extraño que pareciera, Abigail se calmó inmediatamente con ese gesto.

Se miraron a los ojos por un instante olvidándose de los cientos de presentes allí, de los cuales solo unos cuatro eran amigos de Abigail. Por un momento pudo ver a Jacob, al de hace trece años. Al niño que la abrazaba cuando tenía pesadillas, al chico que nunca la dejaba rendirse y la apoyaba en todas sus decisiones. Aquel chico que podía hacer salir el sol con solo dedicarle una sonrisa. Pero duró poco, ya que Jacob volvió rápidamente a su expresión habitual. Burlona, sarcástica e insufrible.

—Queridos amigos. Estamos reunidos aquí para que el señor sellé y fortalezca el amor de esta pareja en presencia del ministro de la iglesia y de esta comunidad. Así en presencia de Dios, digan sus votos.

Jacob la miró fijamente a los ojos y cogió con suavidad sus manos entre

las tuyas antes de empezar con sus votos:

—Abigail, eres la mujer de mi vida. Fuiste mi mejor amiga y contigo compartí momentos inolvidables. Ahora te tomo como mi esposa y prometo amarte y cuidarte durante el resto de nuestras vidas. Prometo reír contigo, acompañarte en los momentos difíciles e intentar hacerte feliz cada día de mi vida.

Abigail se quedó sin respiración. ¡Qué bien actuaba el cabrón! Le maldecía interiormente. Maldito hipócrita, cómo podía decirle esas palabras y mirándola de aquella manera, como si ella fuera lo más importante. Le odiaba con todo su ser, pero lo que más odiaba era que muy dentro de ella seguía existiendo la niña que deseaba que todo fuera cierto. Que esas palabras fueran dichas de corazón.

La sala estaba en completo silencio. La tocaba a ella decir sus votos y no había preparado nada, pues no se esperaba que la boda fuera tan realista. Decidió improvisar. Cerró los ojos y se imaginó que sus promesas iban dedicadas al Jacob de antes y no al que tenía en frente. Con la voz entrecortada, las palabras comenzaron a salir de su garganta:

—Jacob, prometo amarte, honrarte y respetarte siempre. Prometo ser una esposa fiel y amante, prometo entregarte mi corazón y ser tu mejor amiga, recorrer este largo camino que se llama Vida, sujetando tu mano, caminando junto a ti. Prometo no decirte —te lo dije— cuando te hayas equivocado. Pero, sobre todo, prometo darte el beneficio de la duda antes de estallar en llanto.

Jacob parecía haber visto un fantasma, después de sus palabras. Los dos se miraban sin apartar la vista de los ojos del otro. Todos los invitados, todo aquel ambiente había desaparecido. Estaban únicamente ellos dos, hasta que la voz del cura, les bajó a la tierra.

—Jacob Brown. ¿Aceptas a Abigail Warner como tu legítima esposa hasta que la muerte os separe?

—Sí, padre. —Respondió el novio, tenso.

—Abigail Warner. ¿Aceptas a Jacob Brown como tu legítimo esposo en

la prosperidad y en la adversidad, hasta que la muerte os separé?

—Sí, padre. Acepto. —Respondió casi sin voz, la novia.

—Yo os declaro marido y mujer. Puede besar a la novia. —Dijo el cura, mientras en la sala no había ni un solo ruido. Un silencio sepulcral y un ambiente incomodo era lo que reinaba.

Abigail estaba con la cabeza agachada y temblaba. Por un segundo, Jacob sintió la necesidad de abrazarla y reconfortarla. Luego se reprendió por esos pensamientos y se enfadó consigo mismo. Con el dedo pulgar e índice de su mano, levantó la barbilla de la chica para que le mirase, siendo más brusco de lo que pretendía. Después sin que a ella le diera tiempo de reaccionar, besó sus labios con fiereza, pero al sentirlos contra los suyos tan tiernos y suaves y recordar el sabor que tanto le había costado olvidar, el beso de Jason se tornó en uno lento y lleno de sentimiento que dejó sin aliento a todas las féminas presentes.

Abigail sentía que el mundo daba vueltas a su alrededor. Cuando tenían quince, aquellos besos eran lo que más anhelaba. Escapaba de casa por las noches para ir a las caballerizas de Port Elliot y sentir esos labios que ahora eran mucho más expertos. Deseaba apartarse, porque ahora que probaba su sabor, sabía que él podía ser su perdición y resultar herida otra vez... ¡No, no pensaba permitirlo! Sin embargo, su corazón no atendía a su razón, su cuerpo respondía totalmente a Jacob que la había abrazado por la cintura, pegándola hacía sí de forma posesiva, aunque ella no se sentía apresada, al contrario, se sentía libre... ¡Era como tocar el cielo y el infierno a la misma vez!

Los invitados carraspearon, así que los novios se separaron uno del otro con dificultad, como si la vida les fuera en seguir abrazados.

Abigail se sentía mareada, si su marido no la hubiera sujetado con firmeza por la espalda, probablemente se habría caído porque no sentía las rodillas.

La sala estaba en completo silencio y el ambiente pesado. Todos los invitados sabían que aquella boda era falsa, que se trataba de intereses y que

de amor o sentimientos nobles no había nada de nada. Sin embargo, muchos, no comprendían el por qué, todo parecía tan romántico y, sobre todo, por qué los novios se miraban de aquella manera tan especial y única. Solo un puñado de todos sabían la razón. Aquellos que les habían conocido de niños y habían presenciado el gran amor que una vez se profesaron. Ellos sabían algunos de los secretos escondidos tras las paredes de Port Elliot o al menos sospechaban...

El banquete fue raro al comienzo, pero en cuanto todos los invitados bebieron alcohol, el ambiente se relajó. Jacob no la había dirigido ni la mirada desde que habían dicho el “sí quiero”. Le veía por el rabillo del ojo, pasándosele bien con un grupo de hombres y algunas mujeres, bastante atractivas que le rodeaban y él coqueteaba descaradamente. Había dos gemelas rubias de bote que la estaban poniendo de los nervios. Abigail sentía la necesidad de arrancarles las tetas falsas que tenían. —¿De dónde habrán salido? —Se preguntaba entre dientes. Él era su marido, le debía cierto respeto y estaba ligando con aquellas pavas, desvergonzadamente. ¿Pero y a ella qué demonios le importaba? —Se dijo a sí misma, cada vez más iracunda. Buscó con la mirada a Paige que hacía media hora que se había separado de su lado. La vio bailando con Peter. Era un baile lento y los dos se miraban a los ojos de una manera que a Abigail le cortó el aliento. ¡No podía ser! Iba a hablar con su amiga seriamente. Encima la muy cabrona le había dicho, antes de la boda —“No me separaré de ti en la fiesta, estaré pegada a ti como un súper glue” —Y en cuanto ve a un tío musculoso con ojos de ensueño, se olvida de ella. —Pensaba Abigail apretando los dientes tanto que pensaba que se le romperían.

Se fijó en el amigo de Jacob. Desde luego, era un hombre muy atractivo, no tanto como Jacob, pero podía comprender a su amiga. Suspiró cansada y agobiada. Ninguno de los invitados la había felicitado o saludado, al menos por educación. Se sentía marginada. Solo los Thomas y el señor David habían charlado un rato con ella, aunque incómodos, porque se notaba el disgusto de

Abigail desde lejos. Sissi había intentado animarla con un chiste y ella había sonreído forzosamente. Por un momento se dijo —“¿Qué has hecho? Ahora podrías estar tranquila en casa con Fiona y estás aquí, aguantando a esta gentuza”.

Frunciendo los labios, se levantó de su silla. Se sentía agobiada, estresada, triste y furiosa. Necesitaba un lugar tranquilo donde sentirse a gusto y a salvo, a salvo de las miradas acusadoras de personas que no habían caminado con sus zapatos, pero se atrevían a juzgarla y a inventarse cosas sobre su vida sin siquiera intentar conocerla antes.

Capítulo 10

Se dirigió hacia el árbol de loto. Allí siempre se había sentido a gusto y tenía recuerdos preciosos que guardaría en su corazón como un tesoro preciado.

Se quitó los zapatos, frustrada. Le dolían los pies horrores, no estaba acostumbrada a un calzado tan alto.

Sujetando los tacones en la mano, se encaminó por el estrecho sendero que la llevaría hasta el árbol. Al oír la corriente del río, supo que se acercaba. Sus pies se estaban helando, pero era mejor que estar con aquellos tacones, creados, seguramente por algún misógino.

Vio al árbol que se alzaba majestuoso, a pesar de tener sus ramas desnudas, sin sus flores adornándole. Recordó los juegos y risas. Las noches en las que contemplaban con Jacob el cielo estrellado, con el viejo telescopio del señor Jason.

Desde que había vuelto se había preguntado dónde andaba él. Esperaba encontrarle en la reunión sobre la herencia y al no verle supo enseguida que tal vez había pasado lo peor. Confirmarlo después, no le llenó el alma de regocijo. Al contrario, se sintió muy triste, aunque, intentó no mostrarlo.

Aquel hombre la había cuidado de pequeña incontables veces. La había tratado como a una hija y Abigail sabía que alguna vez la había amado y apreciado mucho. Enterarse sobre su supuesto “ataque de corazón”, por el señor Cedric, que no había asistido a su boda, la había dejado un sabor agrio y una furia que desconocía poder tener. Encontraría al asesino de Jason y Margaret Brown y al de sus padres. Costará lo que costará.

Se sentó en el suelo, poniendo un cardigan por debajo de sus muslos, para no manchar el vestido. Apoyó su espalda contra el tronco del árbol y contempló el paisaje que se alzaba ante sus ojos. Había olvidado lo bello que era Port Elliot. Tan cerca de la ciudad y del bullicio de esta y a su vez tan

lejos.

La mansión y sus tierras se encontraba un poco apartada de la población. De hecho, parecía más bien, un pequeño pueblo con sus habitantes y costumbres propias, dentro de la ciudad de Birmingham. Por eso se podía contemplar el cielo despejado y en ese color tan hermoso que inspiraba a Abigail desde que era niña. En verano los verdes prados se extendían y las flores se podían ver por doquier. Por las noches, las estrellas se podían contemplar con claridad y admirarlas. Se fijó en la montaña tan magnífica que se alzaba con orgullo. En su copa empezaban a haber grandes cantidades de nieve y le daba un aspecto de ensueño.

Eso era lo que necesitaba. Tranquilidad en aquel entorno hermoso, con el único ruido que hacía el susurró del viento y la corriente del agua del río. Cerró los ojos para deleitarse, pero su placidez fue interrumpida por la voz de su ahora ya marido.

—¿Te acuerdas que de niña soñabas con ir hasta la montaña y subirte al pico más alto? —La preguntó Jacob con una sonrisa que robaba el aliento. Estaba despeinado y se había quitado la chaqueta del traje, quedando en camisa que estaba entreabierta por delante. Abigail podía ver la piel de su firme pecho y los pelitos negros que se adivinaban entre la abertura de la tela. Tragó saliva y respondió, entre fastidiada y sorprendida por que él se acordase.

—De pequeña deseaba muchas cosas imposibles.

—Jacob la miró frunciendo los labios y respondió agrió. —Y una de ellas era, ser la señora Brown. Ya lo has conseguido. ¿Qué se siente? — Preguntó irónico y ella respondió con la mirada echando fuego.

—Es como si alguien me cortará con un cuchillo las entrañas, echando sal, cada vez que corte un pedazo.

—Jacob levantó las cejas, burlón. —¿Te has convertido en una reina del drama!

—Y tú en un putero asqueroso. —Le respondió ella, lamentando

enseguida, tras ver la amplia sonrisa que se formaba en el rostro de él y el brillo que danzaba en sus ojos negros.

—Tienes una opinión muy mala sobre mí, pequeña. —Dijo él con esa característica sorna que ya estaba sacando a Abigail de sus casillas.

—¡Anda que tú de mí! —Le respondió, fastidiada. Deseaba decirle cuatro cosas que le dejarán mal, pero cuándo vio su mirada, que repasaba cada parte de su silueta descaradamente, se levantó como un resorte. Llevaban mucho tiempo sin verse, pero Abigail reconocía esa mirada.

—¡Jacob, no! —Gritó alarmada.

—Quiero jugar, mi pequeña... —Respondió él con la voz ronca.

Abigail le miró furiosa. Eso era lo que él la decía cuando venían juntos a sentarse bajo ese mismo árbol y a continuación la masturbaba hasta hacerla gritar. Se sonrojó por ese recuerdo que había desterrado.

—¿Te has acordado, preciosa? —Preguntó él con las pupilas dilatadas. Su aspecto era pura lujuria, fuego que abrasaba todo a su alrededor.

—No me he acordado de nada. Definitivamente me he casado con el hombre más idiota del siglo. —Le respondió Abigail, intentando de alguna manera quebrantar aquel ambiente tan erótico en el que habían entrado los dos de repente, sin embargo, la tosca forma de hablar de ella, intensificó el deseo de él, que se acercó con grandes zancadas cual un león asechando a su presa.

—¡No me vas a tocar! —Dijo ella, aunque su voz no sonó del todo convincente.

—Voy a hacer más que tocarte. —Respondió Jacob, decidido.

—¡Aléjate de mí! —Gritó Abigail, aunque su cuerpo empezaba a responder ante él, anhelante, y eso que ni siquiera la había tocado aún.

Era extraño porque desde que se había ido de Port Elliot no había sentido ninguna atracción física, hacía ningún hombre. Había probado tener citas con algunos, pero se mostraba fría y nunca llegaba a tener nada con alguien. Que él pudiera afectarle de aquella manera y sin haberle visto durante tantos años, era alarmante, tanto que no le llega la camisa al cuerpo. Atemorizada, dio dos

pasos hacia atrás, mientras él daba otros dos hacía delante, hasta que Abigail chocó contra la corteza del árbol. Jacob la rodeó con sus brazos, puestos a cada lado de su cabeza mientras la respiración de la chica se agitaba. Cuando los labios de él chocaron contra los suyos, ella se mareó por el rayo de electricidad que traspasó su cuerpo. Llevaba tanto tiempo sin sentir aquello que, por un momento, la mente se le nubló y respondió a su sensual beso con avidez, hasta que se acordó de todo y enfurecida le empujó por los hombros.

—¡No me vuelvas a tocar, Jacob Brown! ¡O, te juro que te despellejo vivo! —Siseó, entre dientes. Él hizo ademán de acercarse otra vez hasta su esposa, pero la mano que cayó sobre su mejilla le dejó impactado.

—¿Me acabas de pegar, por querer hacerte el amor? —Preguntó con la cara desencajada.

—Si... —Respondió ella en un susurro.

—¡Pero si lo deseabas! ¡Tu cuerpo pedía a gritos que te follará! —Le gritó él, furioso y ella le dio otro guantazo. Jacob tenía una expresión de ira a penas contenida que amedrentaba.

—¡Abigail! ¡Deja de pegarme que no respondo!

—¡Pues, deja de comportarte como un imbécil? —Le respondió ella, gritando.

La tensión sexual se podía palpar, los dos respiraban agitadamente, mirándose a los ojos, cuando repentinamente, se lanzaron a los brazos de uno al otro y comenzaron a besarse, apasionadamente. Hambrientos por sentirse.

Las manos de Jacob rodearon la cintura de Abigail, pegándola a su cuerpo y cuando ella notó su excitación en el vientre, no podía pensar en otra cosa que no fuera en sentirle.

Jacob la levantó en brazos, agarrándola del trasero y ella rodeó su cintura con las piernas, entonces él la alzó sobre el árbol, ya que entre sus troncos había un espacio lo suficientemente amplio para que quepan dos personas, y la altura no era considerable. Abigail se subió con agilidad a pesar de su vestido y Jacob la imitó. Después la apoyó contra uno de los anchos troncos y empezó

a comerle los labios con una lentitud premeditada. Cuando mordió el labio inferior femenino, ella gimió de necesidad su nombre, sin ver el brillo de victoria que eso provocó en los ojos de Jacob. Se besaron hambrientos, como si recuperaran el tiempo perdido. Abigail se sintió completa por primera vez en trece años.

Con la mente nublada por el deseo, le desabrochó el resto de botones que estaban cerrados, de la camisa y se la quitó bruscamente. Abigail se deleitó con lo que veía. Esa piel morena y esos músculos que empezó a acariciar comiéndoselo con los ojos, mientras él se quedaba sin respiración por su tacto. Ella se sintió poderosa y bajó lentamente su mano hasta tocar su excitación a través de la tela de los pantalones del traje. Comprobó cómo su respiración se alteraba aún más y cómo el bulto entre sus piernas crecía con cada caricia. Sintió un empoderamiento femenino que nunca antes había advertido. Jacob sujetó sus manos y con la voz ronca, suplicó. —Para, porque si no, no podré hacerte todo lo que deseo.

—Ella sonrió con malicia y perversión, antes de levantar una de sus piernas hasta la cintura de Jacob y tirar de él para sí y restregar su sexo contra el suyo con movimientos circulares, muy sensuales. —Eres muy mala, pequeña... —Dijo él divertido y excitado, mientras empezaba a bajar la cremallera de detrás de su vestido.

Cuando Abigail se desprendió de su ropa y quedó frente a sus ojos oscuros en solo un sujetador de encaje en blanco y una diminuta y fina tanguita también de encaje y en el mismo tono, se sonrojó, bajando la mirada. Se avergonzaba de su desnudez en ese momento. Últimamente había comido mucho, seguro que estaba más gorda —“Y si no le gusta” —Pensó de repente, como una adolescente insegura. Y en parte lo era, porque el único hombre con el que se había acostado, estaba delante de ella y había sido hacía mucho tiempo.

—Estás tan condenadamente hermosa que iría al infierno si hace falta, solo por tenerte. —Dijo él, mirando cada parte de su desnudez, más excitado

que nunca.

Abigail al escuchar esas palabras, se sintió la mujer más sexy del planeta y al levantar la vista y ver el deseo en sus ojos, su propia lujuria se incrementó hasta un punto que ni se había imaginado.

Jacob empezó a besar su cuello, mientras una de sus manos comenzaba a acariciar y jugar con los pechos de ella, arrancando dulces gemidos de la garganta de Abigail. Los labios de él, bajaron por sus clavículas, dejando a su paso un fuego que se grababa en la piel de su mujer.

Cuando Abigail sintió su experta lengua lamiendo su pezón, se mareó y gimió en alto su nombre, embrujándose en aquella burbuja erótica. Jacob empezó a chupar sus pechos con voracidad, mientras sus manos se dirigían hacia su trasero, amasándolo sin delicadeza, algo que a Abigail le fascinó. — Jacob quiero... —Gemía cada vez con más urgencia. —¿Qué quieres, pequeña mía? —Preguntó él, prologando su sufrimiento. —Te quiero dentro... — Respondió ella, jadeando, volviéndose loca.

Rápidamente, Jacob se quitó los pantalones, sacando primero un preservativo, del bolsillo de estos, liberando su miembro que sentía que estaba a punto de explotar. Se colocó el condón mientras su mujer le miraba con deseo porque era la cosa más erótica que alguna vez había visto.

Él movió el tanga de Abigail a un lado, tocando de paso sus jugos, para después llevar los dedos a la boca de ella y decir. —Pruébate, pequeña... Mira lo mojadita que estás.

—Abigail sentía que el mundo daba vueltas, lamió los dedos que él le proporcionaba, probando sus propios jugos y mirándole fijamente a los ojos, cuando repentinamente y sin esperarlo, bruscamente, él entró dentro de ella, provocando que Abigail se retorciera entre sus brazos.

Le había dolido un poco, pero el placer que sentía era mucho más grande.

—¡Sujétate en aquellas ramas de arriba! —Mandó Jacob con voz áspera y ella lo hizo, de modo que quedó ligeramente levantada en el aire. Su peso estaba sujeto por los troncos a los que se había agarrado y por las manos de

Jacob que la sujetaban por el trasero.

Jacob salió lentamente de ella, para entrar otra vez de una manera brusca, pero esta vez, Abigail sintió únicamente gozo. Un placer que se acrecentaba cada vez más y que necesitaba ser liberado.

Jacob se deleitaba escuchando la música del placer de su mujer hasta que la oyó sollozar, desesperada. Aceleró el ritmo, haciéndole el amor, cada vez más salvaje, hasta que ambos explotaron con un grito ensordecedor.

Los dos respiraban agitadamente, recuperándose de la intensa actividad.

Con cada minuto que pasaba, el ambiente se hacía más pesado. La tensión se podía cortar con un cuchillo.

Cuando Abigail, decidió por fin levantarse y mirar a los ojos de su marido se sintió la más desdichada del universo. Jacob tenía la mirada fría, en sus ojos no había absolutamente nada. —“¿Cómo podía la misma persona que la había hecho sentir la más dichosa, hacía tan solo minutos, hacerla sentir ahora, la más desgraciada?”. Se levantó bruscamente, intentando no mostrar lo miserable que se sentía. Lo menos que podía hacer era resguardar su orgullo.

Bajaron del árbol y se vistieron, sin dirigirse la palabra y mucho menos la vista. Después llegaron hasta la mansión juntos pero cada uno se fue hacia su recámara, sin siquiera despedirse, mientras abajo, la fiesta continuaba.

Lo que ninguno de los dos se imaginaba, era que habían estado vigilados y que aquella escena había sido vista por alguien que pensaba destruirles...

Capítulo 11

Se levantó con un dolor de cabeza tan horrible, que le apetecía darse cabezazos contra la pared. Salió de debajo del confort de las mantas y se puso su bata antes de dirigirse al baño y lavarse el rostro con agua helada para poder despertar. No deseaba ver a Jacob por nada del mundo. Pero necesitaba encontrar una maldita aspirina para que ese bombardeo de su cabeza cesará.

Con pasos sigilosos, salió al pasillo y empezó a bajar por las escaleras. Cuando llegó hasta uno de los salones, el que más cerca estaba de la cocina, le llegó el olor a su pastel de naranja. ¡Era su receta! Se dirigió hacia allí con pasos acelerados, y como se imaginaba, se encontró a Paige. Estaba sola y tenía la misma expresión que ella. Esa típica de: —“El mundo es una mierda, me pegaré un tiro.” Con sus pelos de loca, preparaba el bizcocho de lo más centrada, como si fuera la cosa más importante que tenía que hacer en la vida.

—¿Paige? —Preguntó Abigail, entrando a dentro. Paige se dio la vuelta. Las dos amigas se miraron un rato, viéndose la una a la otra desde los pies a la cabeza, detenidamente. Hasta que sus expresiones empezaron a cambiar de la incredulidad a la ira en el espacio de unos segundos.

—¡No me lo puedo creer! ¿Te acostaste con él? ¡Pero, que perra eres! — Hablaron las dos a la misma vez y se quedaron calladas abruptamente, hasta que estallaron en carcajadas. Estaban riendo tan fuerte que probablemente la mansión entera las había oído. Abigail se quitó una lagrima con el pulgar y respiró hondo, antes de decir.

—Somos tan estúpidas... —Paige hizo una expresión triste y afirmó con la cabeza.

—Me tienes que contar todo con lujo de detalles. —Pidió Paige y Abigail respondió. —Solo, sí tú me cuentas todo lo tuyo a mí...

Cuando el bizcocho ya estaba listo, eran las nueve en punto. Justo cuando

entraron a dentro de la cocina la señora Thomas y su hija Sissi, que ese día entraban más tarde a trabajar, debido a la fiesta que hubo hasta que anocheció. Una fiesta a la que la propia novia y novio, casi no habían asistido.

—Buenos días. —Las saludó Paige y Abigail les dedicó una sonrisa.

—He preparado un bizcocho. ¿Queréis un trozo? —Las preguntó Paige, mientras sacaba del horno el esponjoso dulce.

—Uy, querida, yo diría que tú necesitas comértelo entero, después de la actividad frenética de anoche, no sería de extrañar si quisieras zamparte un caballo entero. —Respondió la señora Thomas y Paige se sonrojó hasta la raíz del pelo.

—¡Dios mío! —Exclamó abochornada la pelirroja mientras las tres mujeres se reían a carcajadas. La adolescente, Sissi, era la que más se divertía con la situación, pues su sonrisa era de oreja a oreja, mientras le dedicaba a Paige una mirada burlona.

—Todo Port Elliot habla sobre ello. La gente dice que la amante pelirroja de Peter Craig, es de lo más escandalosa. —Dijo Sissi y Paige deseó que la tierra se abriese y se la trágase.

—¡Esto no puede ser! —Habló Paige, rabiosa.

—Es que gritabas tanto... —Respondió Sissi, mientras la pelirroja la despellejaba con la mirada.

—El señorito Peter debe ser un auténtico semental en la cama... —Dijo la señora Thomas y Sissi se quejó —¡Mama! ¡Por dios estoy aquí delante! —Le dijo la adolescente y su madre tuvo la decencia de sonrojarse.

—Dios mío Paige, no tenía ni idea de que fueras tan salvaje. —Dijo Abigail y Paige le respondió entre dientes. —Al menos yo lo hago en una cama, no colgada de un árbol. —Abigail la dedicó una mirada enfurecida mientras la señora Thomas y su hija la miraban atónitas, con los ojos abiertos como platos.

—¡No me miréis así, joder! ¡Que es mi marido! —Contestó Abigail, de lo más alterada.

—Creo que vosotras dos tenéis muchos que contar. ¿Qué os parece que mientras hago el desayuno a los hombres y a la señora Brown, que bajaran enseguida, vosotras me contéis todo, todito? —Preguntó la señora Thomas, mientras ponía una sartén a calentar y sacaba todos los productos que necesitaría del enorme frigorífico de acero inoxidable.

—Oh es cierto, seguro que dentro de poco bajan... ¡Mejor vámonos a mi habitación! Cuando se vayan, salimos otra vez. —Sugirió Abigail con el semblante preocupado. La señora Thomas la miró con desaprobación y justo cuando las dos amigas se levantaban de sus sillas, ella las detuvo.

—¿A caso habéis hecho algo malo de lo que avergonzaros? Abigail Brown, te conozco desde niña y nunca has sido de las que se esconde como un ratón cobarde. En cuanto a ti, Paige. No pareces el tipo de mujer que no tiene carácter. Ese hombre te gusta mucho. Eso es algo que se puede ver de lejos. ¿En serio te esconderás de él en vez de intentar luchar y conseguirle?

—Pero, señora Thomas. Usted no sabe la forma en la que me humilló. Hicimos el amor y después me preguntó, cuánto costaba...— Dijo Paige, conteniendo las lágrimas, mientras las tres mujeres jadearon de indignación.

—Es horrible y su amigo no se quedó atrás. Hicimos el amor y se levantó sin dirigirme la palabra, como si no existiera. —Dijo Abigail, abrazando a su amiga por los hombros para reconfortarla.

—Me parece que alguien debe dar una lección a estos hombres. ¡No me lo puedo creer! —Les respondió la señora Thomas, de lo más decepcionada.

—Si os vais a la habitación, parecerá que os escondéis de ellos. Como si fuerais vosotras las que habéis hecho algo mal, cuando son ellos los que deberían sentirse avergonzados. —Les dijo Sissi y ambas se dieron cuenta de que la niña tenía toda la razón del mundo.

—Tiene razón, Abigail. Son ellos los que deben esconderse. —Dijo Paige, entre dientes.

—Ayer fue un día muy estresante y desde que estamos aquí ha sido como ir de batalla en batalla. Lo cierto es que necesito relajarme, necesitamos un

día de calma, lejos de Port Elliot. —Reflexionó Abigail...

—Sí. Sería estupendo ir al cine, de compras y a comer algo. Mi madre siempre dice que no hay nada más relajante que ir de compras. —Respondió Paige.

—¡Decidido! Vamos a vestirnos y pasaremos el día fuera de esta maldita mansión. —Dijo Abigail, con las energías renovadas.

—¡Así os quiero! —Les dijo la señora Thomas, con una sonrisa.

—¡No os dejéis pisar por esos idiotas! ¡Hacedles morder el polvo! —Habló Sissi, con un brillo en los ojos que demostraba su fuerte carácter. Las dos amigas respondieron al unísono. —¡No tienen ni puta idea de con quién se meten!

Las dos se vistieron cómodas, pero a su vez modernas. Cada una cogió un par de guantes por sea caso, ya que se anunciaba que ese mismo día caerían los primeros copos de nieve. Abigail lo deseaba, porque todo le parecía mágico mientras nevaba. Hacía mucho tiempo que no disfrutaba de la nieve ni de las fiestas como Navidad, porque se acordaba de su familia y era incapaz de celebrar nada. Pero ahora, desde que había llegado, a pesar de las continuas confrontaciones, poco a poco se sentía más liberada. Era como si una cadena la hubiera sujetado durante años y ahora, sentía el agarre de esa cadena, cada vez más débil. Había hablado incontables horas con Laura. Llorando y liberando todo de su interior, que no la dejaba respirar.

Las dos bajaron por las escaleras y para salir tuvieron que pasar por el comedor. Peter y Jacob estaban allí desayunando, junto a Rebecca que parecía tener una expresión mucho más seria que de costumbre. Abigail y Paige si quiera les dirigieron la palabra, pasaron ante ellos como si no existieran y salieron de la mansión, con la cabeza en alto.

—¿A dónde irán? —Se preguntó Peter en voz alta y Rebeca murmuró. —¿Y qué más da? Con que estén lejos de nuestras vistas...

—La señora Thomas entró para recoger los platos vacíos, con la ayuda de su hija que ese día no tenía clases por la mañana.

—Ha estado riquísimo como siempre, señora Thomas. —Le dijo Jacob con una sonrisa en los labios. Pero ni la madre ni la hija respondieron. Solo le dirigieron, a él y a Peter, una mirada gélida. —“¿Qué demonios pasaba allí?” Carraspeó incómodo, antes de dirigirse hacia Peter.

—Hoy es tu último día en mi casa, amigo. Espero que te lo hayas pasado bien. —Dijo Jacob sarcásticamente, lo último.

—Me lo he pasado mejor que nunca, amigo. Volveré lo más pronto posible.

—No tengas prisa. —Le respondió Jacob en broma. —¿Vas a volver a Escocia? —Le preguntó, mientras se tomaba un vaso de jugo de naranja.

—Sí, pero primero debo pasar por la oficina y resolver algunos asuntos en la ciudad. Le compraré algún presente a mi madre.

—Qué detallista eres siempre, Peter... —Le dijo Rebeca que en ese momento peleaba con un flan de huevo.

—Con que es detallista, ¿eh? —Le preguntó Jacob divertido y añadió. —Yo siempre te traigo algún regalo cuando salgo de viaje, mama.

—Y te lo agradezco mucho, hijo. Pero, Peter le obsequia unos auténticos tesoros a su madre.

—Es porque siempre vuelve sin esposa a casa, así que le compra cosas hermosas, para amortiguar el enfado de la señora Craig. —Le explicó Jacob riendo a carcajadas y Peter le fulminó con la mirada. —Bueno... Con permiso señora Brown. —Dijo el rubio, levantándose.

—Vendré contigo. Debo ir a las oficinas, al parecer tengo que firmar unos papeles. —Le dijo Jacob, levantándose también. Le dio un beso a su madre, en la mejilla y se puso la chaqueta, mientras Peter le esperaba. Una vez a fuera, su amigo arqueó la ceja. —Unos papeles. ¿Enserio?

—Necesito ver lo que hacen en el centro comercial. He puesto un localizador y todo, a las dos, por si a Abigail se le olvidaba su teléfono, y como sé que siempre está con su amiga... ¡Soy muy inteligente, pienso en todo! —Dijo él, como si estuviera investigando a alguna mafia organizada. Peter

sonrió burlón, se veía con claridad que lo que su amigo quería, era ver a su esposa.

—¿Tú realmente vas por trabajo?

—¡Qué va! —Respondió el rubio, mientras Jacob ponía los ojos en blanco.

—¡Eres un bastardo! ¡Te tiraste a la pelirroja! —Le espetó Jacob y Peter empezó a reír a carcajadas.

—Te has enterado, ¿eh?

—Se ha enterado todo Port Elliot, capullo.

—¿Y qué? ¡Tú te tiraste a la rubia!

—¡La rubia es mi mujer! —Respondió Jacob sin pensar.

—¡No me jodas! ¿Estás enamorado de ella? —Preguntó Peter, burlón.

—¡Claro que no! —Le respondió el moreno, enfadado. Me la tire, porque estaba caliente. Simplemente sexo.

—Te podías acostar con alguna de las gemelas. A ellas les habría encantado. No se despegaban de ti. Lo que pasa es que tu mujercita te vuelve loco. Tuvisteis algo, ¿verdad? No me lo has contado, pero me enteraré. Ayer, en la boda, todo el mundo notó que alguna vez os amastéis.

—¡Cállate! —Le ordenó Jacob que empezaba a hartarse de su amigo. — No la amo, nunca la he amado y jamás la amaré. Solo quiero jugar un poco con ella, divertirme. —Le dijo Jacob, con una sonrisa maliciosa.

—Me da que estás jugando con fuego y al final te quemarás. No sé, qué se te pasa por esa mente tuya, pero no es nada bueno. —Le respondió Peter con el semblante serio.

Su amigo parecía no pensar racionalmente y era normal ya que habían pasado tantos cambios en su vida, en tan poco tiempo, que Peter se preguntaba cómo seguía cuerdo. Sí a él le obligarán casarse sí o sí, se tirarían de un noveno piso. Era cierto que su madre insistía, pero, no se encontraba en una situación tan desalentadora.

—Abigail estaba ensimismada en sus pensamientos. Jacob había

organizado toda la boda, había comprado toda la comida, decoración, incluido su vestido, con su propio dinero y luego la hacía el amor con tanta pasión que la dejaba sin aliento. La miraba como si fuera única y lo más importante, para luego mostrarse frío y distante. “¿A caso era bipolar?” Por otro lado, estaba la nota que había encontrado en el armario. Debía ir a las caballerizas, cuanto antes.

Paige se estaba probando un vestido coral que le quedaba de ensueño. Se miraba en el espejo de la tienda, también ensimismada. Aquello no iba bien. El amigo gilipollas de Jacob, ya había roto el corazón de su amiga y no avanzaban nada en la investigación. Tenían que centrarse, las dos. Se encaminó hacia su amiga y le tocó el hombro. Paige la miró sorprendida.

—Paige, debemos ir a las caballerizas hoy.

—¿Por lo de la nota? —Le preguntó la pelirroja, frunciendo sus finas cejas.

—Exacto. Nos estamos apartando de nuestro objetivo principal. Port Elliot esconde un asesino que debe ser descubierto ya. Mis padres murieron por culpa de ese despreciable y debe pagar. —Le respondió Abigail y Paige asintió seria. Su mirada demostraba que ayudaría a su amiga en lo que fuera y empleando sus últimas fuerzas, si hacía falta.

De repente a lo lejos, Abigail pudo distinguir el perfil de dos personas que conocía muy bien. —¡Maldita sea! —Masculló entre dientes y Paige la miró interrogante.

—Estos dos gilipollas se están dirigiendo hacia nosotras. —Le explicó Abigail, entre dientes y con la voz bajita. Paige dirigió su mirada hacia la dirección que le mostraba su amiga. Al ver allí a Peter y a Jacob, se quedó sin aliento.

—¿No nos pueden dejar en paz ni cinco minutos? —Se quejó la pelirroja. No deseaba ver a aquel engreído, pijo de mierda, ni en pintura.

—Mira tú, quiénes están por aquí... —Dijo Jacob, acercándose con su amigo, que estaba más serio de lo que en la vida lo había estado.

—¿Nos estáis persiguiendo? —Le preguntó Abigail a la defensiva, entrecerrando sus ojos.

—No te creas tan importante, esposa. —Le respondió él sarcásticamente y ella sintió el latir de su propio corazón, enloquecido.

—Peter debe buscar un regalo para su madre, porque se va hoy. — Añadió él, mirando con descaro a Abigail que inmediatamente se sonrojó y apartó la vista, mirando hacia Paige. Notó la desolación de su amiga en sus ojos violeta. Estaba devastada por la partida de aquel crétino. Ya no tenía ninguna duda. Su amiga estaba enamorada hasta las orejas del rubio.

Sintió un nudo en la garganta porque empezaba a pensar que ella nunca había dejado de amar a Jacob. Un hecho que le ponía la piel de gallina. Necesitaba estar alejada kilómetros de él porque los sentimientos que había desterrado, comenzaban a escapar del cofre en el que les había encerrado.

—Muy bien, que lo paséis bien. Nosotras debemos irno... —Empezó a decir Abigail, pero de repente se quedó clavada en su sitio. Como si sus pies no reaccionarían.

—¿Estás bien, Abigail? —La preguntó Paige, preocupada.

—Oh, sí... Claro. ¡Vámonos! —Le contestó Abigail, y como un resorte empezó a caminar con rapidez, tirando del brazo de su amiga con fuerza, llevándola consigo lo más rápido que podía.

—¿Pero, te has vuelto loca? —Le gritó Paige, soltándose de su agarre con brusquedad.

—Nos han vigilado o tenemos algún localizador. —Empezó a comprobar su cuerpo, pero no había nada. Paige la miraba como si le hubieran salido dos cabezas. Abigail bufó exasperada. Tal vez se estaba imaginando cosas. Paige chequeó su iPhone seis y quedó impactada. Su rostro parecía tallado en piedra. Abigail cogió el artefacto de sus manos y miró. Efectivamente, su amiga tenía instalado en su móvil, una aplicación localizador. Después comprobó su propio móvil, y tenía la misma maldita aplicación instalada.

—Pero, qué miserables... —Logró decir Paige, con los ojos brillando de

furia.

—Después les pediremos cuentas. Ahora toca ir a las caballerizas. Pero, primero desinstala la maldita aplicación. —Le sugirió Abigail.

—¿Crees que sospechan de algo? —Le preguntó Paige, nerviosa.

—No lo sé... —Le contestó Abigail, con la mirada perdida

—Léeme lo que ponía en la nota, otra vez. —Le pidió Paige. La rubia sacó de su bolso la nota, que cuidadosamente desdobló y leyó:

— *“Los fantasmas me dicen que no soy la única que sabe la verdad. Hay alguien que lo vio todo y lo contó a la persona que nadie pudiera imaginar. Es dulce, tímida y de buen corazón. Algunas tardes les susurra a los caballos toda la historia, pobre ingenúa, piensa que las paredes no tienen oídos”*

—Pone “por las tardes”. ¿Qué hora es ahora? —Preguntó Paige, pensativa.

—Son las dos y media. Pero, según mi entendido, la única persona que algunas veces va a ver a los caballos a esa hora, es Sissi. ¿Qué podría saber Sissi? —Se preguntó Abigail en voz alta, confundida.

—Vamos a comprobarlo. —Contestó la pelirroja, con decisión.

Entrar en las caballerizas, le produjo un sabor agridulce a Abigail. De niña, se pasaba horas cantando a los caballos y montando con Jacob, mientras su madre hacía su trabajo. Al acordarse de su progenitora, siempre tan dedicada y sencilla, no pudo evitar que sus ojos se llenasen de lágrimas. Paige la vio, pero no dijo ni una palabra. Últimamente a Abigail le pasaba constantemente eso. Miraba algún rincón y se acordaba de sus padres, empezando a llorar desconsoladamente. Las pesadillas por las noches habían aumentado hasta tal punto que Abigail no sabía qué hacer. Se tomaba unas cuatro tilas antes de poder conciliar el sueño, pero a mitad de la noche se despertaba otra vez.

Se adentraron a dentro del lugar. No había nadie, ya que después de comer todos descansaban una hora por lo menos. De repente Paige la preguntó.

—¿Oyes ese sonido? —Abigail se concentró y pudo apreciar una voz que parecía hablar, aunque a esa distancia solo se oían murmuraciones. Se apresuraron, guiándose por el sonido, con pasos sigilosos. Llegaron hasta aquella voz que provenía de Sissi Thomas que estaba de espaldas a ellas. Contando en voz bajita, lo que parecía un cuento siniestro a un pony, al parecer recién nacido.

—Dicen que hacía una mañana hermosa en el reino. Cada habitante estaba sumergido en sus quehaceres. La reina estaba muy feliz porque pronto celebrarían su aniversario con el rey. Charlaba animadamente en el precioso jardín lleno de claveles blancos, acompañada por su bella doncella. La monarca miraba con amor a su hijo y la doncella a su vez, a su hijita. Ambos niños se estaban divirtiendo, sumergidos en uno de los tantos juegos a los que solían jugar. Tanto la reina como la doncella, sabían que aquellos dos pequeños, se casarían algún día. Había mucho amor entre ellos dos, pero todavía eran muy jóvenes como para comprenderlo. La sonrisa de ambas mujeres se borró, cuando el grito de uno de los soldados les puso los pelos de punta. —¡Alteza hay fuego! —Gritaba el desgraciado. La reina se apresuró a correr para intentar proteger sus tierras, con todas sus fuerzas. Infortunadamente el rey no se encontraba en el dominio. Nadie se imaginó que aquel día, daría paso a unas desgracias continuas para el reino.

—Paige y Abigail habían abierto los ojos de par en par. Sissi le estaba contando al pequeño caballo sobre la muerte de la señora Clarissa, pero como si fuera un cuento.

—¿Quién te ha contado esa historia? —Preguntó Abigail y la niña se dio la vuelta, con una sonrisa en el rostro. No parecía para nada sorprendida de verlas allí.

—Mi primo. —Respondió con tranquilidad. Entonces Abigail se acordó de un detalle que le había pasado inadvertido. El lacayo que había venido gritando al jardín, anunciando sobre el incendio, era el sobrino de los Thomas. No se acordaba de su nombre porque el chico había estado muy poco tiempo

trabajando en Port Elliot. Según recordaba, limpiaba los establos.

—¿Pero no comprendo por qué te contó eso a ti? Tú eras muy pequeña en aquel tiempo y él se marchó poco después del accidente.

—Paul me contó la historia como si fuera un cuento y me hizo prometer que no lo compartiría con absolutamente nadie. Ahora entiendo que simplemente quiso desahogarse. Después se marchó a estudiar a España y no quiso volver, probablemente por miedo. En aquel tiempo, él también era muy joven y no creo que supiera cómo reaccionar. Yo en cambio, con el tiempo, descubrí que no se trataba de una simple fábula, sino de una historia real, me di cuenta que lo que sabía era demasiado peligroso para mí, pero necesitaba desahogarme hablando sobre ello.

—¿Así que contabas la historia a los caballos? —Preguntó Paige, levantado sus cejas.

—Sí, hasta que un día me oyó Margaret. Fue hace unos meses, y me dijo que cuando Abigail Warner regresará a Port Elliot, tendría que contarle ese cuento. Supe que eraís vosotras, por el perfume de cerezas de Paige.

—¿Por qué demonios no me lo dijiste cuando me viste en la pizzería? — La espetó Abigail y la niña respondió.

—Me dijo que tú vendrías a buscarme. Cuando viniste a la pizzería, me quedé sorprendida, porque las palabras de la loca se estaban cumpliendo. Ella insistía en que te tenías que casar con Jacob. Si yo te lo hubiera contado, tal vez no hubierais contraído matrimonio.

—¡Puf! ¡La Margaret sí que sabía cómo planear todo con precisión! — Habló Paige atónita por el ingenio que había tenido la mujer.

—Pero ese cuento no me ayuda en nada. ¿Qué tiene que ver lo de Clarissa con el asesinato del señor Jason y de Margaret? —Se preguntó reflexiva, sin darse cuenta de que había formulado la pregunta delante de Sissi que al oírla exclamó.

—¡Lo sabía! Mi madre, al igual que yo, siempre pensó que la muerte de Margaret era demasiado sospechosa. ¡Ahora todo cuadra! —Dijo la niña,

mientras en sus ojos se podía ver la emoción que sentiría un detective al descubrir un hecho importante.

—¿Puedes contárnoslo a nosotras también, por favor? A ver sí lo vemos tan claro como tú. —Le dijo Paige, con ironía, y la niña respondió efusivamente.

—¡El cuento sigue!

—¿Cómo? —Preguntaron Abigail y Paige, al unísono.

—No lo oísteis completo. Me interrumpisteis. Después sigue así:

La reina se fue corriendo para proteger a sus súbditos del fuego que amenazaba con hacer arder a todo el hermoso feudo. Pero no podía arriesgarse. Su hijo era muy pequeño, la necesitaba. Decidió buscar a algún plebeyo, y hacer llegar un mensaje al rey, que no se encontraba muy lejos del reino. Pero la sombra de una mujer llamó su atención. Se veía su silueta por donde el fuego atenazaba con acabar con la vida de cientos de caballos, que al reino alimentaban con sus capacidades. La reina, curiosa por naturaleza, se acercó para ver a aquella mujer, que oculta tras las sombras, como una cobarde aguardaba para derramar la sangre de la bella soberana.

Al acercarse hasta ella para preguntar qué hacía allí, la reina sintió cómo la empujaban las garras de unos enormes osos, hacía a dentro del cobertizo, donde el fuego era el que imperaba. Entre el humo pudo reconocer el rostro de ella. Había venido al reino pidiendo ayuda y la soberana se la había dado, convirtiéndola en la mejor jinete del entorno y sus alrededores. ¿Quién iba a saber que la joven mujer sería la serpiente que acabaría con su paraíso?

—La mejor jinete... ¡La asesina era una equitadora en Port Elliot! — Reflexionó Paige, mientras Sissi asentía con la cabeza, enérgicamente.

—Eso significa que esa persona continúa en la mansión y es la que ha matado a Margaret y al señor Jason. —Dijo Abigail, deslumbrada, porque todo aquello había empezado mucho antes de lo que ella creía, y era posible que sus padres sospecharan de algo y que por eso hubieran sido inculpados en

el robo del medallón.

—Sissi, de esto no debe saber absolutamente nadie. —Le dijo Abigail, preocupada por ella, ya que, al saber tanta información era un blanco para la asesina.

—Sí no he abierto la boca en todos estos años, no lo haré ahora. Pero necesito que me expliquéis lo que habéis averiguado. Así, sí me entero de algo más, podré atar cabos y ayudaros. Tenéis una aliada en mí. —Le respondió la joven.

—Sissi, cielo, no quiero ponerte en peligro. —Le contestó Abigail, acongojada.

—Ya sé demasiado de todos modos... —Le dijo Sissi.

—Un aliado en todo este embrollo, no nos vendrá mal. Además, es inteligente y sí ha podido cuidar el secreto que le dijo su primo, durante tanto tiempo, podrá guardar también este. —Habló Paige.

—¡Pero sí la ha pillado Margaret! —Resopló Abigail y Sissi la enfrentó.

—Haber... Esa mujer aparecía siempre dónde menos se espera uno. Además, ¿quién diablos se iba imaginar que una mujer trastornada iba a saber tantas cosas y a maquinarse todo esto? Nadie se imaginaba lo inteligente que era Margaret. El día que hablé con ella fue el primero de muchos. Ella sabía con certeza que su día final iba a llegar. No me lo decía directamente, pero... Se notaba.

—¿Te dio alguna pista de quién puede ser la asesina? —Preguntó Paige que ya se empezaba a sentir insegura, porque al parecer esa mujer no tenía ni un poquito de conciencia. Había matado a tres personas, sin que le pestañeara el ojo, y de una forma de lo más astuta. Paige estaba segura de que la asesina las mataría en la primera oportunidad. Tal vez, ya se imaginaba que estaban al tanto de algunas cosas, y maquinaba algún plan para aniquilarlas.

—No lo sabía con certeza, pero sí que sospechaba de alguien. —Respondió Sissi. Las dos amigas la miraron con interrogación y la niña les respondió con voz apenas audible.

—¡Sospechaba de la señora Brown! —Paige y Abigail se quedaron boqui—abiertas. —Eso es imposible... La señora Rebeca no ha estado en Port Elliot nunca antes de la muerte de Clarissa. Además, apareció en la vida de Jason mucho después de ese acontecimiento. De hecho, esa mujer odia pisar las caballerizas, tal vez a Margaret le caía mal y por eso le dejó como testamento, precisamente las caballerizas, y encima sin caballos.

—Creo que dejarla como herencia exactamente las caballerizas, es de por sí, un mensaje muy claro. Margaret le dejó los establos para recordarle su primer asesinato. El lugar donde todo comenzó. Sin embargo, en su habitación no hay nada que indique que haya sido una equitadora profesional...—Les dijo Paige y Abigail la miró atónita.

—¿Y qué hacías tú en la habitación de Rebeca?

—Entramos sin darnos cuenta con Peter... Luego salimos, por supuesto, pero me dio tiempo para apreciar muchos detalles del dormitorio, como que es fan incondicional de Louis Vuitton. —Se explicó Paige, con torpeza.

—No creo que sea ella. Las fechas no cuadran. Tendría que mirar los archivos de la oficina en dónde se pueden ver absolutamente todos los jinetes que se han apuntado en años previos, los que han ganado premios etc. Es la única manera de comprobarlo. —Reflexionó Abigail.

—Pero ¿cómo vas a entrar, allí solo entra el señor Jacob! —Le respondió Sissi.

—Buscaré la manera. Es importantísimo que llegue hasta esos registros. —Habló Abigail, con tenacidad.

Capítulo 12

Llevaba dos días sin ver a su “querida” mujer. Abigail se encerraba en la habitación con esa amiga suya y salía solo para hacer las comidas, en horas en las que él no se encontraba a dentro de la mansión. Su madre le había dicho la noche anterior, que intuía que la rubia y la pelirroja se traían algo entre manos, y Jacob le creía. Todo era muy extraño, pero estaba dispuesto a hacer lo imposible por descubrir los planes ocultos de su pequeña esposita. Ese día no había ido a trabajar a propósito. Podía permitírselo y deseaba espiar a Abigail.

Se encontraba en su habitación, que por desgracia no estaba lejos a la de su mujer. Jacob no podía parar de pensar en ella. Tenerla en sus brazos había sido como un sueño cumplido. Saborear de nuevo su sabor, oler de nuevo su olor... Todo había sido tan intenso que desde entonces no había ni una noche en la que conciliará el sueño. Por el día encontraba ocupaciones, pero cuando llegaba la oscuridad el deseo de ir a su habitación, era cada vez más persistente.

Desde que la había visto no paraban de agolpar en su mente recuerdos que había dejado bien escondidos en su memoria. Cuando rememoraba la primera noche en la que él la hizo mujer, su corazón palpitaba en su pecho con fuerza. En parte por la ira que recorría su ser, y en parte por el deseo que renacía de inmediato en él. Nunca había deseado a una mujer tanto como a Abigail y eso era lo que más le emputaba a Jacob. Le había marcado de por vida. No podía confiar en ninguna mujer. Ahora estaba casado con ella, tal y como había soñado cuando era un estúpido chico, adolescente. Pero nada era como él se había imaginado. En aquellos tiernos años, solía soñar con cómo ella le esperaba ante la puerta de la mansión, con una gran sonrisa de bienvenida. Cómo le besaba en los labios con amor y juntos entraban a su

hogar para cenar y hablar de cómo había ido al día. Imaginarse cosas tan sencillas con ella, le producía una felicidad inmensa. Cuando la hizo mujer por primera vez, se había sentido el chico más dichoso de toda la ciudad. Su único deseo era el de protegerla, quererla hasta su último suspiro. Cuando le abrieron los ojos y vio lo falsa que era, fue como si el mundo se derrumbase y entonces se prometió no volver a amar. La conocía desde hacía tantos años, pero ante él se mostraba otra cara de la muchacha que le había robado el corazón. Una hipócrita, mentirosa y materialista era lo que realmente era Abigail Warner, ahora Brown. Se le retorció el alma al acordarse que ahora llevaba el nombre de su familia. Lo más extraño era lo mucho que le encantaba ese hecho, algo que le asqueaba a más no poder.

Pegó un puñetazo a la pared mientras su vista se perdía en el paisaje que se podía apreciar a través de la ventana de su habitación. Fue entonces cuando la vio, saliendo sigilosamente y sola, de la mansión, caminando dirección a la parada de taxis. Salió como si el viento se lo llevaría, detrás de su mujer.

Abigail estaba ante las oficinas Brown. Se trataba de una edificación antigua, pero hacía poco tiempo restaurada. La conocía bien porque su padre la había llevado alguna vez de niña. Entró a dentro y se dirigió hasta la recepción donde una secretaria de mediana edad, bien maquillada y pulcramente vestida, apuntaba algo en su portátil, de lo más concentrada. — Abigail carraspeó y la mujer levantó la vista hacia ella.

—¿Puedo ayudarla en algo? —Preguntó la señora que al parecer se llamaba Gretchen, ya que eso mismo ponía en la plaquita que tenía incrustado en su pecho, por el lado derecho de su precioso traje de firma.

—Soy la esposa de Jacob Brown. Mi marido me ha pedido el favor de llevarle unos documentos que se ha olvidado en el despacho. —Respondió Abigail, intentando parecer lo más convincente que podía. La secretaria entrecerró los ojos, dubitativa, pero no podía decirle nada ya que al fin y al cabo era la esposa de su jefe, al fijarse la reconoció, la boda había salido fotografiada en el periódico local, pero sí su jefe realmente se hubiera

olvidado de algo, la habría llamado a ella para confirmar. La mujer no sabía muy bien cómo proceder.

—Muy bien señora Brown. Pero no tarde mucho, por favor. —Suplicó con la mirada. Demostrando que no quería meterse en problemas.

—Seré más rápida que la velocidad de la luz. —Respondió Abigail con una sonrisa y se encaminó hacia uno de los ascensores.

—Disculpe... —Se dio la vuelta, dirigiéndose otra vez hacia la secretaria, no sabía cómo explicar que no tenía ni idea de qué despacho era el de su supuesto esposo. —Es el despacho número cinco, pasillo derecho. Está abierto. —Respondió la secretaria divertida, leyendo sus pensamientos. Se notaba a leguas que su marido no la había mandado por ningún fichero, había venido para cotillear.

Entró a dentro. Era luminoso y olía a producto de limpieza de limón. Todo estaba pulcro y el escritorio de madera brillaba. Se notaba que se había limpiado hacía poco. Dentro del propio despacho, había una entrada en la que ponía con letras mayúsculas ARCHIVADOR. Abigail esperaba que estuviera abierto también. Sonrió al comprobar que sí. La limpiadora también había ordenado allí. Entró a dentro y se alegró porque todo estaba tan bien organizado, por fecha, abecedario y color. ¡Sería pan comido encontrar lo que buscaba! Miró detenidamente cada fecha, estaba marcado en letrita muy pequeña, pero se podía ver bien. Cuando llegó al año mil novecientos noventa y nueve casi se le salta el corazón del pecho. Abrió el cajón deslizante y empezó a buscar la letra "R", sin embargo, no la hallaba. Cuando al fin encontró el nombre de una tal Rebeca Smith, casi se le sale el corazón por la boca. Posiblemente era su apellido de soltera. Cogió el archivo con las manos temblorosas, debía darse más prisa porque en cualquier momento podía entrar la buena secretaria. Una de las grandes desventajas de la prisa es que lleva mucho tiempo. Pensaba Abigail cuando oyó un ruido que provenía de detrás de su espalda. Se quedó estática. Sabía que no era la asistente. Era Jacob, no entendía cómo, pero le percibía... Se le pusieron los pelos de punta al sentir

su aliento por detrás de la nuca.

—¿Qué es lo que busca por aquí mi bella esposa? —Preguntó con la voz ronca, susurrando en su oreja. Abigail sintió una corriente eléctrica recorrer todo su ser. Cómo podía su cuerpo reaccionar así ante él. Como si él fuera su dueño.

—Jacob... —Tartamudeó ella, pero su mente se quedó en blanco y las palabras simplemente no salían de su boca.

—¿Qué, pequeña? —Le preguntó su marido mientras la agarraba de los hombros y le daba la vuelta bruscamente, para que quedará frente a él.

—Yo... Simplemente buscaba una cosa y se me ocurrió que podría encontrarlo aquí y bueno... Sé que no te pedí permiso, pero... —Se explicaba Abigail atropelladamente mientras él le dedicaba una sonrisa de soslayo, que le robó el corazón.

—Me lo explicarás desde luego. Esto no va a quedar así, pero ahora mismo no puedo pensar en otra cosa que no sea en besarte y comerte entera. —Habló él, con la voz ronca y la mirada pérdida en la lujuria. Era lo que le causaba ella. Olvidaba sus objetivos, que quedaban en un plano secundario, con tal de tenerla entre sus brazos. Pero ya tendría tiempo de reprenderse, ahora solo deseaba perderse en su mirada ámbar que le miraba necesitada, hambrienta, sedienta de él. Solo verla rebuscando en esa caja, agachada, mostrando la perfecta forma de sus glúteos, que ese vaquero realzaba a la perfección, le había puesto a cien. Puede que fuera una mentirosa y manipuladora, pero era su mujer. Y sí él quería, la tendría. Pensaba Jacob enloquecido, deseoso de saborear a su esposa que cada día le confundía más. Un día parecía no saber nada del asunto de la herencia, con esa mirada acusadora que siempre le dedicaba haciéndole sentirse culpable, cuando no tenía por qué, otro día actuaba como una mujer interesada, fría y calculadora. ¿A caso quería enloquecerle?

Jacob la besó apasionadamente, empujándola contra la pared, mientras el archivo que sujetaba en sus manos se caía y las hojas se esparcían por el

suelo, desordenándose. Abigail no podía pararle. Era una locura, pero estando en sus brazos era como sentirse en casa, como si perteneciera a ese lugar. En ese momento sintió con todo su corazón que le amaba más que a nada. Que podían haber tenido algo hermoso, pero él había pisoteado todos sus sueños con frialdad. Le odió en ese instante tanto como le amaba y una lagrima cayó por su mejilla, sin poder evitarlo. No podía seguir negando que estaba enamorada de Jacob Brown. Siempre lo había estado, sino lo estuviera, por qué arriesgaría todo por descubrir a la asesina de Port Elliot, a pesar de toda la ofensa que había recibido por parte de él.

Jacob vio la lágrima que se deslizaba por su pómulo y la borró con su dedo pulgar, el gesto fue hecho con tanta ternura que Abigail sintió cómo se retorció su corazón. Él la amaba, sus acciones demostraban lo contrario, pero sus ojos en ese momento y la forma en la que le había hecho el amor...

—¿Jacob, me amaste alguna vez? —preguntó, con un hilo de voz que provocó que él se estremeciera. Se dio cuenta que por muy mentirosa que ella fuera, cada vez que él le provocaba lágrimas, su alma gritaba apenada. La había hecho llorar muchas veces, su alma ya estaba rota de dolor. Solo en su abrazo se sentía vivo, y aunque después la realidad vendría otra vez, ahora deseaba fundirse en ella, hacerle el amor como si el tiempo no hubiera pasado, como si todavía tuvieran quince y el mundo fuera de color rosa.

—No sé cuándo me enamoré de ti, pero, allí estaba el amor más imposible del mundo. —Le respondió él, con la voz quebrantada. Después sus manos viajaron hasta por debajo de su jersey, acariciando la suave y tersa piel de su abdomen. Abigail jadeó por el hormigueo que sintió por todo su cuerpo.

—Jacob... Quiero ser tuya... —Dijo entre susurros, con una voz que no parecía la suya. Jacob la miró apasionadamente antes de quitar su jersey y después su sujetador de satén, en color rosa chicle. Sus manos tomaron los pechos de ella masajeándolos y provocando los suaves gemidos de Abigail que a él le encantaba oír. Jacob rozó con su lengua sus pechos que se endurecían cada vez más, por sus hábiles movimientos. Comenzó a chupar sus

senos como si fuera un niño lactado por una madre, con un hambre voraz, mientras Abigail arqueaba la espalda, gritando de placer. Él bajó sus varoniles manos desabrochando sus vaqueros y se deleitó con la vista de sus tanguitas del mismo tono rosa que era su sujetador. Acarició el triángulo a través de la suave tela, arrancando gemidos de desesperación por parte de ella. Admiró su belleza, deseoso por unir su alma al de ella. —Estás empapada, pequeña... —Dijo con esa voz que la volvía loca a ella. Abigail ya ni siquiera sabía en qué mundo se encontraba y cuándo el aliento de Jacob llegó hasta ese punto tan sensible, ella sintió cómo se le contraía la tripa, tensándose, ansiando sentir la felicidad hecha flujos. Una felicidad que él no tardó en probar con su lengua, rompiendo la seda de sus tangas. Jacob chupaba su parte más sensible con avidez y Abigail se excitaba de nuevo, mareada por el placer.

—Por favor, quiero sentirte... —Le suplicó desesperada y él se levantó sonriendo como si hubiera tenido una victoria, y es que tenerla así, tan entregada y deliciosa era un auténtico triunfo. Sin defraudarla entró dentro de su ser, de un solo empujón, llevando a ambos a un mundo lleno de placeres inolvidables. Salió de su interior y entró otra vez de forma brusca y dura que a Abigail le volvió loca. Cada vez el ritmo fue aumentando, hasta que los dos gritaron liberándose a la misma vez de aquella dulce tortura.

Respiraban agitadamente mientras ella se sentía decepcionada de sí misma y temerosa de ser rechazada otra vez, de mirar su rostro y ver esa mirada dura que no expresaba nada, pero fue sorprendida cuando él la abrazó y le dijo al oído.

—Vamos a la pizzería O'Neill. Necesito que me expliques, qué buscabas en mi oficina y quiero que seas sincera.

—No estás preparado para saberlo, todavía. —Respondió ella con tristeza, bajando la mirada, pero él levantó su barbilla y susurró.

—De acuerdo, pequeña. Me lo contarás cuando creas que debes, pero iremos a comer algo e intentaremos hablar como personas civilizadas. Quiero

que me cuentes lo que has hecho durante todos estos años. —Dijo Jacob dejándola sin aliento. Él la miró de una manera que ella no pudo descifrar.

—Bien, vamos a O’Neill. —Respondió Abigail, casi sin voz. Los dos se levantaron y se vistieron. Salieron del despacho y por poco se mueren de vergüenza al ver la cara sonrojada de la asistenta. La pobre mujer había oído demasiado.

Jacob arrancó su cuatro por cuatro y condujeron en un cómodo silencio hasta uno de los lugares en el que más risas habían compartido y en el que más felices se habían sentido.

En la pizzería no había mucha gente. La pareja decidió sentarse en la misma mesa, cerca de la ventana con vista al cine, donde se habían sentado por última vez, hacía ya más de trece años.

Una chica de la edad de Sissi, atendía a las mesas, cuando les vio se acercó con una sonrisa, mostrando los aparatos de dientes que llevaba y preguntó.

—Buenas ¿Qué vais a desear? —Abigail y Jacob le dedicaron una sonrisa antes de que él dijera.

—Una pizza grande que lleve de todo. —Abigail no pudo evitar mirarle a los ojos emocionada. Eso era lo que siempre pedían cuando venían de adolescentes.

—¿Qué es lo que pretendes, Jacob? —Le preguntó con un hilo de voz.

—Lo mismo te pregunto yo, Abigail. ¿Qué buscabas en mi despacho?

—Ya te dije que no puedo hablar sobre ello. —Le respondió, nerviosa. Jacob la miró detenidamente y se dio cuenta de que se sentía muy angustiada, así que decidió que, por el momento, iba a dejar el tema.

—Muy bien, cálmate, no te voy a presionar hablar sobre eso. Cambiemos de conversación... Cuéntame qué hicisteis después de iros de Port Elliot. — Abigail se quedó sin aliento. No sabía si sería capaz de hablar sobre un tema tan espinoso. Se quedó callada mucho rato y Jacob arqueó la ceja, alentándola a hablar. Abigail pensó en lo que la aconsejaría Laura. Probablemente, le diría

que hablar justo con la persona a la que llevaba tantos años maldiciendo, sobre un asunto que le había creado un trauma tan profundo, sería como intentar hacer las paces con el pasado. Se removió incómoda sobre la silla y decidió ser valiente. Casi obligando a su voz sonar, con el tono bajito, contestó.

—La noche que nos marchamos de Port Elliot, llovía a cantaros y me acuerdo que había muchos truenos porque yo estaba abrazada a mi madre, ya que me daban mucho miedo. ¿Te acuerdas cómo te llamaba en aquellas noches en las que había relámpagos por el walkie talkie, para sentirme más protegida?

Preguntó con una sonrisa que más que eso, parecía una mueca. Jacob no le respondió. Su mirada estaba fija en ella, parecía estar congelado. Su rostro se había desfigurado, adoptando una expresión de terror por lo que Abigail le iba a contar a continuación.

—Papa estaba de lo más disgustado y ni siquiera se dio cuenta de cuándo tomaba una curva con más velocidad de la que debía. Tuvimos un accidente debido al estado en el que se encontraban las carreteras, el coche volcó unas cuatro o cinco veces. Por un momento todo se puso negro y cuando abrí los ojos y vi a mi madre y a mi padre inconscientes a mi lado, se me vino el mundo abajo. Gritaba llamándoles, pero ninguno respondía. Después sentí el humo llenando mis pulmones, pero pronto las sirenas de la policía y ambulancia sonaron, yo me puse contenta gritando a mis padres que ya estábamos salvados. Me sacaron a mí primero y después a papa y a mama. Allí fue cuando oí a dos enfermeros, que comprobaban el estado de mis padres en ese momento, decir, que no tenían pulso. Esa noche me enteré que había sido la única que había sobrevivido.

Después estuve unos meses en un colegio para huérfanos y luego tuve varias familias adoptivas, hasta que cumplí los dieciocho y conocí a Paige y a sus padres. Ellos me ayudaron a acabar mis estudios y a seguir adelante. — Resumió el resto de su vida, después de la muerte de sus padres. Porque no

deseaba que nadie supiera sobre lo que había vivido con sus familias adoptivas.

—Jacob se había quedado pálido como la cera. Saber eso sobre su esposa, había cambiado todo. Ella lloraba mientras le contaba su historia. Un suceso trágico que había sido culpa de él y su familia. Se levantó y se sentó a su lado, abrazándola como cuando hacía de pequeño. Abigail se acurrucó en su pecho y lloró apesadumbrada.

—Abigail, mi pequeña... Lo siento tanto. —Decía él y a Abigail le pareció advertir que también lloraba, debido a su voz quebrada, una voz que mostraba la culpabilidad, el dolor y la angustia que reinaban en el interior de Jacob.

—Oh dios mío... Sí lo hubiéramos sabido. —Susurraba Jacob, consternado, desgraciado, abatido y muy decepcionado de sí mismo y de su familia. —“¿Qué importaba si ella le hubiera utilizado y le hubiera querido robar? Él la amaba, siempre lo había hecho. Saber que su pequeña había sufrido gracias a él, le hacía sentirse la persona más ruin que había en el mundo. En ese momento toda la rabia y sentimientos vengativos se disiparon como las cenizas que se lleva el viento. Estaba seguro de que ella le odiaba y no era para menos. Él mismo se odiaba. En ese instante, abrazando a la mujer que siempre había amado, que siempre había soñado cuidar, respetar y hacer feliz, Jacob Brown tomó una decisión. El pasado pisaría y de todo se olvidaría, pero no permitiría que ella sufriera nunca más. No podía negarlo, Abigail era el amor de su vida y estaba preparado para mendigar su perdón, como un moribundo en el desierto pidiendo agua.

No pudieron comer sus pizzas, así que Jacob pidió que se las pusieran para llevar. Sin apartarse ni un segundo de Abigail, abrazándola, la llevó hasta su coche y los dos se sumergieron en la silenciosa tarde.

Cuando llegaron a la mansión, Jacob abrió la puerta del coche y sacó con cuidado a una Abigail dormida, profundamente. Su marido la levantó en brazos y entró con ella a dentro de la mansión, dejando estupefactos a todos

los empleados y a su madrastra, que parecía haber visto un fantasma.

La tumbó en su cama y se permitió admirarla como no lo había hecho desde su vuelta. La desnudó y se quedó embelesado. Era tan hermosa, dormía de una manera tan dulce y tranquila, como si desde años no lo hubiera hecho. Se acostó junto a ella, abrazándola por la cintura, se sintió completo. Jacob no sabía que pudiera existir tanta felicidad. Desde que había dejado ir el rencor de su corazón, se sentía libre.

Abigail se despertó extrañada por sentir unos brazos fuertes, abrazándola como si temieran que se escapará. Aquella habitación estaba impregnada por el olor de su marido. Se sentía tan a gusto entre sus brazos que temía moverse y que todo fuera un simple sueño. Por primera vez desde hacía trece años, se sentía descansada. Había dormido tan a gusto, comprendiendo por fin el significado de: “Que duermas con los angelitos”. Cerró los ojos, disfrutando. Si aquello era un sueño, deseaba que durase un poco más, al menos.

—Buenos días bella durmiente. —Oyó la voz ronca de su marido y decidió darse la vuelta, quedando de frente hacía su bello rostro. Jacob estaba despeinado y sin camisa. Tan sexy que Abigail sintió su cuerpo calentarse. Se dio cuenta de que ambos estaban completamente desnudos, podía sentir su duro y erecto falo en el abdomen. Abigail tragó saliva y se sonrojó. Él le dedicó una sonrisa de soslayo.

—¿Deseas acción? —La preguntó de una manera tan sensual que ella notó enseguida cómo se humedecía el interior de sus muslos.

—Jacob, por favor, no hables así... —Dijo ella en un susurro y jadeó cuando sintió su mano acariciando su triángulo de venus de arriba, abajo.

—Mmm, qué húmeda estás... ¿Desea mi reina que la folle duro? —Preguntó él mientras empezaba a explorarla con un dedo. Abigail se arqueó hacía atrás, gimiendo su nombre.

—Dime, preciosa. ¿Quieres sentirme? —La preguntó él y ella gritó de placer.

—Jacob por favor, te quiero dentro. Él se puso entre sus piernas y la

acarició con su miembro suavemente hasta que los gemidos de Abigail se convirtieron en sollozos de necesidad. Repentinamente entró dentro de ella, quitándole la respiración. Se movió en su interior con una lentitud premeditada, para volverla loca.

—¡Más rápido! —Ordenó ella, con la voz ronca y autoritaria, arrancando una sonrisa de él.

—Lo que ordene mi reina. —Respondió él y aceleró el ritmo, montándola desenfrenadamente hasta que los dos estallaron como dos botellas de champán.

Sus cuerpos bañados por el sudor, descansaban, abrazándose. Abigail se sentía más feliz que una perdiz.

—¿Qué es lo que tenemos? —Le preguntó de repente, confundida por tantas emociones.

—Eres mi mujer y yo tu esposo. —Respondió él, decepcionándola. Pero, después añadió. —Y no nos vamos a divorciar. —Su mujer le miró como si le hubieran salido dos cabezas de unicornio.

—¿Qué es lo que te has fumado?

—Sé que es difícil de creer, pero lo que tuvimos alguna vez fue muy bueno y yo lo destrocé. Por mi culpa, nuestras familias se pelearon y te alejé de mi vida. Tú solamente tenías quince años, eras más inmadura y tal vez no me amaste como yo a ti, pero sí me deseabas, al igual que ahora, y no lo puedes negar, preciosa. Incluso cuando deseamos estrangularnos uno al otro, la química que tenemos es tan poderosa que nos encendemos como la dinamita. ¿Has tenido esto con alguien más? Y no me mientas cielo, porque a pesar de que te derrites en mis brazos y me vuelvas loco en la cama, puedo apreciar que no eres muy experimentada. De hecho, eres tan estrecha que pareces casi virgen.

—Abigail se sonrojó hasta la raíz del pelo sin saber cómo responder. Era cierto, solamente le conocía a él, en ese aspecto.

—Sé que tal vez nunca me perdones, pero lo que tenemos estando juntos

es tan único que ahora, siendo maduro y reflexionando como alguien adulto y no como un adolescente de quince años con el corazón roto, no pienso permitir que te alejes de mi otra vez.

—¿Qué pasará cuando te aburras de mí? ¿Te iras a buscar a otra rubia, tal vez una morena o tal vez a un par de gemelas? —Le preguntó ella, hirviendo de furia al recordar cuando le había visto coquetear, descaradamente, con aquellas dos pares de golfas. Jacob empezó a reír a carcajadas y ella le fulminó con la mirada. —¿De qué te ríes cara pizza? —Le preguntó, dirigiéndose hacia él con el mote que le había puesto cuando eran adolescentes y ella deseaba molestarle por sus granos, aunque ahora no venía a cuento. Su hombre tenía el rostro impecable, perfecto. Jacob comenzó a reírse aún más, enfureciéndola.

—Coquettee con ellas para celarte, pequeña. Y al parecer, lo hice de fábula.

—¿Yo celosa? —Preguntó ella, con voz chillona y demasiada exageración.

—Sí, sí... Tú mi querida mujercita. —Abigail bufó y le respondió.

—¡Madre del amor hermoso! ¡Hablar contigo es como mear contra el viento!

—Jacob empezó a reír descontroladamente y ella le pegó en el brazo, echando fuego por la mirada.

—Vamos, no te enfades, pequeña. —Dijo él, con la voz aterciopelada, besando con ternura sus labios. Abigail sintió que su corazón se encogía con toda aquella amabilidad y dulzura que él desprendía hacía su persona. Era el Jacob de antes, *su Jacob*. Sin poderlo evitar empezaron a brotar por sus ojos las lágrimas. Le había echado de menos.

—Eh, pequeña... ¿Por qué lloras? —Le preguntó, acariciando su mejilla con suavidad. Abigail deseaba decirle que era porque todos estos años se había sentido pérdida y que por primera vez se encontraba completamente feliz, pero en vez de eso, respondió. —Yo no lo hice. —Jacob se tensó y contestó.

—Quiero que dejemos el pasado atrás. Siento que tanto tú como yo lo hemos vivido contantemente, olvidándonos del presente y perdiéndonoslo.

—Abigail sabía que él tenía razón y mucha. Laura le había dicho eso incontables veces, pero que él no la hubiera creído y que siguiera sin hacerlo, era como una espina que se había clavado en su corazón. Sin embargo, se daba cuenta que debía dar el gran paso de olvidar el rencor, vivir sin el resentimiento y coraje que llevaba tantos años, atenazando su corazón.

—También quiero olvidar el pasado, Jacob. Llevo trece años viviendo en una jaula de cristal, viendo pasar a la gente y a la vida a mi alrededor, pero sin atreverme a romper la vitrina.

—Juntos romperemos ese cristal, pequeña. —Respondió él, abrazándola y demostrando que realmente pensaba intentar caminar con ella por el sendero de la vida, ayudarla a hacer frente a sus pesadillas.

Estuvieron abrazados durante mucho tiempo, incapaces de separarse, temiendo que todo se desmorone otra vez, hasta que las tripas de Abigail rugieron y él empezó a reír.

—¿Bajamos a desayunar? —Preguntó divertido y ella respondió.

—Por supuesto, me quiero comer todo lo que haya en la nevera. La nevera incluida.

—Jacob se tronchó de risa por su respuesta, mientras ella se ponía una bata de invierno por encima.

Rebeca se encontraba en el comedor, desayunando. No parecía muy contenta.

No tragaba a Abigail y eso se podía apreciar en cada gesto de su rostro.

—Buenos días. —Saludó Jacob, deseando que aquel ambiente tenso se disipará.

—Buenos días, hijo. —Respondió Rebeca de mala manera. Al cabo de un rato la señora Thomas sirvió el desayuno. Deliciosos pancakes con frutas. La morena casi no probó bocado, mientras que Abigail, se acabó todo lo que había en su plato y sonrojada pidió más a la cocinera. Rebeca la taladró con la

mirada y habló.

—Encima que has cogido lo que por derecho le pertenece a mi hijo y le has obligado a casarse contigo, vives aquí como una reina. Tienes mucha cara y no sé cómo te atreves a presentarte en mi comedor y sentarte en la misma mesa que yo, cuando has seducido a mi hijo como la golfa que eres.

—Abigail sintió su corazón golpear como loco. Le costaba contenerse de no saltar y arrancar cada pelo de aquel moño, tan perfectamente peinado. Si antes tenía montón de dudas sobre la implicación de su “suegra”, en todo el asunto, ahora estaba segura de que esa mujer podía ser la asesina a pesar de que las fechas no coincidían, pues ella se supone siquiera se encontraba en Port Elliot cuando había ocurrido el incendio.

La recordaba vagamente de cuando era una adolescente y es que la mujer no llamaba mucho la atención, siempre era muy refinada, educada y amable. Lo que ahora veía en su mirada era muy distinto a lo que siempre había aparentado ser. Dirigió la vista hacia Jacob, se le veía tenso y sin embargo ni siquiera hizo el ademán de defenderla de alguna manera. Un hecho que a ella le desgarró el alma de dolor, pero, no pensaba demostrarlo en aquella mesa, ante él y esa arpía que tenía por madrastra. Recordó una frase que su madre, solía decir: —“Un jesuita y una suegra saben más que una culebra”.

—Disculpe señora, pero no creo que Abigail le haya obligado a acostarse con ella, agarrándole del cuello. —Habló la señora Thomas, cuya presencia en la antigua y hermosa estancia, se había olvidado por completo.

—Te sugiero que te calles si no quieres perder tu trabajo. —Le respondió Rebeca, con frialdad y la señora la fulminó con la mirada, antes de marcharse a la cocina.

—Madre, no puedes hablarle así a la señora Thomas. Ha estado trabajando aquí desde más de veinte años. —Habló Jacob, por primera vez desde que había comenzado la discusión. Parecía muy molesto y su severa expresión imponía.

Abigail le miró sin poder ocultar el daño que le había hecho su

comportamiento. Él apartó la mirada de la suya, totalmente tenso. No podía creerse que Jacob hubiera defendido con tanta vehemencia a la buena cocinera, mientras que, a ella, que era su esposa, había permitido que la insultara la zorra de Rebeca. Debía agradecer después a la señora Thomas por haberla defendido, sino hubiera sido por ella, se habría sentido de lo más sola, como un pequeño ciervo atrapado en una manada de lobos.

—¿No has visto cómo me ha hablado, hijo? Me da igual cuánto tiempo lleva aquí, precisamente por estar tantos años a nuestro servicio, cobrando muy bien por su trabajo, debería no meterse en los asuntos de los demás y mostrarse respetuosa.

—Ella no es una simple empleada, es parte de la familia. —Le respondió Jacob, enojado, sin dar su brazo a torcer.

—Lo es hijo, pero debes comprender que mis nervios se están crispando viendo a esta fresca disfrutando de nuestra casa, de nuestras tierras, y de forma tan descarada. ¿Cómo pudiste acostarte con ella? Me has decepcionado. —Le dijo Rebeca con una mueca de tristeza que a Abigail le pareció de lo más falsa.

—Como dijo la señora Thomas, yo no agarré a Jacob del pescuezo para obligarle a que compartiera mi cama. Además, creo que él es lo suficientemente grandecito como para decidir con quién mantener una relación sin consultar a su madrastra. —Contestó Abigail, recalcando la palabra “madrastra”. Rebeca la miró con desdén, mientras ella continuó hablando.

—Y si vuelves a insultarme como lo acabas de hacer, te aseguro que vas a recibir el mismo trato por mi parte. Yo no tengo la culpa de que Margaret haya decidido dejar su parte de la fortuna Brown, precisamente a mí. He accedido a este trato, quedándome únicamente con cincuenta mil dólares, cuando todos sabemos muy bien, que yo podría sacar mucho más. Así que, deja de joderme o te aseguro que te joderé yo, y no te va a gustar. —Acabó de hablar la rubia y Rebeca jadeó de indignación. Jacob la miró con fiereza, antes de decir.

—¡No le hables así a mi madre! —Ella se levantó de la silla con salvajismo, haciendo que el vaso con zumo de naranja, que tenía delante de sí, se estrellara contra el suelo, rompiéndose en cientos de trozos de cristal.

—¿Pretendes que me quede de brazos cruzados mientras ella me llama una cualquiera, ante mis ojos? No voy a permitir que nadie me pisotee. —Gritó Abigail, desquiciada, saliendo del comedor y cerrando con fuerza la puerta, tras de sí. Jacob se levantó también para correr tras ella, pero fue interrumpido por su madrastra.

—¡Jacob para! Hay muchas cosas que no tienes ni idea sobre esta chica. No te creas que ha vuelto a Port Elliot por casualidad.

—¡Ella no tenía ni idea del testamento, madre! La he investigado y sé que tiene realmente una agencia inmobiliaria y su socia es su amiga, Paige. También sé que su negocio está en quiebra, por tanto, es normal que quiera servirse de toda esta situación en la que mi tía, que en paz descansa, nos ha metido. —Jacob hablaba tan agitado, con tanta furia, que casi no había respirado durante su explicación. Rebeca le miró con tristeza y preguntó en un susurro.

—¡Por dios! Te has enamorado de ella, ¿cierto? —Jacob apartó la vista, sofocado.

—¡Nunca he dejado de quererla!

—Pero, ella ha venido aquí solo para vengarse. ¿Sabías que sus padres murieron la misma noche en la que les echamos de la mansión? Esa muchacha solo traerá desgracias. —Le gritó la mujer, desquiciada.

—Yo haré que ella vuelva a amarme.

—¡Por dios, hijo! ¡Recapacita! Ella nunca te amó... —Dijo Rebeca, con una mirada que mostraba lo mucho que la apenaba su hijo.

—¡Deja de hablar! Me amó alguna vez, lo sé, y volverá a hacerlo. —Le respondió Jacob lleno de furia y salió de allí como un alma que se lo lleva el demonio.

Capítulo 13

Rebeca se estaba tomando el té en su pequeña salita que su difunto marido había hecho para ella, como regalo de aniversario. Bebía pequeños sorbitos y contemplaba por la ventana, escondida en la seguridad que le proporcionaba la cortina de tela de arpillera.

Jacob y la maldita de Abigail se llevaban cada día mejor. —“¿Quién habría pensado que, en tan solo dos meses, el amor que aquellos dos se profesaron una vez, resurgiría como el ave fénix?” —Reflexionaba, entrecerrando los ojos con odio al verles reírse en el jardín, junto a la amiga pelirroja de Abigail. —Una pena que la felicidad no os dure mucho” —Habló para sí, sonriendo de soslayo. Definitivamente el amor atontaba y era para los idiotas. Les tenía justo donde quería. Actuaban y reaccionaban de la manera que ella esperaba. El juego había comenzado y Rebeca Brown, siempre ganaba, sencillamente no sabía perder, aquella palabra no existía en su diccionario.

Miró la hora en su reloj de pulsera Rolex. Debía dar el siguiente paso, así que, salió de la estancia de forma apresurada. Sus tacones retumbaban por el suelo de madera nogal, anunciando la llegada de la discordia en todo Port Elliot.

—Nunca te he visto tan feliz. —Le dijo Paige a su mejor amiga. La sonrisa de Abigail no se borraba de su rostro, que resplandecía de júbilo. Las dos amigas se habían quedado solas, ya que Jacob había ido a echar un vistazo a un nuevo caballo que deseaba adquirir.

—Es extraño, pero me siento de vuelta en casa, como si hubiera estado años y años deambulando por el mundo y por fin he regresado. Me siento tan completa... —Se explicó Abigail y Paige la miró con ternura.

—Estás muy enamorada de Jacob, ¿verdad? —Preguntó cortando la

respiración de Abigail.

—Sé que ese tema es espinoso para ti, pero es bueno hablar de tus sentimientos, cielo. ¿Has hablado con Laura sobre él?

—Por supuesto. Ella me dice que me guie por mi corazón. Veras, me siento muy bien cuando estoy con él, pero... —Abigail hizo una pausa, porque no sabía cómo abordar el tema.

—Te sientes culpable por sentir amor hacía Jacob, ya que en el fondo crees que estas traicionando a la memoria de tus padres y a su vez traicionándote a ti misma. Eres demasiado orgullosa como para admitir ante el mundo y ante tu persona que estás enamorada del hombre que más te hizo sufrir. —Le dijo Paige y el color del rostro de Abigail se fue.

—Vaya... ¡Eres mejor que Laura, incluso! —Susurró, impactada. Su amiga le dedicó una sonrisa y respondió.

—Soy mejor en todos los aspectos que la come—cocos. —Abigail rio con ganas. Su amiga no soportaba a la psicóloga, aunque sí estaba de acuerdo con ella, la mayoría de veces.

—Dejemos ese tema de lado, ya pensaré sobre lo que haré con Jacob, después. Ahora necesito saber, si averiguaste algo cuando hablaste con el servicio. —Paige negó con la cabeza. Llevaba días intentando sonsacar algo a los empleados de la mansión, pero no había logrado averiguar nada.

—Lo único que hay son especulaciones. —Le contestó la pelirroja.

—¿Qué especulaciones? —Preguntó Abigail, frunciendo la nariz.

—Dicen que alguien inculpó a tu familia porque deseaban separar a la pareja de oro de Port Elliot. Es decir, a ti y a Jacob. —La respuesta, sí que sorprendió a Abigail.

—¡Pero, por qué! —Exclamó, sin comprender nada.

—No tengo ni idea... ¿Y tú, lograste encontrar el archivo y ver el contenido?

Preguntó Paige, tomando un sorbito de su taza de café y mirando a su alrededor, temerosa de que alguien las pudiera oír.

—Pues te vas a quedar flipando en mil colores con lo que te voy a contar... —Le respondió Abigail, quedándose callada.

—¿Qué paso? —Preguntó Paige, casi gritando. La intriga empezaba a carcomerla con rapidez. —Abigail se rio y contestó.

—La pausa era para dar más dramatismo al asunto. Veras, el otro día, cuando le dije a Jacob que necesitaba ir al centro comercial, fui otra vez a sus oficinas. La secretaria ya me conocía y me dijo divertida. —*Al parecer al señor Jacob se le olvidan muchas cosas en la oficina. La señora Rebeca también vino hace dos días por la misma razón.*

Yo simplemente la sonreí, aparentando normalidad. Cuando entré, por supuesto fui directa donde el archivo. Abrí la carpeta de Rebeca Smith y, ¿adivina qué encontré? Tan solo había una hoja en blanco, en la que con letras mayúsculas escribía: “¡TE TENGO JUSTO DONDE QUIERO!

Paige se había quedado sin aliento, literalmente. —Cada vez estoy más segura que esta mujer es la asesina y que es muy peligrosa, Abigail. Está jugando con nosotras. —Dijo temblando y Abigail la reconfortó acariciando su mejilla.

—Lo sé. Desde que Jacob y yo estamos “juntos”, ella no para de tirarme pullas. Parece el juego del gato cazando al ratón y lo peor es que lo hace ante las narices de mi supuesto “esposo”, que no hace nada por defenderme. —Respondió Abigail, mostrando su decepción, dolor e ira, en la mirada.

—Date cuenta que se trata de la mujer que les sacó de la miseria en la que habían caído él y su padre, después de la muerte de la auténtica señora de Port Elliot. Y si es tan astuta e inteligente como creo que lo es, le habrá manipulado y amoldado a su gusto durante todos estos años. Me temo que el motivo de que os implicaran en el robo del medallón, es precisamente porque querían separarte a ti de Jacob. —Habló Paige, con una expresión de haber descubierto la penicilina.

—Pero esto no tiene sentido, Paige. Éramos unos críos, con qué finalidad nos habrían separado.

—Todavía no tengo la respuesta a eso, pero según todas las series de detectives y todas las novelas policiacas que he leído, la verdad pronto saldrá a la luz. —Le respondió la pelirroja, haciéndola reír.

—Paige Thompson, eres imposible. —Contestó Abigail, divertida.

—Yo seré imposible, pero, este hombre te ama con locura y tú a él. Todos en la mansión, incluidas vuestras madres, sabían que algún día os casaríais. —Le dijo su amiga, dejándola boquiabierta.

—No digas eso... Él no me ama. —Le contestó Abigail, con los ojos atemorizados por empezar a ilusionarse otra vez por algo que nunca fue ni será.

—¿Crees que, si no te amaré, en tan poco tiempo te miraría de la forma en la que lo hace? Te ve como si fueras su único deseo en la vida, amiga. ¿Crees que, si no te amaré, se olvidaría del pasado como lo hizo, para estar contigo? Te trata como a una reina, a pesar de creer que una vez le usaste para hacerte con su fortuna. Te ama tanto, que al principio le dolía mirarte, y a ti te pasa lo mismo, pero el rencor no te deja ver. Si no le amarás, te habrías ido de aquí, pero en cuanto oíste que su vida puede estar en peligro, te quedaste para protegerle. A pesar del pasado, sois incapaces de estar en una habitación sin tocaros, es tan grande la química que tenéis, que todo Port Elliot habla sobre vosotros.

—¡Basta Paige! —Le gritó Abigail, fuera de sí. Ella no quería detenerse a pensar sobre la relación que tenía con Jacob. No deseaba ver el esfuerzo que él ponía para que ella se sintiera bien. Sería el perfecto marido de no ser que se callaba ante Rebeca, cuando esta la insultaba. A Abigail le dolían las entrañas de saber que él seguía pensando que alguna vez ella quiso robar el dichoso medallón. Esa desconfianza había sido la que había acabado con el mundo de los dos.

—Ven aquí —Le dijo Paige y la abrazó. Abigail empezó a llorar. Últimamente era mucho más emocional que de costumbre, y eso que ya de por sí, es muy sensible.

—No llores...No quería hacerte daño, solo hacerte ver lo que ocurre, cielo. —Le decía Paige, preocupada. Los ojos violetas de la pelirroja, estaban llenos de culpabilidad.

—¿Por qué lloras? ¿Estás bien, Abigail? —Se oyó una voz masculina por detrás de sus espaldas. Jacob se acercó a su esposa con el semblante de lo más nervioso, encogiendo el corazón de Abigail con su expresión de desasosiego, parecía tan preocupado por ella...

—Preciosa, ¿qué te pasa? —Le preguntó él, sentándose de cuclillas ante ella y besando el dorso de su mano. Abigail sintió su corazón calentarse. Y solo por un segundo se permitió pensar que tal vez, Jacob sí que la amaba.

—No es nada... Simplemente echo de menos a Fiona. —Respondió ella, con rapidez, sin pensar mucho. No era del todo mentira, lo cierto era que añoraba a su gatita.

—¿Quién es Fiona? —Preguntó su marido, confundido.

—Es su gata. —Respondió Paige en vez de Abigail, que se había sonrojado como un tomate.

—¿Un gato? No me lo puedo creer... ¡Todo esto por un gato! —Exclamó Jacob, atónito y Abigail le respondió, enfurruñada. —¡Es una gata! ¡Y Fiona es muy especial!

—Lo sé, pequeña, no quería ofenderte. ¿Dónde has dejado a la gatita? —Le preguntó, como si se sintiera impotente y a Abigail casi le da un ataque de risa, aunque logró contenerse.

—La he dejado en casa de los padres de Paige. —Le respondió lo más seriamente posible. No se preocupaba por Fiona, sabía que estaba muy bien cuidada.

—Paige, ¿puedo hablar contigo un segundo? —Le preguntó Jacob a la pelirroja.

—Dilo delante de mí, de todas formas, ella luego me lo contará todo. —Dijo Abigail, haciéndoles reír.

—Enseguida, voy. —Contestó Paige entre risas y Jacob se alejó.

—Iré a ver lo que quiere tu marido, tú estate atenta, que esta serpiente no se sabe cuándo atacará. Presiento que pronto hará algo, sabe que vamos tras ella. —Le dijo Paige y ella asintió seriamente. Su amiga le dejó su taza, vacía del café, en las manos y se dirigió hacia donde Jacob había ido.

Abigail contempló la taza en sus manos y cuando sus tripas rugieron, puso los ojos en blanco. Necesitaba desayunar algo, solo se había tomado una infusión en toda la mañana y la noche anterior, Jacob la había dejado muy cansada. Ese hombre tenía tanta energía que a veces era imposible seguirle el ritmo. Pensó sonriendo maliciosamente.

Empezó a caminar dirección hacia la cocina, pero como se encontraban cerca del invernadero, quedaba bastante lejos, así que Abigail tenía que pasar por un caminito alargado y estrecho que llevaba hasta una de las entradas de atrás de la mansión, justo dónde se encontraba la cocina. —“Seguro que la señora Thomas ha preparado su famoso omelette con champiñones y queso” —Pensaba, mientras la boca se le hacía agua.

—La tormenta ha fracturado una gran parte del tabique. Habéis hecho muy buen en llamarnos porque lo que veo a dentro ha sido enyesado y pintado por unos amateurs. —Abigail se paró para escuchar lo que aparentemente un jefe de obra, le decía a Emerson. Hacía dos días que una de las tormentas más fuertes desde los años cuarenta, había arremetido contra Birmingham. Debido a ello, algunas zonas de la gran mansión habían sufrido deterioros, aunque nada graves.

—No tengo ni idea, señor. A esta zona prácticamente no viene nadie. — Respondió Emerson al jefe de obra. —Abigail pensó que efectivamente, aquella especie de sala, nadie la usaba. Ella ni siquiera la conocía, pues nunca se había parado a contemplarla, jamás le había llamado la atención.

—Pues, la han reformado hace poco. Incluso hay una zona a la que se puede ver que la han tapado con cemento que ni siquiera ha fraguado bien. — Respondió el hombre, escandalizado. Emerson Thomas miró al jefe de obra sin saber qué responder. Abigail frunció el ceño, todo aquello era de lo más

extraño...

Se agachó como si se estuviera amarrando las zapatillas, esperando a que los dos hombres se marcharán. Cuando les vio caminar hacia delante, sonrió. Se levantó con rapidez y se encaminó hacia aquella sala por la que nadie había tenido interés nunca.

Capítulo 14

Todo era de color blanco, aunque mal pintado, necesitaba por lo menos dos capas más de pintura. Excepto un hueco, que estaba relleno de cemento, con un acabado de lo más horrendo. Abigail, realmente se extrañó de que no fuera arreglado correctamente. Conocía muy poco a Rebeca, pero sabía que era muy perfeccionista y meticulosa con la decoración de la mansión. Dejar aquello en esas fachas no era de su estilo. Se acercó hasta la pared y tocó con los nudillos de sus manos hasta oír el ruido que indicaba que estaba hueco. Necesitaba abrir esa cavidad, cuanto antes, pero debía hacerlo de una forma que no se supiera que había sido ella. Empezó a reflexionar hasta que sus ojos brillaron como dos bombillas. Se le había ocurrido una idea genial.

Las ansias empezaban a quemarla por dentro. Salió a toda prisa para buscar a Emerson, olvidándose por completo del hambre que sentía hacía unos minutos. Buscó en los jardines, pero no estaba. Finalmente le encontró en la cocina charlando con su mujer. —Hola. —Saludó, casi sin aliento. Había estado caminando muy rápido para poder encontrar al hombre y aquellas tierras, no eran muy reducidas que digamos.

—Hola, querida. ¿Qué tal estás, te apetece desayunar mi famoso omelette con un jugo de naranja? —Le preguntó la cocinera con una cálida sonrisa.

—No, no... Señor Emerson, necesito pedirle un favor. —Contestó Abigail con torpeza.

—Si claro, dime. —Respondió el jardinero, amablemente.

—¡Necesito un mapache! —Le dijo Abigail, dejando a ambos, perplejos. Justo cuando Emerson iba a preguntar el porqué de tan extraño requerimiento, fue interrumpido por Abigail que dijo. —¡No me preguntes! Simplemente encuéntrame un mapache, por favor. —Le suplicó como cuando era niña.

—En dos horas, lo tendrás. —Respondió Emerson sin indagar más y ella

le agradeció con un abrazo, para después marcharse corriendo.

—¿Qué estará tramando está loca muchacha? —Se preguntó la señora Thomas y su marido le contestó, negando con la cabeza. —Quién sabrá...

Tal y como había prometido Emerson, al cabo de dos horas le entregó una jaula con un mapache a dentro.

—No sé lo que harás con eso, pero ten cuidado, es carnívoro. —Le dijo el buen hombre y ella sonrió.

—Gracias por no preguntar. —Le respondió, yéndose con aquel animal que no se parecía en nada a los dibujos animados, donde salían súper tiernos y dulces. En una mano sujetaba la jaula y en la otra una bolsa llena de carne fresca. Seguramente aquello serviría. Entró a dentro de la sala y colocó la carne estratégicamente, abrió la jaula con cuidado y se alejó lo suficiente como para contemplar con tranquilidad al mapache hacer su trabajo. El cacho de pared que ella necesitaba ver roto, ya lo estaba. A dentro de un hueco pequeño se podía ver lo que parecía una hoja. Frunció el ceño y se acercó sigilosamente, cogiendo la hoja entre sus dedos lo más rápidamente posible y alejándose otra vez del mapache. Mientras el animal comía y destrozaba toda la zona de la tapia, ella abrió el folio que estaba doblado por la mitad y leyó. —*“No tienes ni idea de con quién intentas jugar. Te quemarás muy mal ratoncito y no tienes a nadie que pueda ayudarte, ni siquiera esa amiga tuya. Tus ojos se pondrán vidriosos, suplicarás para que el gato no te cacé y no te mate lentamente”*. —Abigail se había quedado petrificada. Esa mujer era el mismísimo demonio.

Ya era de tarde/noche y su marido no volvía, su amiga se encontraba con unos clientes muy importantes que deseaban comprarse una casa en Birmingham. Paige no perdía el tiempo, era un hacha, ya había conseguido dos casas para vender y controlaba todo con destreza desde la distancia, hablando todos los días con la asistenta que habían contratado y comprobando regularmente la parte de la contabilidad. Abigail bufó, no le gustaba estar en aquella casa sola. Rebeca la miraba de una forma espeluznante y estaba segura

que pronto actuaría. Después de aquel mensaje, sentía una opresión horrible en el pecho. Oyó pasos por el pasillo y su corazón empezó a galopar locamente en su pecho. Cogió la lámpara como instrumento de defensa y cuando la puerta se abrió, saltó de la cama, preparada para arremeter contra la cabeza de quien fuera. Paige la detuvo, horrorizada.

—Pero, ¡qué haces pedazo de loca! —Gritó la pelirroja y Abigail se quedó sujetando la lámpara en el aire.

—¡Oh, Jesucristo y Ave María! —Exclamó la rubia, sujetándose con la mano el pecho y respirando entrecortadamente.

—¿Qué te pasa? —Preguntó Paige, preocupada al verla tan asustada.

—Mi suegra me quiere liquidar. —Respondió Abigail con una mirada que la hacía parecer una lunática. Paige la miró atónita y pidió. —Haber, cálmate y explícame todo.

Cuando Abigail le contó lo que había descubierto, Paige tragó saliva.

—Eso significa que en cualquier momento hará algo y lo que pretende es asustarte, ponerte de los nervios... ¡Es una autentica sociópata! —Dijo la pelirroja, horripilada. —Ahora más que nunca, no debemos bajar la guardia. —Le respondió Abigail, entrecerrando los ojos.

—Mi puerta tiene llave y puedo cerrar, pero tú... —Dijo Paige inquieta, ya que la cerradura de Abigail se había roto por alguna extraña razón, hacía unos días.

—Estoy segura que *“alguien”*, rompió la cerradura de mi puerta a propósito. Pero, no debes preocuparte ya que Jacob duerme aquí, casi todas las noches.

Respondió Abigail removiéndose en la cama, intranquila.

—Sí, pero esta noche no estará porque ha ido a... —Su amiga se interrumpió, tapando su boca con la mano, como si hubiera cometido un error.

—¿Ha ido a dónde? —Preguntó Abigail, levantando una de sus cejas rubias. Paige no respondió.

—¿De qué hablasteis hoy, a solas? —Volvió a preguntar, pero su amiga

seguía callada como un mueble.

—¡Paige Thompson, habla! —La reprendió y la pelirroja bufó antes de responder hastiada.

—Ha ido a coger a Fiona y traértela aquí a Port Elliot. —Abigail quedó atónita por esa respuesta, era lo que menos se esperaba.

—¿Me estás diciendo que ha recorrido tantos kilómetros, solo para traerme a mi gata? —Preguntó, todavía sin salir de su asombro.

—Te ama...—Le respondió Paige, sonriendo. Abigail empezó a sentir una felicidad inmensa que llenaba su corazón. En estos días, Jacob la había demostrado que la amaba, no con palabras, sino con acciones. No deseaba entregar su corazón otra vez, pero, hacía mucho tiempo que él se había adueñado de él.

—Me ama, ¿cierto? —Se preguntó en voz alta, sonrojada como una adolescente y con una sonrisa de oreja a oreja.

—Eres una persona a la que es imposible no querer. —Le respondió su amiga con una expresión entre feliz y triste. Un gesto que Abigail veía por primera vez.

—¿Qué te pasa, Paige? —La preguntó con voz suave. Su amiga, sin esperárselo ella, se echó a llorar como una magdalena.

—Le amo... —Decía entre sollozos. Abigail sintió su corazón encogerse al verla tan desdichada. Deseaba retorcer el pescuezo al amigo de su marido.

Estuvo casi toda la noche consolando a su amiga y hablando sobre Rebeca en susurros, ya que en Port Elliot incluso las paredes tenían oído.

—“Creo que Margaret habrá dejado más pistas en la propia mansión. Es en eso en lo que debemos centrarnos. Tal vez, en los últimos días de su vida logró encontrar algo y no pudo llegar a contarlo.” —Le había dicho Paige y ella empezaba a opinar igual, pero era imposible averiguar algo con Rebeca detrás de sus talones. Ella sabía todos los pasos que iba a dar, era demasiado inteligente y eso asustaba a Abigail.

Despertó debido a los ronquidos de su amiga. Habían dormido en la

habitación de esta. Apartó las sabanas y se desperezó, para después, abrir las persianas para que la luz del día alumbrará la estancia. Paige frunció el ceño y masculló una maldición, provocando la risa en Abigail.

—Despierta dormilona, que tienes una hora para ir y enseñar ese precioso adosado de lujo, de nueve habitaciones. —Dijo Abigail, divertida, mientras la pegaba en la cara con una almohada.

—Comparado con esto de aquí, es muy pequeño. —Respondió Paige, abriendo los ojos y frotándoselos con el dorso de la mano.

—Tenemos una hora a nuestra disposición, así que, si quieres... Podemos desayunar algo a fuera.

La pelirroja se levantó como un resorte, saltando de la cama con entusiasmo.

—¡Vamos a la pizzería O’Neill! —Dijo esta, con los ojos brillantes de emoción. Abigail la miró entre divertida y burlona.

—¡Paige Thompson! Algún día tendrás el culo tan grande como la muralla china, si sigues comiendo así. —Paige la fulminó con la mirada y respondió principesca.

—Me alimento muy bien, equilibradamente, simplemente me apetece algo más succulento para desayunar. Al estilo americano.

—Desde que se ha ido el rubio, solo comes al estilo americano, Paige. —Le respondió Abigail, enfureciéndose. Paige suspiró y contestó.

—Solo por hoy...Porfa... —Sus ojos violetas podían derretir a cualquiera. —Abigail no podía negarse, así que en veinte minutos ya se dirigían hacia la más famosa pizzería de todo el condado. Con sus mesas de color rojo y sus sillas plateadas, conquistaba el corazón de cualquiera, transportándole hacía los años noventa desde los que la decoración apenas había cambiado considerablemente.

A dentro solo estaban ellas y dos clientes más.

—Mira, algún día pesaremos lo mismo que estos dos. —Dijo Abigail, enseñando con sus ojos a los dos hombres en la barra que tenían peso

mórbido.

—Me estás empezando a destrozar el día. —Le dijo Paige entre dientes, para luego preguntar.

—¿Desde cuándo te preocupas tanto por el peso? —Abigail se sonrojó inmediatamente y Paige entendió de qué trataba todo aquel asunto.

—Uno, a él le gustas tal y como eres y dos, con todo el sexo que soléis hacer como animales salvajes, no creo que tengas sobrepeso nunca. —Abigail sintió sus mejillas arder y cuando oyó una risita por detrás de su espalda y se giró para ver a Sissi Thomas, sujetando su bloc de notas y mirándola con esa sonrisa burlona, deseó que la tierra se la tragará.

—¿Qué vais a pedir, chicas? —Preguntó la joven profesionalmente, aunque esa expresión jocosa no se le quitaba del rostro, todavía aniñado.

—Unos huevos revueltos con bacón y un jugo de naranja. —Pidió Paige, divertida.

—¿Y tú, Abigail? —Preguntó la joven aguantándose la risa, pues la cara de la rubia era todo un poema.

—Algo dulce para quitar de mi mente vuestras expresiones de brujas pirujas. —respondió Abigail y sus amigas estallaron en risas. Ella les miró, echando fuego por los ojos, pero cuánto más se aseveraba su rostro, más reían sus amigas. Al final, con lágrimas en los ojos, Sissi Thomas dijo.

—Te pondré unas crepes con sirope y fresas. —¡Muy bien! En vez de reírte aquí como loca, deberías trabajar, señorita. —Le contestó Abigail y las chicas estallaron en carcajadas otra vez. Abigail puso los ojos en blanco y decidió ignorarlas. Aunque comprendía que la joven deseará divertirse a su costa, entre las clases y los tantos trabajos que hacía, no tenía tiempo libre. Era una chica muy aplicada.

La puerta del comercio se abrió y una niña pequeña entró junto a un hombre que parecía ebrio. Sissi y Paige no les prestaron atención, pues estaban hablando sobre que Peter iba a volver dentro de dos días. Sin embargo, Abigail sí que se les quedó mirando. La niña era rubia de ojos

marrones, llevaba un vestido amarillo pálido, manchado, y su cabello estaba muy desaliñado, tanto que Abigail sabía con certeza que era mucho más clarito de lo que aparentaba. El hombre tenía pinta de haberse pasado toda la noche en una taberna. Era calvo y su expresión severa daba repelús.

—¿Hay alguien que atienda en esta mierda de sitio o no? —Preguntó el tío gritando. Su voz era áspera y su ceño fruncido. La pequeña criatura estaba junto a él, encogida, con la vista clavada en sus zapatitos rotos. Abigail sintió tanta pena en su corazón que le costaba no empezar a llorar. La niña la recordaba mucho a ella misma cuando vivía con alguno de sus padres adoptivos, sin embargo, ella era mucho mayor y aquella pequeñita tendría unos cinco o seis años. Sissi se fue con rapidez donde el hombre y le preguntó con suavidad lo que deseaba. Abigail sintió la furia crecer en su interior. Odiaba a las personas que intimidaban a propósito a los que consideraban más débiles, se notaba de lejos lo amedrentada que se sentía Sissi. El hombre pidió una hamburguesa y una coca cola, y aunque a esa hora no se servían hamburguesas, Sissi no rechistó, no dijo nada. Inmediatamente le entregó el pedido a la cocinera y le dio una coca cola en lata, al hombre. Encogida se fue a la mesa donde estaban Abigail y Paige, observando la situación.

—¿Quién es este? —Le preguntó Abigail, sin apartar la vista del tío y de la pequeña.

—Es Joseph Coleman. Su mujer murió el año pasado, algunos dicen que... ¡Que él la hizo suicidarse! No paraba de golpear a la pobre que estaba siempre con moretones en el rostro. Todos la decíamos que fuera a la policía, pero ella se negaba en rotundo. Creo que la amenazaba con la niña, pero eso son solo suposiciones. —Les explicó Sissi, entre susurros.

—¿Cómo se llama la pequeña? —Preguntó Abigail, impactada.

—Se llama Francesca, su progenitora era medio francesa. Era una niña muy sonriente antes de que se suicidará su madre. Ahora, la pobre está siempre triste. Una de las vecinas, que tiene la casa contigua a la de ellos, afirmó que Coleman maltrata a la criatura. Unos cuantos llamaron a los

Servicios Sociales, pero todo quedó allí.

Cuando se levantaron de la pizzería, el semblante de Abigail había cambiado totalmente. Necesitaba saber más sobre Francesca, para que la bola que se le había formado en el pecho, desapareciera. Antes de irse, le preguntó a Sissi la dirección de Coleman, sin que Paige se diera cuenta ya que había ido hasta el servicio.

—¿Qué se está cocinando en esa cabeza tuya? —Le preguntó Sissi, pero la respuesta que había recibido de Abigail, le demostraba que la rubia no pensaba contar nada.

—¡Dame la puñetera dirección, Sissi! —La niña, suspirando se la escribió en un papelito que le entregó, a sabiendas que se metería en un lío.

Capítulo 15

Estaba recostada en su cama, taladrándose la cabeza. Encontrar al asesino de Port Elliot, casi se le había olvidado, por muy loco que sonará. Era Francesca Coleman la que permanecía en su cabeza. Había visto la mirada de la niña al ir a espiar su casa. Estaba segura que ese monstruo no solamente la pegaba. El corazón de Abigail se encogía al pensar que había sido abusada, pero su instinto se lo estaba diciendo. No había duda. Podía reconocer una mirada así, una vez ella, casi había sido víctima de algo tan repulsivo. Siempre se le quedaría grabado en la memoria.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por el ruido de la puerta. Se levantó de la cama y su corazón dio un vuelco al ver delante de sí, parado a Jacob, sujetando a Fiona en las manos. Se veía muy tierno, él siendo tan grande y la gatita tan pequeñita, le apetecía comer a besos a su marido.

—¡Oh, por Dios! —Exclamó con los ojos brillando de emoción y saltando de la cama para coger de las manos de Jacob a la gatita y aplastarla con un abrazo.

—Fiona, cuánto te eché de menos... Su marido empezó a reír a carcajadas y dijo.

—Veo que a mí no me has echado nada de menos. —Abigail dejó la gatita sobre la cama, dándole un besito en la cabecita. Fiona ronroneó gustosa y al cabo de un segundo, se acomodó haciéndose bolita y cerrando sus lindos ojitos.

—Te he echado mucho de menos, esposo. —Le respondió Abigail, mirándole con los ojos oscurecidos.

Jacob sintió su miembro endurecerse enseguida, desear de ese modo a su mujer le estaba acojonando cada vez más, pero era solo verla y su cuerpo cobraba vida propia.

—Me has echado de menos, ¿eh? —La preguntó él, con voz pastosa y ronca, acercándose hacia ella y abrazándola por la cintura para pegarla a su cuerpo.

Cuando Abigail sintió su excitación, se restregó contra su miembro arrancando un gemido masculino que la hizo sentirse poderosa. De repente todas las preocupaciones, miedos y estrés se habían marchitado y solo se encontraba en ese preciso momento, mirando los ojos de su marido y quedándose sin respiración por el deseo creciente en su interior.

—Eres una chica muy mala... —Le dijo Jacob, amasando su trasero y lamiendo la hélice de su oreja.

—Sí, lo soy... ¡Castígame! —Le respondió ella coqueta, provocándole. Lo que no se esperaba, era el azote que recibió en el trasero y lo mucho que le había gustado. Jacob, al oír el jadeo de su mujer, sonrió de soslayo y susurró en la oreja de Abigail.

—¿Te gusta, pequeña? ¿Quieres que te folle duro? —Abigail sentía una lava entre las piernas, quemándola.

—Jacob... —Gimió acariciando su torso con las yemas de las manos, a través de la camisa beige que él llevaba puesta.

—¡Quítame la ropa! —Le ordenó él y ella tragó saliva. Con los dedos temblorosos empezó a desabrochar los botones de su camisa y después con torpeza bajó la cremallera de sus vaqueros. Jacob solo la observaba y al verla tan nerviosa, mordiéndose el labio inferior, su deseo se incrementó aún más de lo que creía posible. Miró con el rabillo del ojo a Fiona y dijo. —Vamos mejor a mi habitación. —Abigail se dio la vuelta y vio a la gatita durmiendo el quinto sueño y rio. Los dos se encaminaron hacia la habitación de Jacob, caminando sigilosamente por el pasillo, esperando no ser vistos, ya que él llevaba solamente el slip y ella un camisón blanco transparente. Se lo había puesto a propósito, sabía que él vendría y deseaba que la encontrará sensual.

Una vez en la habitación antes de que Abigail reaccionará, él la empujó contra la cama. Era la primera vez que se mostraba mucho más salvaje que de

costumbre y a ella le encantaba.

Jacob se quitó el slip y ella pudo ver su miembro en todo su esplendor. Su vista se dirigió descaradamente hacia allí y se la comió con los ojos. Era tan perfecto, de tamaño lo suficientemente grande y rosado.

En dos zancadas, su marido, ya se encontraba sobre ella y con voz autoritaria ordenó.

—¡Agárrate al cabecero de la cama! —Ella lo hizo, sintiéndose cada vez más excitada. Jacob rasgó su camión y sus pechos quedaron al aire, probó uno chupando con fuerza y provocando los dulces gemidos de ella. Después le dedicó la misma atención a su otro pecho, acariciando con la lengua su pezón y mordisqueándolo con suavidad, volviendo loca a Abigail. La mano masculina bajo acariciando su abdomen hasta llegar a su pequeño y cuidadosamente depilado, centro de placer. Lo acarició hábilmente a través de la seda de sus braguitas. Abigail se retorció sobre la cama, arqueando su espalda hacia atrás.

—Estas tan hermosa... —Murmuró él, sin parar de proporcionarla placer.

—Jacob por favor ya... —Empezó a suplicar ella, sollozando. Él sonrió y respondió con la voz ronca. —Quiero disfrutarte pequeña. Te eché mucho de menos, Abigail. Me has robado el corazón, mi pequeña brujita, y ahora seré tu fiel súbdito de por vida.

El corazón de Abigail latió con fuerza por la felicidad que sintió en ese momento. Él la amaba y ella nunca se había sentido tan feliz. Sus ojos habían empezado a cristalizarse por la emoción y sin poder, ni querer resistirse más a sus propios sentimientos, le respondió.

—Te amo, Jacob, siempre te he amado.

Jacob se quedó petrificado por un momento, asustándola, pero al final contestó. —No sabes lo feliz que me hace eso, mi amor. Desde este minuto nos olvidaremos de todo el pasado, porque quiero pasar todo mi presente y futuro junto a ti. Dicho eso, entró en ella de una estocada, arrancándole un gemido

fuerte. Repitió el mismo movimiento con lentitud y una pasión desmedida, entrando y saliendo suavemente de su ser. Nunca había sido tan abismal, tan profunda la conexión que en ese instante tenían. Con un último impulso, Jacob lanzó a ambos hacía un mundo lleno de placer indescriptible.

Aunque hacer el amor, uno con el otro, siempre había sido único. Esta vez los dos pudieron sentir el unir de sus almas.

El amanecer les había descubierto abrazados y desnudos, alumbrados únicamente por la luz del día que se filtraba entre las persianas. Jacob la besó con ternura en la mejilla. Aquel gesto le pareció tan lleno de sentimiento a Abigail, que casi le ruega que no se fuera a trabajar.

—Después nos veremos mi amor. Debo arreglar unos asuntos en las oficinas que he aplazado ya bastante.

—¿Vendrás rápido? —Preguntó ella, acurrucándose entre sus brazos, sin desear despegarse de su marido.

—Jacob sonrió y respondió con jactancia. —Nena eres insaciable, mira que me vas a dejar sin polla... —Abigail jadeó y le pegó en la cara con la almohada, mientras él reía a carcajadas.

—Eres imposible, Jacob Brown. —Le dijo ella, aparentando estar enfurruñada. Él la respondió con un beso que le dejó las piernas como un par de flanes.

Una vez sola, decidió ir a su habitación y ver qué tal se encontraba Fiona, pero al entrar se quedó en shock, la gatita no estaba. Inmediatamente se le vino a la cabeza su diabólica suegra. —“¿Y sí le ha hecho algo a la gatita?” — Pensaba, empezando a entrar en un ataque de pánico. Se dirigió hacia la habitación de Paige y cuando abrió la puerta, pudo respirar. Fiona estaba en los pies de su amiga, jugando con una cuerda que la pelirroja movía de un lado a otro. Sonrió al verlas y dijo.

—Buenos días. ¡Qué susto me he llevado al no ver a Fiona!

—A noche empezó a maullar mucho y como yo no podía dormir, vine y la trasladé a mi habitación. Es una gatita muy activa y nos entretuvimos mucho

tiempo jugando.

—Veo que esta mañana también ha despertado con energías. ¿Ha comido ya?

—Sí, la señora Thomas le trajo de sus favoritas, de Whiskas y se las comió en un santiamén. —Las dos amigas rieron y Abigail preguntó.

—Así que, incluso la señora Thomas sabía que Jacob iba a traer a Fiona...

—Si, se lo conté yo. —Respondió su amiga, divertida.

—¿Qué tal va con el adosado? —Cambió de conversación, Abigail.

—A los clientes les encanta. Tendremos una buena y muy succulenta suma de dinero este mes. —Le respondió Paige, contenta.

Abigail se sentía un poco culpable por dejarle su parte del trabajo a ella. Paige era contable, aunque hacía muy bien de agente inmobiliaria, sin embargo, no tenía por qué hacer todo eso y encima repartir las ganancias con ella. Como si fuera una clarividente, la pelirroja, supo lo que Abigail pensaba y la taladró con sus ojos.

—Ni se te ocurra pensar tonterías o te voy a zurrar, enserio. Estás con un problema gordo entre tus manos, soy tu amiga y para eso están los amigos. —Le dijo Paige y Abigail arrugó el entrecejo.

—¿Las amigas, son para ayudarte en un caso de una asesina serial que encima al parecer es mi suegra? —Paige se echó a reír y respondió.

—Bueno...Tú eres muy especial y tus problemas también, por supuesto, como yo soy magnífica, pues te ayudo. —Abigail la miró divertida y contestó.

—Eres una loca que necesita aún más que yo a mi psicóloga, que, por cierto, está más zumbada que yo que sé...

—¡La come cocos no! —Exclamó Paige, con el semblante serio y Abigail rio con ganas. —Realmente eres magnífica, Paige Thompson.

Jacob iba a llegar para la hora de la merienda. Se había comprado un hermoso vestido de color negro con detalles dorados. No se celebraba nada, pero le apetecía ponerse guapa para él. Se sentó en su tocador para ponerse

del perfume que le había regalado la madre de Paige. Iba a estrenarlo por primera vez. Siempre llevaba el pequeño frasco en forma de zapato de color marino, aunque era tan costoso que le daba miedo ponerse y que se agotará el producto.

Justo cuándo se disponía a rociarse con el perfume, Fiona saltó como un tigre en miniatura sobre ella y el producto cayó en el suelo, rompiéndose. Abigail se enfureció y colérica le gritó a la gatita.

—¡Estúpida gata! ¿Por qué has hecho eso? —Paige entró a dentro de la estancia mirando cada rincón como un halcón, hasta que extrañada, preguntó.

—¿A qué venían esos gritos? Se te oía desde el final del pasillo.

—Fiona ha destrozado el perfume que me regaló tu madre. —Le respondió Abigail, malhumorada. Paige dirigió la vista al suelo donde estaban los trozos de cristal esparcidos. Frunció las cejas al ver el líquido sobre la alfombra. Se acercó más y quedó impactada.

—Creo que debes agradecer a esa gata tuya.

—¿Por qué? —Preguntó Abigail mirando hacía la misma dirección que la pelirroja.

—Esto es ácido sulfúrico. —Respondió su amiga con el miedo pintado en su rostro y Abigail sintió el vello de su cuello ponerse de punta.

—Esta tía iba a destrozarme mi piel. Cambió el líquido del perfume por el ácido. —Reflexionó y tapó su boca con la mano, empezando a llorar. El miedo que sintió en ese momento era tan grande que le dio un ataque de ansiedad. Su respiración empezó a entrecortarse y sus lágrimas salían descontroladamente. Paige la abrazó, intentando tranquilizarla, pero era imposible, pues la rubia temblaba y respiraba con dificultad. Su amiga le dio una botellita de agua y al beber del líquido, logró tranquilizarse un poco.

Cuando el ritmo de su corazón se normalizó, Abigail abrazó a su gata dándole las gracias repetidas veces, sin parar de acariciarla y sollozar sobre el suave pelaje del animalito.

Capítulo 16

Desde ese momento, que había horrorizado tanto a Abigail como a Paige, las dos se andaban con cuatro ojos. Rebeca se comportaba como siempre, con un cinismo apenas perceptible para Jacob, pero sí para el resto de personas.

Incluso Peter, que había llegado a Port Elliot para quedarse unos días, miraba a Rebeca con recelo.

El comportamiento de la señora de la mansión había cambiado drásticamente y muchos podían apreciar su hipocresía innata. La máscara que se había puesto durante años, empezaba a bajarse de su rostro. La mujer cada vez perdía más los estribos y se desquiciaba con los empleados de la casa, sobre todo, con la señora Thomas. Hecho que provocaba las continuas discusiones entre ella y su hijastro.

Cuando pasaba al lado de Abigail y Paige, les dedicaba una sonrisa que ponía los pelos de punta. Abigail se preguntaba cómo nadie se había dado cuenta de que esa mujer era una sociópata. No querían quedar a solas con ella, aunque, esa era la manera más rápida de descubrir todo lo que deseaban, sin embargo, había algo en la tía que daba escalofríos y uno se daba cuenta que era mejor mantenerse alejado de aquella señora.

Abigail había rebuscado por toda la mansión pistas, pero, no encontraba ninguna. Paige estaba segura que Margaret había descubierto algo gordo, por lo que había pagado con su vida, pero Abigail ya no sabía qué pensar.

Todo armario, cómoda, estante, cada rincón, había sido comprobado y no había nada de nada.

A parte de eso, Abigail intentaba escaquearse de vez en cuando de la mansión para ver a Francesca, con la que había entablado una amistad.

No deseaba que nadie supiera de ella, por ahora, pero tenía claro que iba a salvar a aquella niña, como se llamará Abigail.

Esa noche se organizaba una cena con unos inversionistas que deseaban comprar algunos caballos de Port Elliot, como Abigail era la propietaria, legalmente, debía asistir. Además, a Jacob le hacía ilusión presentarla ante todos como su mujer.

Se puso un vestido hermoso en color granate que le había regalado Jacob, el cual combinó con un colgante de oro blanco en forma de cisne y cadena finita, que adornaba su precioso cuello. Paige no deseaba salir de su habitación porque no quería ver a Peter, quién desde que había vuelto ni siquiera la había dirigido la mirada.

Bajó por la escalera, contenta. Su marido estaba hablando con los invitados y en cuánto la halló, la recorrió con la mirada y ella se sonrojó de gusto.

—Buenas tardes. —Saludó, serena. Su suegra sonreía mientras deleitaba a algunos inversionistas y en cuánto se percató de su presencia, la taladró con su mirada oscura. Estaba claro que la serpiente esperaba el momento adecuado para soltar su veneno, pero, Abigail sabía que no sería esa noche. No entre tantas personas, al menos.

La cena discurrió con aparente tranquilidad. Lo que nadie veía ni sentía, es que la mujer tan elegante que vestía de negro y era la supuesta señora de todas aquellas tierras desde hacía años, planeaba algo maquiavélico. Ni siquiera Abigail se daba cuenta porque estaba embelesada viendo a su marido negociar. No tenía ni idea de que ella era el ratón y el gato esperaba pacientemente para degustarla.

Al final de la velada, todos se dirigieron a la sala de estar, donde tomarían alcohol, café o lo que les apeteciera a cada uno de los invitados. También iban a seguir hablando sobre negocios, temas sociales, políticos e incluso charlas más subditas de tono.

Rebeca les sirvió a cada uno un par de copas. Abigail solo había querido una copa de vino blanco ya que deseaba estar lo más despejada posible.

La charla era cada vez más divertida y Abigail se lo pasaba increíble

junto a su marido, que casi no se había separado de ella.

Peter también reía y charlaba con los invitados ameno, hecho que enfureció a Abigail, ya que aquel imbécil se lo pasaba de fábula, mientras que su amiga estaba encerrada en su habitación, seguramente contando sus penas a Fiona. ¡Esa gata necesitaría unas horas de terapia con Laura! —Pensó Abigail y luego sonrió por su ocurrencia. Su marido se acercó a su lado y preguntó.

—¿De qué te ríes esposa mía?

—De nada, una cosa que pensé sobre Paige. —Le contestó ella, pero él la miró con desconfianza.

—Quiero hablar contigo, después. —Le dijo Jacob con el semblante serio. Abigail le miró dubitativa.

—¿De qué trata? —Preguntó, sin entender el cambio de humor de su marido.

Solo había estado cinco minutos con su madrastra y el cambio radical de su comportamiento era evidente. Abigail se estaba empezando a hartar de todo aquello.

—¡He dicho luego! —Siseó él y ella se enfureció aún más.

—¡Que me digas de qué trata! —Insistió, elevando el tono. Dos clientes les miraron por un segundo y apartaron la vista de la pareja, incómodos. Jacob apretó los dientes antes de responder a su pregunta, rabioso.

—Quiero saber a dónde vas últimamente.

—¿A qué te refieres? —Preguntó ella, haciéndose la tonta.

—¡Sabes muy bien de lo que hablo! —Le gritó él y algunas personas se quedaron viendo la escena. Rebeca observaba todo con una sonrisa.

—Voy a ir a ver a Paige. Después hablaremos. —Contestó, deseando apartarse de su marido porque si no discutirían y llamarían demasiado la atención. No quería contar nada sobre Francesca, todavía. Jacob no tenía derecho a interrogarla de esa manera. Debía confiar en ella... Si no lo hacía, significaría que realmente no la amaba. Decepcionada, se dirigió hacia la habitación de su amiga, sin prestar atención a su marido que le pedía que

volviera de inmediato.

—“Me vendrá bien hablar con Paige” —Pensó, antes de tocar la puerta con los nudillos de sus dedos, sin embargo, nadie contestó. Abrió la puerta para ver delante de sí a su amiga, acostada en la cama con Fiona. Dormía tan plácidamente que no quiso despertarla. No tenía otra que volver a la reunión porque si se iba a la habitación, su marido vendría a aporrear la puerta, discutirían y luego harían el amor como animales salvajes. Lo último tampoco es que estuviera mal, pero, Abigail estaba furiosa con él, así que ya debía prepararse para aguantar sin sexo, por lo menos un mes, ese cabeza de chorlito.

De vuelta vio a su suegra, esperándola con una sonrisa cínica. Al verla dio un respingo y la muy bruja empezó a troncharse de risa de una manera tan exagerada, que Abigail sintió las ganas de arrancarle la cabeza.

—¿Qué pasa querida? ¿Has visto un fantasma? —Preguntó Rebeca, burlona.

—No, acabo de ver a una serpiente. —Respondió Abigail, sin amedrentarse.

—Vaya... La calladita no es tan calladita. Ten cuidado de que la serpiente no sea venenosa, puede acabar con tu miserable vida. —Le respondió esta, poniéndole la piel de gallina.

—Tu maridito dijo que le esperarás en la sala de música, dice que debe hablar contigo, pero, ya.

—¿Qué le has dicho maldita víbora? —Le preguntó Abigail, gritando y perdiendo los papeles.

—Debes tranquilizarte querida, a tu edad tantos nervios no son buenos. La gente pensará que eres una histérica. —Le respondió Rebeca, con una sonrisa que mostraba sus perfectos dientes y sin darle tiempo a Abigail a atacarla con alguna ingeniosa frase, la mujer se marchó. Furiosa, se dirigió hacia la sala de música que casi no se usaba desde la muerte de Clarissa que tocaba el piano como nadie. Era toda una artista. Repentinamente, se puso

melancólica al acordarse de la auténtica señora Brown.

Suspirando, entró en la estancia que seguía casi igual a cuando ella era tan solo una niña. Decorada con colores verdes pasteles, que daban sensación de calma, el suelo de mármol y el enorme piano de cola de color blanco en el medio. Se sentó ante el instrumento musical, para tocar la única melodía que se sabía. Empezó con los dedos temblorosos, sin confiar en sí misma, pues llevaba montón de años sin tocar una tecla. Poco a poco fue tomando seguridad y comprendió que en realidad recordaba todo. Sus dedos se movían de forma automática. Sonrió y se dejó llevar por la melodía de Para Elisa, de Beethoven.

Ni siquiera pudo reaccionar cuando alguien la agarró con brusquedad, girándola hacia sí, y estampó su boca contra la suya. Abigail intentó empujarle, pero el hombre era muy fuerte y para ella era casi, humanamente imposible, apartarle.

Él apestaba a alcohol y Abigail luchaba desesperadamente, pero, ni siquiera podía gritar, ya que sus labios habían atrapado los suyos.

Cuando se abrió la puerta y oyó la voz de su marido, diciendo. —¡Putas asquerosas! —Sintió su mundo venirse abajo. No podía estar sucediendo de nuevo. Él no podía desconfiar de ella, otra vez...

Jacob la liberó del agarre del hombre y entonces pudo ver su rostro. ¡Peter Craig! —Abigail se quedó atónita. El rubio, reía y hablaba estupideces. Jacob le dio un puñetazo en toda la jeta y este cayó desplomado en el suelo. Abigail miró hacia la puerta. Allí estaban Rebeca, sonriendo como una triunfadora y Paige que la miraba con los ojos cuajados en lágrimas.

—¡Paige, no es lo que piensas! —La pelirroja se marchó corriendo y Abigail iba a ir tras ella, pero Jacob la agarró violentamente del brazo y la pegó un guantazo en la cara, haciéndola caer sobre el frío mármol.

—Eres una miserable. ¿Cómo pudiste hacerle eso a tu mejor amiga? Todos sabemos lo enamorada que está de Peter y este imbécil. —Señaló a su amigo que estaba durmiendo a pierna suelta. —Está más borracho que una

cuba y tú maldita zorra, te aprovechaste de él. ¿Qué es lo que querías, Abigail? ¿Vengarte? ¡Me dijiste que me amabas y todo era una mentira! — Gritaba, desquiciado, mientras ella lloraba a moco tendido.

Jacob la levantó del brazo y la sacó por la puerta. A fuera estaban todos los invitados susurrando y viendo la escena impactados. Acusándola con sus miradas. Abigail ya no podía más, el sentimiento era igual a cuando tenía quince años.

Era la gota que colmó el vaso, sin darse cuenta empezó a contar todo con lágrimas en los ojos.

—¡Fue ella! —Dijo señalando a Rebeca que la miraba como si fuera una chiflada que no valía un céntimo.

—Ella es una asesina que ha estado en Port Elliot mucho antes de lo que tú piensas, Jacob. Mató a tu madre, a tu padre y a la pobre Margaret que sabía demasiado. Es una psicópata de mierda que quiere hacerse con toda la fortuna de los Brown. —Gritaba, atropelladamente. Jacob la miró con asco, rompiendo su corazón en mil pedazos. A empujones, arrastrándola, la sacó a la calle como si fuera un saco de basura.

—¡Vete de aquí o te juro que te mataré con mis propias manos! —Le dijo él, gritando. A fuera llovía a cantaros y era muy oscuro, al igual que la fatídica noche de hacía trece años.

—Jacob, lo lamentarás, me prometiste que estarías conmigo que confiarías en mí y otra vez me estás echando de tu vida cuando yo lo único que he intentado ha sido salvarte. Hace trece años no me diste ni una sola oportunidad de defenderme y hoy, esta noche, estás haciendo lo mismo. ¿Nunca me has amado, Jacob? —Le preguntó ella con la voz quebrada por el llanto.

—¡Piérdete de mí vista! —Le contestó él, mirándola con odio.

—Es de noche y hay mucha lluvia, no puedo conducir. ¿Y si me pasa algo? —Le dijo ella, suplicando con su mirada.

—Ojalá tuviera esa suerte, verte muerta sería la mayor alegría para mí.

—Le respondió Jacob. Rompiendo totalmente su corazón. Un corazón que nunca volvería a confiar en nadie. Asintió, y con la cabeza en alto se marchó otra vez de Port Elliot.

Se había llevado el coche que Paige había alquilado hará unos cuatro días, para tener más comodidad mientras trabajaba.

Abigail conducía subiendo la velocidad cada vez más. Eran tantas las emociones que no sabía ni lo que pensaba, solo quería alejarse de todos.

A pesar de que los faros del coche estaban encendidos, ella no podía ver bien el camino y las lágrimas que no paraban de caer por sus ojos, no ayudaban en nada. No pudo reaccionar con la suficiente rapidez cuándo el coche se deslizó por la carretera y finalmente chocó contra algo firme. Abigail se golpeó la cabeza muy fuerte.

Todo se había vuelto negro y por un minuto pensó que no valía la pena seguir viviendo, pero recordar a Francesca hizo que deseará abrir los ojos, aunque estos no respondían a sus órdenes, hasta que quedó totalmente inconsciente.

Capítulo 17

Paige estaba llorando histérica, caminando de un lado a otro en su habitación.

—“¡Paige, no es lo que piensas!” —Habían sido las palabras de Abigail y al recordar el rostro de su amiga, esa expresión tan desolada y la sonrisa de victoria de Rebeca, contemplando toda la situación como si fuera una reina sentada en su trono, viendo la discordia del pueblo, lo comprendió todo enseguida. Solo esperaba que no fuera demasiado tarde. Salió como un huracán de la habitación y mientras pasaba por el pasillo, instintivamente contempló el cuadro colgado en la pared, en el que salía Eleonor Brown. Llevaba un vestido de color morado, sus cabellos largos y rubios estaban a un lado, cayendo por su hombro como una cascada, y su mirada celeste miraba al artista con amor. Al parecer había sido su esposo el que la había pintado. Los trazos eran limpios y bien definidos. Seguramente ese cuadro ahora costaba una buena cantidad de dinero.

Recordó que habían comprobado todos los muebles y esquinas de la mansión, menos los cuadros. Su intuición la decía que detrás del rostro de la antepasada de los Brown, encontraría algo. Sin pereza ni nada se acercó y lo bajó con cuidado. No había sido difícil, pues no estaba colgado a una altura muy considerable. Miró por detrás y efectivamente había una apertura. Con suavidad levantó lo que parecía un cartón y jadeó al encontrar un taco de documentos y fotografías de Rebeca de cuando era joven. Esa mujer había cambiado de nombre cuatro veces. Y su aspecto no tenía nada que ver con el que tenía ahora. Se había reconstruido la cara...

Había dado clases de equitación en Port Elliot, los documentos lo demostraban. Lo cogió todo y bajó, pero en la sala que estaba vacía, solamente se encontraba Peter, roncando. Le miró con desdén y se dirigió al

comedor que también estaba despejado. Salió a la calle, llovía con fuerza. Paseó por las tierras de los Brown para ver a alguna persona, pero no había ni un alma. —“¡Qué extraño! —Se dijo a sí misma. Continuó caminando hasta que de lejos adivinó la figura del señor Emerson. Corrió hacia él, pero se quedó callada al ver que el hombre le hablaba a la tumba del señor Jason Brown que estaba enterrado en su sitio favorito de la mansión.

—Le juro que no tenía idea mi señor, si lo hubiera sabido jamás habría permitido que esta mentira siguiera durante tantos años. Yo vi aquella noche cómo la señora Rebeca cogía el medallón y lo traía a la casita de los Warner para inculparles. Me callé como un cobarde porque me amenazó, me dijo que movería tierras y mares, pero, le haría imposible la vida a mi querida Sissi, y yo sabía que no mentía. Así que me callé y permití que todo esto sucediera.

—Paige se tapó la boca, jadeando de horror. Emerson lloraba sobre la tumba de su ex jefe como un niño pequeño. Ella se acercó al hombre y le abrazó por detrás, sorprendiéndole.

—¡Emerson, ya es hora de que hagas lo correcto! —El hombre entre lágrimas, asintió.

—¿Tienes teléfono móvil aquí? El mío se me olvidó en la habitación. — Le pidió la pelirroja. El hombre sacó un teléfono antiguo de su uniforme, y se lo prestó.

Paige marcó el número de Jacob, esperó pacientemente hasta que él le respondió.

—Emerson. ¿Ha vuelto mi mujer? —Por su tono de voz, parecía muy preocupado. —Soy Paige y Abigail no está aquí, pero yo debo enseñarte algo muy importante. Deja de buscarla. Llamaré a Laura, una amiga, ella sabrá dónde está. —Le explicó y colgó.

Jacob lamentaba lo que había dicho en el alma. Tan solo diez minutos después de la partida de Abigail, estaba que trepaba por las paredes, preguntándose si su esposa se encontraba bien, mirando el horrible tiempo meteorológico por la ventana, con el semblante serio.

—¡Has hecho lo correcto, hijo! —Le había dicho su madrastra, pero, la culpa que atenazaba su corazón, no disminuía ni un poco. Finalmente decidió ir a buscarla, junto con los invitados y empleados.

Los trabajadores que habían presenciado toda la discusión entre la pareja, miraban a su jefe y a Rebeca con odio.

Todos menos, Emerson, la buscaron, pero no había rastro de ella por la zona. Cuando recibió la llamada de Paige, volvieron a la mansión. Jacob entró como si de una guerra acabase de volver.

—¡Paige! —Gritó al entrar a dentro de la casa. Ni siquiera se percató de que Rebeca no venía con el grupo. Paige salió descalza, todavía vestida en bata de algodón.

—Debes ver y oír algo. —Le dijo, dirigiéndose hacia la sala de música. Jacob siguió sus pasos y al entrar vio a Emerson agarrándose la cabeza con las manos, desesperado. El hombre se había enterado del gran error que cometió, al oír a Abigail gritando que Rebeca es una asesina. Todo había cobrado sentido en la cabeza del jardinero, que ahora se sentía ruin.

—Siéntate, Jacob. —Le dijo Paige, tragando saliva. Esto no iba a ser fácil. Debía mostrarle nada más y nada menos que la cruda realidad. Decirle mirándole a los ojos que toda su vida había sido una vil mentira, que la asesina de sus parientes le usó durante años.

—¡Debo buscar a Abigail! —Le respondió él, con los nervios desbordados.

—¡Siéntate Jacob! —Le ordenó ella, con tanta seriedad que él obedeció y mientras Peter Craig se encontraba espatarrado en el suelo, durmiendo profundamente, ajeno a toda la situación, Emerson Thomas temblaba con descontrol. Paige empezó a relatar y a sacar todos los trapos sucios de la vieja mansión:

En el año noventa y nueve, Port Elliot arrasaba el condado con sus clases y concursos de equitación, fue ese mismo verano de ese año que llegó una joven morena que no era de muy buen ver, ya que tenía una gran cicatriz en la

cara, pero al parecer estaba muy deseosa de llegar a ser la mejor jinete. La señora de Port Elliot, que en paz descansé, decidió ayudarla.

Clarissa Brown se dedicaba a inspirar a los jóvenes ambiciosos, fue de esa manera que la muchacha, por entonces llamada Rebeca Smith, la encandiló.

Los meses pasaban y la chica era cada vez más buena, tanto que Port Elliot le regaló una beca para formarse durante un año. Una cantidad de dinero que no llegó a utilizarse porque Rebeca se marchó justo el día después del horrible incendio, donde la señora Clarissa perdió la vida.

Jacob escuchaba atentamente, perdiendo el color del rostro con cada palabra que pronunciaba Paige.

—Lo que nadie se imaginaba es que la joven era una auténtica psicópata que deseaba sembrar el terror en Port Elliot, e ideó un plan magistral para conseguir sus propósitos, precisamente, hacerse con las riquezas de los Brown.

Fue Rebeca Smith la que provocó el horroroso incendio. Su principal intención era instigar la muerte de Clarissa y lo consiguió porque la conocía a la perfección, y sabía exactamente cómo reaccionaría la mujer, y qué pasos daría. La había estudiado durante un largo tiempo.

Además, hubo dos empleados que la ayudaron porque les prometió una buena suma de dinero. Ellos fueron quienes empujaron a la señora dentro de las caballerizas, donde se ahogaría posteriormente, debido al humo.

El sobrino del señor Emerson, Paul, trabajaba por aquellos años aquí. Él lo presencié todo, pero se calló por miedo, marchándose de la mansión para no volver jamás.

Rebeca también se marchó de Port Elliot para volver cuatro años después. Con un rostro renovado.

En ese transcurso del tiempo ella pacientemente entabló una relación a distancia a través de una web de citas, con el pobre viudo, Jason Brown. Le enamoró y logró convertirse en la señora de todas estas tierras, sin embargo,

su avaricia era tan desmedida que deseaba hacer desaparecer a todo aquel que consideraba una molestia para sus planes.

La primera a la que quitó de en medio fue Abigail. Muchos sabían que tarde o temprano Jacob se casaría con ella. El amor que se profesaban, se conocía por todo el condado. —Todos los presentes asintieron, muchos de los empleados se encontraban ante el umbral de la puerta, escuchando atentamente.

Jacob no tenía ninguna expresión en la cara. Era como si estuviera en estado vegetativo. Paige prosiguió.

—Nuestro amigo, Emerson puede relataros cómo Rebeca inculpó a Abigail y a su familia en el robo del famoso medallón de Port Elliot. —El aludido levantó el rostro afligido y con voz trémula comenzó a relatar:

—Era una noche hermosa, muy estrellada, me acuerdo. Abigail y Jacob como siempre salieron a robarse besos y contemplar las estrellas, pensaban que nadie se enteraba de sus escapadas, aunque, todo Port Elliot lo sabía. Yo me había quedado en las caballerizas esperando a la veterinaria que era la mamá de Abigail. Notaba muy extraño a uno de los caballos y era el mejor compitiendo, así que hice mi obligación de informar.

Después decidí ir a mi habitación y fue entonces cuando escuché que Jacob deseaba enseñar el medallón de zafiro a Abigail. Siempre había escuchado historias sobre él y mi curiosidad ganó a mi buena educación. Espié a los jóvenes, porque deseaba ver aquella reliquia, aunque fuera de lejos.

Cuando el señor Jacob se lo mostró quedé embelesado, era todo muy romántico, pero tras las columnas de la sala pude ver la sombra de alguien más...

Cuando la pareja se marchó, yo me quedé un rato más por instinto, escondido en la sombra de otra columna. La figura salió de su escondite y pude apreciar su rostro. ¡Era la señora Rebeca! No me había gustado desde el principio, pero veía a mi jefe tan feliz que no deseaba inmiscuirme donde no me llamaban y aunque ella había cambiado mucho en esos cuatro años, su

rostro me era familiar.

Nadie se había dado cuenta en la mansión porque cuando ella estudiaba aquí, nunca se había relacionado con nadie y jamás había llamado la atención. Siempre pasaba desapercibida y se relacionaba únicamente con la señora Clarissa.

A lo que iba... Rebeca cogió el medallón y lo metió en una bolsa de color negro. Yo la perseguí y vi cómo entraba en la casita de los Warner. Ninguno se encontraba allí. El señor estaba en las oficinas, era su costumbre trabajar muchas horas, a veces hasta el amanecer. La señora Warner se encontraba en las caballerizas, por lo del caballo y Abigail esa noche se quedaba a dormir en la mansión. Cuando la vi salir sin el medallón todo me quedó claro. Ella me vio y me amenazó que, si contaba algo, haría la vida de mi hija imposible. Me dijo que tenía muchos contactos y la creí. Fue entonces cuando conocí su verdadera cara y me asusté. Me callé como un cobarde durante tantos años, pero, no sabía que ella había hecho cosas mucho peores, sí lo hubiera sabido... —Dijo con la voz quebrada y sin aguantarse se echó a llorar por los remordimientos que le estaban carcomiendo. Todos los presentes se habían quedado atónitos y horrorizados.

—La única persona que sabía casi todo, era la pobre desgraciada de Margaret. Nadie la creería, debido a su trastorno mental, así que decidió investigar por su cuenta para poder demostrarlo.

A veces se confundía y pensaba que la hablaban los fantasmas de Port Elliot y los medicamentos tan fuertes que se le administraban, empeoraban su mente. Fue en los últimos meses cuando comenzó a descubrir demasiado y Rebeca por primera vez no la subestimó. Tenía demasiado que perder.

Con la ayuda de su tío, que es médico, decidieron matarla poco a poco, pero al final lo descubrió todo y tuvieron que quitarle la vida de forma abrupta.

Sabían sobre el plan que había trazado Margaret antes de su muerte, así que decidieron usarlo para su beneficio. El señor Cedric era su cómplice y

pariente. Engañó a Abigail desde el principio. El propósito final era que mataran a Jacob e inculparan a Abigail, por eso el médico apremió a mi amiga a que se casará con Jacob. Pensaban que, ya que él y ella se llevaban tan mal, les sería muy fácil acusarla de su asesinato. Sin embargo, sus planes se torcieron porque no contaban con que el amor renacería otra vez, de entre las cenizas.

¡Aquí tienes todas las pruebas, Jacob! —Acabó de relatar Paige, y le lanzó un taco de documentos donde escribía la identidad de la asesina, que había estudiado en Port Elliot, las fotos que había grabado con las amenazas dirigidas a Abigail y el ácido sulfúrico con el que había intentado dañarla. También estaba el teléfono móvil de Rebeca, que, para ser tan inteligente, había cometido un error muy grande al olvidárselo en la mansión. Allí estaban todas las conversaciones de wasap entre ella y Cedric.

Jacob reaccionó de repente, saliendo de su estado catatónico. — Debemos avisar a la policía, Rebeca no está y me juego el cuello a que el medallón, tampoco. Al verme buscando a Abigail, comprendió que todo saldría a la luz y robó el medallón de zafiro, fugándose.

—Bien, tú llama a la chusma y yo a Laura. Es la única que puede saber dónde está Abigail. —Dijo Paige.

—¿Quién es Laura? —Preguntó Jacob, marcando el número con rapidez.

—Es su psicóloga. ¡Jacob! ¿Se marchó de aquí conduciendo? —Le preguntó Paige, con el semblante de lo más preocupado.

—Sí. ¿Por qué? —Dijo Jacob, asustándose por la expresión de su cara.

—Tiene ansiedad desde el accidente con sus padres. Es incapaz de conducir de noche y con una lluvia así.

—Jacob sintió que el mundo se derrumbaba a su alrededor y las últimas palabras de su mujer cuando él la echaba sin escucharla, otra vez, resonaban en su cabeza. —“Es de noche y hay mucha lluvia, no puedo conducir. ¿Y si me pasa algo?” y su respuesta había sido —“Ojalá tuviera esa suerte, verte muerta sería la mayor alegría para mí.

—¡Si algo le pasa no me lo voy a perdonar! —Le dijo él y dos lágrimas gruesas se deslizaron por su rostro. —Paige le miró con compasión y respondió.

—Yo tampoco. He sido una amiga pésima. Estoy segura de que esa bruja le echó algo a la copa de Peter y cuando él vino ebrio y posiblemente drogado, Abigail no supo cómo quitarle de encima. —Susurró cansada y repentinamente se echó a llorar de una manera desgarradora. Jacob la abrazó para reconfortarla, sintiendo una conexión de amistad con la pelirroja que sería de por vida.

Los dos dieron rienda suelta a su llanto. Él por la mujer de su vida y ella por una hermana.

Capítulo 18

Frunció el ceño cuando vio que se encontraba en lo que parecía un hospital.

—Buenos días, ya has despertado. —La saludó una enfermera joven con una agradable sonrisa.

—¿Dónde estoy? —La preguntó, desconcertada.

—En el Birmingham Center. Tuviste un accidente conduciendo, pero no debes preocuparte, solo tienes un hematoma en la frente que te dolerá unos días y dos costillas rotas. Podría haber sido mucho peor. —Le explicó, la enfermera.

—¿Quién me trajo? —Preguntó Abigail con los ojos cerrados, acordándose de los hechos y el dolor emocional se mezcló con el dolor físico que sentía. Todo era una mierda.

—Un agente de policía que se llama Roger Scherbatsky. —Abigail sonrió al oír el nombre.

—¿Le conoce? —Preguntó la enfermera, mientras acomodaba las almohadas de la paciente mejor, para que se sintiera más cómoda.

—Sí. Tengo el placer de conocerle.

—Vendrá más tarde para tomarte la declaración.

—Muy bien. Gracias. —Le respondió Abigail, deseando quedarse a solas. La enfermera lo comprendió.

—Si necesitas algo, pulsa ese timbre de allí. —Le respondió, señalando el botón rojo que había al lado de ella, en la pared.

—Gracias. ¿Sabes más o menos cuánto tiempo estaré aquí? —Preguntó ella y la mujer contestó.

—Supongo que en unos días te darán el alta.

Cuando se quedó a solas, dio rienda suelta a su llanto. Se sentía tan

sola... Enfadada por llorar por gente que no se la merece, borró sus lágrimas con el dorso de la mano. —¡Se acabó! —Se dijo a sí misma. No iba a derramar ni una sola lágrima por nadie. Ya era hora de cambiar de vida, de vivir tranquila y comfortable, como ella se merecía. Tenía un propósito, el de adoptar a la pequeña Francesca y lo iba a lograr. Vendería su parte de la inmobiliaria y se iría a vivir a un sitio agradable y sosegado, perfecto para una niña que había sufrido al igual que ella. Sonrió, contenta con su decisión.

—Disculpa. ¿Quieres llamar a algún familiar, amigo o algo? —Le dijo la misma enfermera de antes, que había entrado a la habitación con un teléfono en la mano. Abigail justo la iba a preguntar si tiene idea de dónde se encuentra su móvil, cuando la chica le respondió antes de que llegará a formular la pregunta.

—El tuyo, parece que se rompió en el accidente.

—Abigail pensó un rato. Lo cierto es que no tenía a nadie a quién avisar de que se encontraba en el hospital. Caviló detenidamente. Decidió llamar a su psicóloga, para renunciar sus servicios, ella había sido la persona que la había metido en todo ese embrollo.

—Si. Muchas gracias. —Respondió con una sonrisa y cogió el teléfono que le pasaba la simpática profesional. Marcó el número de Laura, se lo sabía de memoria y esta contestó antes de que llegará a pitar dos veces.

—¡Abigail! ¡Dónde estás! —Se sorprendió, no se esperaba que la contestará de una manera tan extraña. Parecía preocupada...

—Estoy en el hospital, es que tuve un accidente. Te llamaba para decirte que estás despedida. No quiero tus servicios, no los necesito más. Y si me vuelves a amenazar o algo, te aseguro que sé perfectamente que puedo denunciarte por negligencia en tu profesión.

—¿En qué hospital estás? —Le preguntó Laura, un poco más calmada. Abigail frunció las cejas.

—En el Birmingham Center. Pero, ¿no me has escuchado? —Preguntó, aunque, la psicóloga ya le había colgado.

—Esta mujer está muy mal de la cabeza. ¿En qué pensaba cuando la hice caso en todo? —Se preguntó, poniendo los ojos en blanco.

Decidió acostarse un rato. La cabeza la dolía mucho y las costillas también, debía reponerse rápido para comenzar con los trámites para la adopción de Francesca.

Se durmió con una sonrisa al recordar a la niña. Tal inteligente, audaz y capaz. La esperaba un futuro glorioso y ella la ayudaría para alcanzarlo.

Unos susurros ininteligibles la despertaron. Pensó que debían ser las enfermeras. No sabía cuánto tiempo había dormido, pero seguía sintiéndose muy cansada. Se despertó esbozando y frotándose los ojos. Estaba sedienta, así que con voz ronca pidió. —¡Agua, por favor!

—¡Aquí tienes mi amor! —Oyó una voz demasiado conocida y el pelo se le puso de punta. Se levantó de la cama espantada y creyó ver un espejismo al contemplar ante sus ojos a: Jacob, Laura, Paige, Peter, Emerson y Sissi.

—¡Qué demonios estáis haciendo aquí! —Gritó alterada.

—Cálmate mi amor... —Le dijo Jacob, en un tono de voz que sin saber por qué le retorció el corazón, y sin embargó, desechó aquel repentino sentimiento, sin contemplación. Les miró con odio a todos y respondió con frialdad.

—¡Yo no soy tu amor! ¡No vuelvas a decir semejante estupidez en tu vida! Quiero que me expliquéis por qué estáis aquí. —Exigió, entre dientes.

—¡Cómo que por qué estamos aquí! —Dijo Paige, con los ojos llorosos. —Ni siquiera nos ibas a llamar para decirnos que habías tenido un accidente y que te encontrabas en el hospital. —Le gritó la que una vez había sido una hermana para ella.

—¿Y por qué se supone que tendría que habérselo notificado? Tú que supuestamente eras mi amiga, tú que me prometiste que siempre estarías a mi lado... Me dejaste de lado en cuánto pensaste que me besaba con tu hombre. Sin si quiera preguntarme, me condenaste a la cruz. —Habló con tanto odio que Paige salió de la habitación llorando como una magdalena. Laura, se fue

tras ella.

—Y tú. —Dijo mirando hacia su, todavía marido. —Lamento decepcionarte, no estoy muerta. —Jacob dio un paso hacia atrás, pálido, como si le hubieran golpeado con fuerza.

—Nunca he deseado tal cosa, pequeña. Estaba enfadado por los celos que me nublaron la razón, y dije cosas sin pensar. Si te hubiera pasado algo, jamás me lo hubiera perdonado. —Le hablaba con una expresión tan triste... Podía ver la culpabilidad en sus ojos, pero, estaba segura que él no la amaba y nunca lo haría.

—¡Quiero el divorcio lo antes posible! No me interesan las disculpas de nadie. Supongo que toda la verdad salió a la luz... —Respondió ella, entrecerrando los ojos.

—Sí. Todo se descubrió, gracias a Paige. —Le respondió Sissi Thomas ya que Jacob, y el señor Emerson tenían la vista clavada en el suelo, mientras que Peter Craig miraba por la ventana de la habitación, sin ver nada, procurando no meterse en la conversación.

Abigail le dedicó una sonrisa a la joven. Le picaba mucho la curiosidad de saber más sobre cómo se había resuelto todo el caso, lo que había pasado con Rebeca, el por qué Margaret le encomendó esa ardua tarea, precisamente a ella...

Muchas cosas, pero no pensaba formular sus preguntas. Solo deseaba alejarse de todos y empezar de cero. Lo que importaba es que ya nadie corría peligro en Port Elliot. Ella había hecho lo posible por respetar la memoria de Margaret, pero, ya estaba harta. Ya no tenía ni las fuerzas ni la paciencia para aguantar vivir con un hombre al que amaba más que a nada y él nunca correspondería a sus sentimientos. Dirigió la vista hacia la pared, no quería que él viera lo que su alma sufría.

—¡No pienso divorciarme de ti! He sido un idiota, peor que un idiota. Pero, te amo y te lo demostraré. Por mucho que me alejes de ti, yo no me rendiré hasta que nos des una oportunidad, pequeña. —Hablabla con tanto

sentimiento y dolor que por un momento ella le creyó, pero después se acordó que ya le había creído dos veces y las dos veces, él la había decepcionado.

—Te odio. —Le dijo con todo el coraje que sentía en el corazón y él respondió.

—Te comprendo, yo también me odio.

¡No era justo! Ella sentía pena por él, pero cuando todos la culpaban y la desechaban de sus vidas como si fuera una basura, a nadie le había dado pena, a nadie le había importado.

—Si realmente me aprecias, aunque sea un poco. Me vas a dejar vivir mi vida en paz. Solamente verte, me produce náuseas. Cada vez que te miro me voy a acordar de cómo me echaste a la calle como un perro, de cómo nunca confiaste en mí. Demasiados recuerdos dolorosos, Jacob. Aléjate de mi vida, te lo ruego.

Abigail sabía que sus palabras le hacían mucho daño, podía verlo en su rostro, pero era lo que sentía y ya era hora de que se atreviese a gritar su dolor, en vez de guardárselo en el interior y tener que contratar a psicólogas ineptas.

—Te dejaré descansar un ratito. Después vendremos otra vez, por si necesitas algo. —Le respondió él y ella le fulminó con la mirada.

—¡Que no quiero que volváis! —Gritó desquiciada, mientras ellos salían por la puerta. Una enfermera entró a la habitación, preguntando lo que pasaba, preocupada. Abigail se echó a llorar, desconsolada.

Sentía su respiración cada vez peor y la enfermera inmediatamente gritó que la paciente tenía un ataque de pánico. Mientras el médico venía, la profesional se sentó junto a ella y empezó a hablarla suavemente, diciéndole que respiré y expiré profundamente, concentrándose únicamente en el ahora.

Se encontraba mucho mejor que el día anterior. Los calmantes que le habían dado, habían surtido efecto y ahora las costillas no la dolían tanto, era más aguantable.

La puerta se abrió, por un momento se puso tensa por si eran otra vez

Jacob y compañía, pero, no. Era el agente Roger Scherbatsky. —Sonrió débilmente al hombre que llevaba un ramo de hermosas flores.

—Buenos días, Abigail. —La saludó él y ella respondió. —Siempre nos vemos en condiciones poco agradables. Roger rio, porque era cierto. La primera vez que se conocieron, había sido cuando ella salvó a la pequeña Francesca de una paliza mortal.

Había ido a espiar otra vez la casa de los Coleman y de repente oyó los gritos desgarradores de la niña. Llamó a la policía, antes de entrar con una vecina que vivía al lado y que ya había denunciado una vez al alcoholico por agredir a su hija menor. Abigail no supo cómo, pero como si fuera una madre leona, protegiendo a sus cachorros, tuvo la fuerza para derribar la puerta principal. Cuando entró, se quedó paralizada por la vista que tenía enfrente. Coleman sujetaba un cinturón y golpeaba a la pequeña en la espalda. Francesca estaba desnuda y su mirada era de auténtico terror. A Abigail, nunca se le olvidaría esa imagen. Cuando la policía llegó y las interrogó, la niña era incapaz de pronunciar una sola palabra. Pero, con la ayuda del agente Coleman que no paraba de intentar hablar con la pequeña, con un tacto y profesionalismo que impresionaban, Francesca por fin habló y lograron meter tras las rejas al gusano que tenía por padre.

En ese momento Francesca se encontraba en un orfanato donde las monjas habían prometido hacerse cargo de ella hasta que Abigail pudiera tener toda la documentación necesaria, para adoptarla. Roger había prometido ayudarla con todo lo que podía, pues había visto la conexión tan fuerte que existía entre la niña y ella.

—Vengo a tomarte la declaración y a darte buenas noticias. Espero que así te mejores más rápido. —Abigail chilló de alegría.

—Dime las noticias primero. —Dijo entusiasmada, provocando la risa en el comisario.

—No. Primero debo tomar la declaración. Vamos, será rápido. —La apremió él y ella bufó, antes de empezar a explicar cómo había tenido el

accidente. No omitió ningún detalle. Le contó casi toda su historia desde que había vuelto a Port Elliot. Lo cierto es que necesitaba desahogarse, y el policía la escuchó atentamente, aunque no tuviera que ver con el caso.

Roger veía el dolor en sus ojos e intentaba reconfortarla, acariciando su mano. De repente la puerta se abrió y Jacob entró con Paige, frunciendo el ceño.

—¿Quién es usted? —Preguntó de mala manera y Abigail le fulminó con su mirada ámbar. Él no tenía derecho a hablarle a su amigo, de ese modo.

—¿Son estos? —Preguntó Roger, sin siquiera prestar atención a Jacob. Abigail asintió.

—Parece ser que has estado durmiendo al lado del enemigo, preciosa.

—Abigail se quedó estupefacta por lo que el comisario acababa de decir. Paige le miraba de la misma manera, sujetando del brazo a Jacob que parecía a punto de saltar sobre el hombre.

—¡Tranquilidad por favor! Roger, dime si lo de Francesca está. —Suplicó con la mirada. Deseaba evitar una confrontación, era lo único que le faltaba.

—Ya están todos los papeles requeridos para el trámite de la adopción. Generalmente no suele ser tan rápido. De hecho, hay personas que esperan años, pero, debido a la situación de Francesca y a mi imparable insistencia, lo hemos logrado. Francesca podrá vivir contigo y serás oficialmente su tutora y madre en dos meses.

Abigail se sentía en una nube. Por fin las cosas empezaban a ir bien. Estaba impaciente por salir de aquel horroroso sitio y buscar una bonita casa para que ella y Francesca comenzarán su nueva vida.

—¿Vas a adoptar una niña? —Preguntó Paige, con la boca abierta.

—Nena. ¿Qué es lo que está pasando? —Preguntó Jacob, con una expresión de asombro que en otro momento le habría dado gracia.

—Me tengo que ir. —Dijo el agente Roger, mirando el reloj por su móvil.

—El deber te llama. —Respondió ella. Abrazándole para despedirse.

—Gracias por toda la ayuda que nos proporcionaste para que yo y Francesca estemos juntas.

—No hay de qué. Tú eres lo que ella necesita, y la verdad, creo que tú también la necesitas a ella. —Abigail asintió, efectivamente, así era.

—¿Te puedo preguntar algo? —Habló Roger, justo cuando estaba punto de salir.

—Claro. —Respondió Abigail.

—¿Cómo supiste que abusó de la niña? No solamente la pegaba, hemos podido averiguar, gracias al testimonio de Francesca, que hubo varios intentos de violación.

—Abigail tragó saliva y respondió con dificultad. —Yo fui como ella... Uno de mis padres adoptivos quiso abusar de mí y ese episodio nunca se me borró de la mente. Cuando vi su mirada en la pizzería, supe que debía hacer algo. No sé cómo, simplemente lo vi en su rostro. —El agente asintió y se marchó.

Jacob y Paige estaban de piedra. Nunca se habrían imaginado algo así.

Paige comprendió que debió de ser tan traumático para Abigail que nunca se abrió si quiera a ella para contarle. Por su parte, Jacob sintió una ira, tristeza, culpa y recordó una frase que su mujer le había dicho. —“Algún día lamentarás mucho todo lo que me has hecho, lamentarás tanto que al respirar te dolerá, sufrir por tus propias culpas será la pesadilla de tu vida.” —Y así era, lamentaba por todo. Por cada palabra hiriente, por cada segundo que estuvieron lejos uno del otro, por cada sufrimiento y dificultad que tuvo que pasar ella.

Después de dos meses:

Abigail corría por el prado de su nueva y acogedora casita, persiguiendo a su hija. Había puesto en venta a su casa en Wells y había alquilado esa en la que se encontraban, ahora. Estaba a tan solo diez minutos en coche de Port Elliot, pero, debía encontrar rápidamente un hogar para Francesca y no podía ser en Wells, porque allí no había naturaleza como aquella y eso que todavía

no se podía apreciar bien ya que reinaba el invierno. La única casita que había encontrado tan rápidamente era esa y la verdad es que estaba contenta, era un sitio perfecto para una niña.

El agente Roger la había pedido salir unas cuantas veces, pero ella siempre le rechazaba. Aunque, el policía la había ayudado mucho, no le veía como nada más que un buen amigo. Una pena, porque era un hombre increíble y bastante atractivo la verdad, pero al corazón nadie lo manda.

El cuatro por cuatro de Jacob aparcó ante su casa y ella puso los ojos en blanco. Desde luego, ese tío no se iba de su vida ni con agua hirviendo. Lo peor de todo era que le caía demasiado bien a Francesca. Siempre traía a la niña y a ella un regalo. Francesca disfrutaba los suyos, mientras que Abigail vendía los de ella por Internet.

Era insoportable la forma en que la trataba, tal y como siempre había soñado. Abigail había pensado que no volvería a verle, y era imposible olvidar el rostro tan perfecto del imbécil, porque le veía cada puto día. Hizo una mueca, al ver cómo la niña corría a sus brazos con una sonrisa de oreja a oreja, gritando su nombre.

Con Paige, la relación que tenían había vuelto a ser la de antes. Abigail comprendió que ella tampoco había sido buena amiga ya que Paige la había ayudado siempre, no podía desecharla de su vida por un solo error. Su amiga había trasladado la inmobiliaria a Port Elliot. Al parecer allí había algo que le encantaba tanto que se había mudado a vivir permanentemente a la ciudad.

Abigail pensó que mucho tenían que ver las largas estancias de Peter Craig en la localidad. Lo malo era que el rubio no quería ver a su amiga ni en pintura.

Seguían siendo socias y el negocio iba viento en popa. Al final no todo había acabado tan mal como ella había pensado, mientras dormía en aquella cama del hospital, viéndolo todo negro.

Todavía no podía creerse todo lo que había maquinado durante años Rebeca y que Cedric fuera su pariente era tan espeluznante... Ese hombre

había jugado con ella desde el principio. Desde el comienzo el ratón había sido ella y por poco los gatos se la comen para el desayuno. A pesar de todo Rebeca no consiguió su propósito, ni siquiera logró robar el medallón, al parecer, la chusma la atrapó a mitad de camino. El medallón estaba a salvo, allí donde debía estar. En Port Elliot.

A Rebeca la condenaron de por vida, mientras que a Cedric le sentenciaron veinte años de prisión, por haber sido cómplice. La noche del asesinato de la señora Clarissa, él había sido uno de los hombres que había ayudado a Rebeca, llevar a cabo sus planes. Lo que ninguno de los dos sabía era que el sobrino de Emerson lo había presenciado todo. Después de años, también se había enterado Margaret, que comenzó a sospechar de Rebeca cuando echaron a Abigail y a sus padres de la mansión. Margaret había planeado todo magistralmente, pensando que el amor triunfaría finalmente, porque la pobre mujer había oído desde siempre que algún día ellos dos se casarían y serían los señores de aquellas tierras.

Jacob se negaba en rotundo a firmar el divorcio. Abigail lo comprendía, al fin y al cabo, quién desearía ver sus riquezas en manos de una iglesia que ni siquiera pertenecía a su religión.

Una respiración en su cuello la sacó de sus cavilaciones. Su cuerpo reaccionó de inmediato y ella se enfadó.

—Disculpa. ¿Te puedes quitar y no soplar en mi cuello? ¡Hueles mal! — Le dijo agria y Jacob sonrió.

—No me rendiré, preciosa. Lucharé por los dos. —Abigail bufó. ¿Qué debía hacer para que la dejará en paz? Se le ocurrió que, sí salía con otro, tal vez Jacob se alejaría. Como si fuera un libro abierto, Jacob leyó sus pensamientos y con dos pasos ya la tenía agarrada en sus brazos, empujándola contra la pared y atrapándola entre su cuerpo.

—¡Que no se te vuelva a ocurrir, siquiera pensar, en estar con otro! — Abigail se revolvió entre sus brazos, entre enfadada y excitada.

—¡A ti eso no te incumbe! Suéltame Jacob... —Gimió cuando él atrapó

sus labios entre los suyos. Jacob mordió su labio inferior, empezando a excitarla. Abigail deseaba gritar porque no podía controlar su cuerpo, iba hacia él como una abeja hacia la miel.

—Me amas... Te amo... No nos hagas esto mi amor, por favor. —Le suplicó y a ella se le escaparon dos lagrimas que él borró con la yema de su pulgar.

—Tengo miedo, Jacob. Me harás otra vez daño y temo que ya no podré porque a la tercera me vas a rematar. —Dijo sollozando, encogiéndole el corazón.

—No puedo volver al pasado y hablar con mi yo de adolescente y decirle que la mujer que cree y siente como una madre, la mujer que piensa que ha salvado a su padre, es una mentirosa. Que perderé el amor de mi vida si la hago caso y nunca más volveré a sentirme completo. ¿Sabes por qué la relación entre mi padre y los tuyos se distanció, pequeña? —Abigail negó con la cabeza. —No paraba de decir que tu padre hacía las cuentas mal y se quedaba con parte del dinero. Al principio papa la decía que se está imaginando todo porque tu padre es su más fiel amigo y el más profesional en su trabajo. Pero, luego de verdad faltaban pequeñas cantidades de dinero y él empezó a sospechar. Seguramente ella lo tomaba, pues su finalidad era que tú desaparecieras de su camino, pensaba que nos casaríamos y serías la señora de Port Elliot y así iba a ser. Yo siempre te imaginaba siendo mi esposa, pequeña. Después comenzó a hablarme cosas como que tú me usabas, yo no la hacía caso, pero, era tan buena amoldando a las personas que caí. Con apenas dieciséis años, caí en la trampa y permití que esa mujer me amoldará y manipulará durante años. ¿Cómo iba a saberlo? ¿Cómo iba a saber que toda mi vida fue una mentira?

Y cuándo te vi con Peter, mi mejor amigo... Nunca había sentido tantos celos, sentí que me moría.

—Abigail no se había parado a pensar en su sufrimiento. Solamente estaba concentrada en el suyo propio. Ahora se daba cuenta de que los dos

habían padecido. Y ella, seguía permitiendo que el recuerdo de esa psicópata les siguiera alejando uno del otro. Había provocado tanto daño en su sed de riqueza...

No podía seguir rechazándole por orgullo y coraje. Le amaba, él la amaba también, lo sabía, pero no podía olvidar que no había confiado en ella. Sin embargo, su cuerpo le anhelaba, su corazón sufría y a pesar de tener a Francesca, no se sentía del todo feliz. Le faltaba *su Jacob*. Le abrazó por el cuello y le besó apasionadamente, mientras su corazón latía de felicidad. Jacob la levantó y ella le rodeó por la cintura, con sus piernas. Sintiendo el latir de su excitación en su sexo que estaba más que preparado para él. — Jacob, la niña... —Dijo contra sus labios y él contestó, susurrando. —Está en la lonja jugando con Fiona.

Mientras se besaban entraron a dentro de la casa, empujando todo mueble, jarrón y cualquier cosa que se interponía en el camino. Se metieron en la habitación de Abigail y él la soltó sobre la cama, desnudándose a toda hostia, mientras ella se lo comía con los ojos. Jacob estaba ante ella como Dios lo trajo al mundo y se encaminó para desnudarla salvajemente, rompiendo la camisa blanca que llevaba ese día. Cuando ella vio los botones volar y caerse al suelo, se sintió de lo más excitada. Se quitó el sujetador de seda que llevaba, mostrándole sus duros pechos y erectos pezones. Como un niño hambriento, Jacob agarró uno de sus senos y chupó con fuerza, mordisqueando el pezón mientras ella emitía esos gemidos que a él tanto le enloquecían. Jacob la miraba fijamente a los ojos y ella se perdía en esa mirada oscura, en esos ojos que parecían aceitunas. La mano de él empezó a acariciar el sexo de ella, con caricias hábiles, la estaba transportando a un mundo de erotismo que envolvía a la enamorada pareja. Los labios de él bajaron por su abdomen hasta llegar a ese punto que con solo el rozar de su aliento, ella se volvía loca. Con una mano, Abigail rasgaba las blancas sábanas, arqueándose en la cama y con la otra alborotaba el cabello de su marido. Él sentía sus flujos, pensando que era lo más delicioso que alguna vez

ha probado.

Después, Jacob entró dentro de su ser, arrancando un gemido profundo de la garganta de su mujer. Empezó lento y suave hasta acelerar el ritmo, la velocidad aumentaba como el reloj por la noche. Jacob derramó la escénica de su excitación y ella sintió el placer más absoluto e indescriptible que la culminó de felicidad.

—Pequeña, no vuelvas a irte de mi lado. —Le dijo él abrazándola, sin todavía salir de su cuerpo.

—No me eches nunca más de tu vida, Jacob Brown.

—Ya nada nos separará. —Le respondió él, emocionado. Abigail no sabía cuánto tiempo estuvieron abrazados, era como si les diera miedo volver a separarse. Fue la voz de Francesca la que les hizo volver a la realidad con una sonrisa. La niña preguntaba si alguno de los dos sabía cómo elaborar las crepes que hacía la señora Thomas. Jacob le había llevado una vez un plato que la buena cocinera había preparado y a Francesca no se le había borrado de la mente.

—Vámonos a nuestra casa, esposa. Así, la señora Thomas podrá preparar a nuestra hija esas crepes que tanto adora.

Epílogo

En la sala de música, habían organizado una gran celebración en honor a Francesca y a su reconciliación. Todos sus amigos estaban allí, incluso Laura y los padres de Paige. Curiosamente su amiga y Peter Craig no estaban. Sonrió maliciosa. Aquellos dos se llevaban muy mal, pero había una atracción evidente que no sabía hasta dónde les llevaría.

La música era alegre y todos bailaban. Francesca había recibido muchos regalos y Abigail llevaba el medallón de zafiro en su cuello, orgullosa. Era su dueña y se notaba porque la joya le quedaba como a una reina, mostrando ante todos que era, es y siempre será digna de ser la señora de Port Elliot.

Bailaron con su marido unas cuantas piezas de canciones lentas y románticas, mirándose a los ojos con amor y haciendo jadear a algunas chicas soñadoras, entre las que estaba Sissi Thomas.

Toda su vida había cambiado y ahora se sentía la mujer más feliz del planeta. Jacob era un marido excepcional. Todavía se sentía culpable e intentaba dejar de sentir esa culpa, comprándola un montón de cosas. Por esa razón, contrataron a Laura para que fuera su terapeuta de pareja, y por ahora iban muy bien.

Abigail se fijó en la pared de la sala favorita de Clarissa. Todas las fotografías de los que se habían ido, con grandes marcos dorados, estaban colgadas para honrar sus memorias y para que, desde algún sitio, tanto sus padres como Clarissa, Jason y Margaret fueran testigos de lo felices que eran.

La música paró y fue cuándo todos oyeron unos gritos espantosos.

—¡Maldita chiflada! ¡Te voy a denunciar! —Gritaba Peter Craig, desquiciado. Todos se fueron a ver lo que pasaba. Vieron a Paige con un vestido de novia sonriendo y a Peter deseando estrangularla.

—¿Qué es lo que pasa? ¿A qué vienen esos gritos? —Preguntó Jacob y su amigo señaló a Paige.

—Esa loca me ha emborrachado y me ha llevado ante un altar de un falso Elvis Presley que de verdad nos casó. ¡Estoy casado con esa bruja! —Gritó el rubio y su amigo fue donde él y lo llevó a parte. Abigail enseguida se acercó a su amiga y preguntó.

—¡Paige! ¿Qué has hecho? —Su amiga sonrió como una loca y respondió encantada de la vida.

—¡Me ha aconsejado Laura! Así le voy a enamorar y lo mejor es que no puede separarse de mí, porque su madre se enteró, y como es tradicional, no admite el divorcio. Parece ser que es como una general y su palabra va a misa. Me cae bien mi suegra. —Abigail puso los ojos en blanco. Laura era una chiflada de primera, pero con ella todo había salido bien. Tal vez también podía pasar eso con su amiga.

—Mañana me voy a Escocia. Mi suegra me quiere conocer. —Le dijo emocionadísima y Abigail sonrió, burlona.

—Ven a dentro, me encantará ver cómo se lo toman todo eso, tus padres.

Por la noche se acostaron e hicieron el amor hasta que el amanecer les saludó. Abigail sonreía mientras su marido se ponía el traje.

—¿Por qué esa sonrisa? —La preguntó su Jacob, divertido.

—Nada, simplemente... Me imaginaba tu reacción cuando te dijera que vamos a ser papas. —Jacob se quedó estático y tras unos segundos gritó de alegría, yendo a la cama donde su esposa estaba tumbada y besándola por toda la cara.

—Me haces el hombre más feliz del mundo.

—Y tú a mí la mujer más feliz. Me siento tan contenta y completa de haber vuelto a casa.

—Y no volverás a irte nunca.

FIN

Elizabeth Betancourt es una talentosa escritora que ya tiene publicados siete libros, entre los cuáles se encuentran Cruelity Free y Delicias Turcas. Sus próximas obras serán: Mi media naranja y Casada con un insoportable escocés.

Para contactar:

Email: suzanaverginieva@gmail.com

Facebook: /**E.Betancourttt**/